

IBERINDIA

TIERRA PARA LA LIBERTAD



ANTONIO FERNANDEZ BENAYAS

Iberindia,
Tierra para la Libertad

Antonio Fernández Benayas

Iberindia,
Tierra para la Libertad

e-libro.net

© Primera edición virtual, e-libro.net, enero de 2001

ISBN 99934-64-36-8

ÍNDICE

I. Hija de España y del Sol.....	7
II. El baile de la vida y de las ideas	13
III. El extraño amor de Manolo y Ramona	19
IV. Blancas y locas noches	25
V. Ven, don Quijote, ven.....	32
VI. A vueltas con el 20 N.....	40
VII. El compromiso.....	43
VIII. El gusanillo de la política	52
IX. Los aliños del dividendo	57
X. Dinero, trabajo y libertad	73
XI. Brunildona y el dictador.....	85
XII. María, Manolo y el dictador.....	92
XIII. Un hombre enamorado	98
XIV. El periodista ciego.....	104
XV. Palabras y besos	114
XVI. Res sunt ergo cogito	122
XVII. El candidato.....	128
XVIII. ¡Sí, quiero!	144
XIX. Coca y revolución	153

XX. Campesinos y guerrilleras	158
XXI. El secuestro	165
XXII. La venganza.....	172
XXIII. El juicio.....	178
XXIV. La cárcel.....	181
XXV. Las esposas y su señoría, el juez	186
XXVI. Tú primero.....	196
XXVII. La lámpara de Diógenes	200
XXVIII. Caminos de libertad	204
XXIX. Política menuda.....	206
XXX. Enséñame a ser tu jefe	213
XXXI. Votos, votos y más votos.....	222
XXXII. La pequeña Teresa.....	225
XXXIII. Principio y fin de una pesadilla.....	227
XXXIV. Los nuevos tiempos	234

I. HIJA DE ESPAÑA Y DEL SOL

Hasta muy entrado el siglo XIX no se tuvo noticia en Europa de la existencia de Iberindia

Rogelio Campazas Manulia fue el primer embajador de Iberindia en España. En la entrega de sus cartas credenciales a la reina Isabel II el día 11 de octubre de 1859, el embajador leyó el mensaje *que, a todos los hermanos españoles, dijo, dirigía su excelencia el Presidente de la República de Iberindia:*

Para ser mejor conocido por Vuestra Majestad y el resto de los españoles permitidme, señora, que me extienda un tanto sobre el origen, forma de ser e historia de mi nación.

Nuestros visitantes afirman que Iberindia, para nosotros hija de España y del Sol, es uno de los más bellos países del mundo. Yo añadiría que es, también, uno de los mejor preparados para vivir en libertad. Por el Norte, el Este y el Sur está abrazada y protegida por el Gran Caudal, que se hace intransitable pantano a lo largo de toda la ribera; el pantano está bordeado por una franja de tupida selva, cuyo dominio, durante siglos, fue cedido

al jaguar y a diversas especies de serpientes a cual más peligrosa; a lo largo de todo el Oeste, como infranqueable muralla de granito, se extiende una elevadísima y escarpada estribación de los Andes, las Columnas del Cielo, que llamaron nuestros antepasados.

La riqueza y disposición del resto de nuestro suelo parece una invitación a la autosuficiencia: tenemos extensas y fértiles llanuras en que, desde muy antiguo, han pastado nuestros rebaños de ovejas, alpacas y vicuñas. También, desde hace cientos de años, se ha cultivado el maíz, el trigo, el arroz, el cacao, la banana, la patata, la caña de azúcar, el olivo, la vid y el naranjo.

Contamos con extensos bosques de eucaliptos y “árboles de la vida” o carnaúbas, con cuya corteza nuestros artistas elaboran figuras que recrean la historia, en sus raíces se alberga el remedio a muchas enfermedades, de sus tallos se extrae el almidón, con sus troncos se construyen casas, con sus fibrosas hojas se fabrican cuerdas, cestas, sombreros, aparejos de pescar o esteras mientras que de su savia y frutos se extrae suficiente azúcar para toda la población.

Nuestro subsuelo ofrece hierro, cobre, aluminio, plomo, manganeso, mercurio y, últimamente, también petróleo. Pero, sin duda, el mejor regalo que la Naturaleza ha dado a Iberindia es nuestro singular mar interior, el Ombligo Azul, irresistible punto de atracción para el ocio y rico en especies como el dorado, la carpa real o prolíficas tortugas de agua, de que viven miles de pescadores.

Nuestros sabios presentan a Iberindia como un país en el que la solidaridad tomó carta de naturaleza desde el principio de su historia, algo así como si hubieran adivinado el Cristianismo.

Adoraban al Sol como reflejo de un único Dios creador y todo amor. Existen pruebas de que ese dios es el mismo al que los incas llamaron Pachacamac como también existen pruebas de que lo mejor de las culturas Moché, Nazca, Tiahuanaco, Chibcha, Quimbaya, etc., nació en nuestra Chiripanique, que es como se conoció a Iberindia antes de la llegada de los españoles.

La Chiripanique de entonces, siempre defendida por sus murallas naturales de cualquier malévolas apetencia exterior, sí que permitía los viajes al extranjero de sus mejores hombres y mujeres por lo que resultó ser semillero de cultura para otras tierras; eran hombres y mujeres obligados de por vida a la discreción absoluta sobre sus orígenes y sobre la existencia de lo que se llama ahora el Paso Misterioso, el desfiladero desconocido por Europa hasta hace no más de cincuenta años.

Ahora es de justicia divulgar que fue en nuestra Chiripanique, hoy Iberindia, en donde se forjaron las vidas y personalidades de Manco Capac y Mama Ocllo quienes generosos, valientes y bien adiestrados, fundarían el Tuantinsuyo o Imperio de los Cuatro Puntos Cardinales conocido por los españoles como Imperio Inca. Según nuestra historia, a Manco Capac y Mama Ocllo les había comisionado Sinqui Capac XXIII, Primer Mandatario en el año 2750 (el 1215 de la Era Cristiana). Un primer mandatario de entonces era el equivalente al presidente de un gobierno democrático actual: el verdadero poder residía en un senado compuesto por ciento cincuenta miembros elegidos por riguroso sorteo entre los mayores de cincuenta años y menores de setenta, renovable en su mitad cada año y con atribuciones para promulgar leyes y elegir al Primer Mandatario. La elección de éste, que habría de ejercer por un año proroga-

ble en función de nuevas elecciones, se hacía entre los voluntarios de probado reconocimiento público. Recuerda la Historia que el citado Sinqui Capac XXIII fue reelegido por quince anualidades sucesivas.

Allende los montes, Manco Capac y Mama Ocllo pronto cedieron a la fiebre del poder: se hicieron llamar Hijos del Sol y considerar como de raza aparte con derechos de vida y muerte sobre todos sus súbditos; se unieron carnalmente a pesar de ser hermanos e hicieron de su familia un clan impenetrable.

No merece la pena extendernos sobre la historia de los sucesivos incas o emperadores del Tuantinsuyo hasta el último de ellos, el malhadado Atahualpa, una de cuyas primas, la princesa Lloquemama, y un pequeño séquito, huyendo del lavado de sangre y fuego impuesto por el conquistador Pizarro, vinieron a refugiarse en Chiripanique: por secreto transmitido de generación en generación, la princesa Lloquemama conocía el Paso Misterio y, a través de él, se salvó de la sangrienta refriega.

Entre el séquito se encontraba una grupo de veinte españoles que no compartían los métodos de Pizarro. Uno de ellos era Pedro Soto del Valle, que logró enamorar a la princesa Lloquemama hasta convertirla al Cristianismo y desposarla. Tuvieron nueve hijos, entre ellos, la bellísima María Dulce que casó con un Primer Mandatario de feliz memoria, al que las crónicas recuerdan como Huaka Koyak o Amigo de los Pobres.

A Huaka Koyak y a Pedro Soto del Valle debemos el cambio de nombre de Chiripanique en Iberindia. Es un nombre que sugiere unión de razas o armoniosa síntesis entre una noble parte del pueblo ibérico, crisol de viejas culturas y otra parte de los hijos del Sol o amigos de la

Libertad, que a sí se consideran a sí mismos esas gentes que los europeos llamáis indios americanos.

Pedro Soto del Valle, buen conocedor de la matemática y la física, se había preocupado también por profundizar en las Humanidades y la Filosofía. Contaba como la más rica de sus experiencias el haber seguido en Salamanca los cursos de Crokaert y del maestro Vitoria. Con ellos pensaba en la igualdad de todas las razas, en la fraternidad universal y en cómo una guerra no podía ser justificada ni siquiera por la predicación del Evangelio y, mucho menos, por el afán de incrementar el poder del Emperador. Fue secundado en ello por uno de sus compañeros, años atrás investido en Toledo como Obispo, lo que, en sus propias palabras, venía a significar siervo de los siervos de Dios. Era el llamado Padre Jerónimo de Cienpuzuelos: más amigo de los humildes que de escalar honores, se había incorporado a la expedición de los conquistadores como simple sacerdote y no ejerció de obispo hasta que las circunstancias le obligaron a ordenar nuevos sacerdotes.

Los otros dieciocho españoles, de diversos oficios y grados de formación, pronto enamoraron a las mujeres de su gusto y formaron familia. Sus hijos y los hijos de estos hijos se adaptaron a muchos de los usos y costumbres de nuestro pueblo al tiempo que difundían el buen creer y amar de la santa Religión Cristiana.

Pronto hubo universidades en las que se enseñaba lo más avanzado de la Ciencia y de la Cultura de la época. Las más importantes disciplinas eran continuamente actualizadas merced al esfuerzo de nuestros maestros e investigadores y a las aportaciones de los llamados Exploradores de la Cultura, selección de jóvenes que viajaban al extranjero con la promesa formal de, manteniendo

do el secreto de la existencia de nuestro pueblo, asimilar lo más positivo de las otras culturas, incluidos los avances científicos y las nuevas técnicas de producción.

Como sabéis, el secreto de nuestra existencia ha sido roto por el aventurero Francis Wallace, que logró remontar la franja de pantanos con que nuestro Gran Caudal se hermana con el Mar.

Este embajador, que os habla, ya es algo más que un explorador de la cultura: es el mensajero de un país que se sabe y se siente hermano del Reino de España.

Gracias, Majestad; gracias, hermanos españoles.

II. EL BAILE DE LA VIDA Y DE LAS IDEAS

Fue uno de los más destacados acontecimientos culturales de aquellos días. En el Ateneo de Madrid el profesor Julián de Miguel, de prestigio internacional, habló sobre la Noosfera. Asistí a la conferencia con Manuel García Velasco, compañero de estudios en los primeros años de seminario y amigo entrañable durante el resto de nuestra vida. Allí conocimos a la condesa Ramona, una mujer excepcional que luego tuvo mucho que ver con Manolo, es decir, con Manuel García Velasco.

La Noosfera, nos decía el profesor Julián de Miguel, está formada por algo así como granos de pensamiento que un día produjo tal o cual héroe o villano de la acción y de la reflexión, tal o cual grupo social o pueblo, tal o cual concierto o discordia entre los humanos, tal o cual descubrimiento o tal o cual olvido. La Noosfera es inconmensurable pues ni siquiera conoce la dimensión del tiempo. Puede resultar caduca o eterna, infinitamente grande o infinitamente pequeña. La mantiene la memoria de los hombres, inestable y voluble, apática o apasionada, espontánea o dirigida...

La Noosfera está situada... ¿en dónde está situada? Allí en donde el éter pierde su consistencia o el polvo cósmico es pura energía, en un foco de nutrida población o en una recóndita selva apenas habitada, en el rincón de una concurrida biblioteca o en el Web de un aprendiz de filósofo.

Aunque mantenida por la memoria de los humanos, la Noosfera sería pura empanada de confusión si dejase de estar sometida a la capacidad de reflexión de los propios humanos.

Gracias a esa capacidad de reflexión, se cuele en la Noosfera una especie de luz personalizante por virtud de la cual los granos de pensamiento se agrupan en formas que evocan hechos y personalidades históricas. Y ya se pueden descubrir focos de atención sobre la Democracia Ateniense, el auge y decadencia del Imperio Romano, la aparición del Cristianismo, la Invasión de los Bárbaros, la degeneración de la Ética en Estética, la fuerza ascendente del Materialismo y del Pasotismo como forma de vida.... frente a esto último recobra cierta intensidad, esa es la verdad, un todavía débil plan de acción que se desprende del foco de atención que corresponde (o habría de corresponder) al simple y vital Realismo.

Las personalidades históricas, ahí convertidas en figuras de la conciencia, giran en torno o esperan ser iluminadas por el foco de atención que le corresponde hasta entrar en el cerebro de los seres pensantes, lo que hará que difusos granos de pensamiento se hilvanen en una sugestiva realidad que podrá ser llamada (y ¿por qué no?) realidad virtual aunque el término ya haya sido usurpado por la superdinámica y arrolladora Cibernética (ella, la parte teórica, también hechura de viejos y nuevos granos de pensamiento).

En la Noosfera tenemos, pues, realidades virtuales entre las cuales es posible reconocer a las personas, personajes y personajillos que en el mundo son y han sido: maestros y diletantes; héroes del pensamiento, de la acción y de la ficción; mercaderes y santos... y a uno mismo, también, como testigo y partícipe de triunfos y fracasos, de batiburrillos y clarificaciones de ideas, etc...

Lo más apasionante del conglomerado que bulle en la Noosfera es la posibilidad de amalgamar lo substancioso de cada personal aportación, de cada genialidad, a la Historia de todos: materia prima elemental en que la propia vida de cada uno se hermana con la Realidad y en la que el Progreso extiende y afianza sus raíces.

Por derecho propio, lugar preferente ocupa allí el genial hijo de nuestra idiosincrasia, el excelso hidalgo antiburgués que fue o pudo ser don Quijote de la Mancha. Su vida es de todos conocida y de muy diversas formas interpretada; hoy quiero llamar vuestra atención sobre su muerte y sobre el supuesto después de su muerte:

La muerte de que nos habla Miguel de Cervantes, es la muerte de un hombre bueno; recordemos cómo nos lo cuenta:

Señores, dijo don Quijote, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco y ya soy cuerdo: fui Don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuestas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano...

... en fin, llegó el último día de don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías: hallóse el escribano presente, y dijo que

nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu: quiero decir que se murió...

Pero el verdadero espíritu, que Alonso Quijano el Bueno comparte con don Quijote, prosiguió el Profesor, resultó fiel hijo de lo que quisieron ser sus obras, fue animado por ansia de eternidad y, por lo tanto, no se desvaneció en lo abstracto: vive y se desarrolla en el ámbito de la Noosfera, en discrepancia, armonía o competencia con las proyecciones virtuales de los más significativos personajes y hechos de la Historia. Con ellos genera diálogos y enfrentamientos a los que puede aproximarse nuestra capacidad de reflexión.

Eterno aprendiz de hombre fue sin duda don Quijote. Muerto Alonso Quijano el Bueno, don Quijote y su espíritu, que seguirá con nosotros durante el tiempo que dure la Historia, persigue encuentros milagrosamente posibles en esa trastienda de la realidad a la que el iluminado Teilhard llamaba Noosfera. Es fácil imaginarlo buceando en el interior de las ideas que parieron los padres de la civilización. Sin límites de espacio ni de tiempo, con unos y con otros entabla jugosos y trascendentes diálogos,

Lo veo, por ejemplo, enfrentado a Platón y a su fábula de la cueva:

—El Amor, la Libertad y el Bien, diríale el espíritu de don Quijote, cobran la realidad que le prestan Dios y los hombres; yo no habría sido como he sido si, dentro de mí, desvalido caballero empeñado en hacer realidad lo mejor de lo posible, no hubiera prendido sus raíces la savia viva de la humanidad.

—¿Por qué estás tan seguro de ello, patética imagen del fracaso?

—¿Fracasado yo, que siempre recobré el ánimo ante cualquier contrariedad? Acertarías más, errático maestro, si consideraras fracasados a cuantos creen haber alcanzado la cúspide de su poder ser por el simple favor de la voluble y caprichosa fortuna; fracasado es el que se regodea en su mediocridad, el que corta los vuelos a su ansia de seguir la estela de los generosos, fracasados son los pusilánimes que renuncian a sus personales vocaciones para seguir sin rechistar a un rebaño casi siempre dirigido por mercachifles de voluntades, fracasados son los burgueses de mesa puesta y querida mercenaria...

—Yo no enseñé, apuntaría Platón con aire doctoral, que la libertad del hombre sea la libertad de un buey en un campo de habas. Pero sí que intenté demostrar que todo lo que podemos vivir y tocar o nos parece que podemos vivir y tocar es una pálida sombra de realidades superiores: por ello, lo menos cultos están obligados a unirse entre sí compartiendo todo, incluso mujeres e hijos, y a escuchar a los que han captado mejor esas realidades superiores. Cuando esto suceda, la humanidad vivirá en la mejor de las repúblicas.

—Voto a bríos que eso no ocurrirá mientras mi espíritu pueda evitarlo. La realidad es la que es. La amada o mujer de uno es sagrada; los hijos, nuestra íntima garantía de futuro; las cosas, que nos toca administrar, la ocasión de ejercer una libertad y una generosidad que nos hace más grandes en tanto en cuanto podemos compartir bienes y disponibilidades.

Si lo relaciono con los oscuros y egocentristas idealistas alemanes que, siglos más tarde, llegaron a su mundo puedo imaginar un diálogo al estilo de

—Tú me enseñaste que solamente es real aquello que imaginas, podría decir Hegel.

—¿Qué quieres decir?, preguntaría nuestro Caballero.

—Lo que defendí en toda mi vida y ha hecho una gran escuela: es el pensamiento humano el principio y fin de todas las cosas; las ideas tienen derecho de supervivencia sobre la propia vida; no puede ser real todo aquello que no ha sido alimentado por un cerebro privilegiado.

—Te refieres al tuyo, naturalmente.

—¿Por qué no, si lo han reconocido todos los líderes del pensamiento que han seguido mi estela, desde Carlos Marx a los últimos idealistas?

—No te esfuerces en confundirme, pedante teutón. Mi empeño fue y seguirá siendo mejorar la realidad, no esclavizarla a las paridas de mi fantasía e infinitamente menos a tus desconcertantes postulados o a los de tantos y tantos a los que no mueve más que el orgullo, el odio y la envidia

Y quiero pensar, concluyó el profesor Julián de Miguel, que el espíritu de don Quijote sigue vigilante y nos hará ver su presencia en el momento oportuno. Ello será decisivo para España.

Ese don Quijote, que yo imagino, es el que creo más real y el que debiera reencarnarse en algún contemporáneo nuestro.

Manuel García Velasco, la condesa Ramona y yo nos quedamos sin saber qué responder. Me pareció que el más impresionado fue Manolo, mi buen amigo Manolo con quien compartí varios años de Seminario y al que, como veréis, le han sucedido grandes cosas.

III. EL EXTRAÑO AMOR DE MANOLO Y RAMONA

1

Aquella noche, Manuel García Velasco decidió cambiar de vida. Eran demasiado tontas y abotergantes las juergas que iniciara dos semanas atrás como contrapunto de los quince días de luto. Ha transcurrido un mes largo desde la muerte de Ramona, su esposa; es, se dijo, el momento de pasar página.

2

Ramona, condesa de Valderaduey, había muerto con pleno conocimiento de que iba a morir; un año atrás. Se le había detectado un cáncer con irremediables derivaciones en las partes vitales del organismo.

Al conocer el diagnóstico, aquel mismo día, Ramona llamó a Manuel García Velasco, le citó en el Hotel Santa Clara para, frente a un café, decirle sin preámbulo alguno:

—Manolo, quiero casarme contigo.

Ramona, condesa de Valderaduey, contaba ya cincuenta y tres años y Manuel García Velasco veintinueve. Ella, además de Grande de España con dos títulos nobiliarios por herencia paterna y otros tres por su matrimonio con Ricardo Enrique de Valderaduey, muerto en una cacería en el territorio de los zulúes, era accionista mayoritaria de Tractores Surco, propietaria de la finca La Golosa, de tres casas palacio, etc... él era hijo del zapatero de Bolaños, provincia de Valladolid, estudió varios años en un seminario, se aficionó a la filosofía y a las ensoñaciones literarias, aprendió un oficio que no le gustaba, emigró a Francia y vivía ahora de su sueldo de contable en una ferretería de la calle la Montera.

3

Fui yo el que los presentó en el Ateneo de Madrid, a la salida de la memorable conferencia del profesor Julián de Miguel sobre la bulliciosa Noosfera. Supe que, días más tarde, habían coincidido como espectadores solitarios de la **Vida es sueño** en el Teatro Nacional; en el entreacto, su primera conversación giró en torno a la grandiosidad del auto sacramental y a la buena dirección de Miguel Narros. Como siempre que surgía una conversación con alguien medianamente culto, Manuel García Velasco apuntó que él “también era escritor”, lo que, al parecer, despertó el interés de ella.

—Pero aún no he publicado nada.

—¿Sobre qué escribe usted?

—Novelas, claro. Llevo tres años intentando ganar el premio Planeta.

—Hábleme de esa novela.

—La título, “Vente al Guiri, compañero” y se desarrolla en una ciudad del Sur de Francia; el escenario principal es un tercer piso de unos cien metros en que se juntan a comer no menos de cuarenta españoles, unos pocos de ellos jóvenes emigrantes y el resto veteranos exiliados políticos. Para aprovechar el espacio, las mesas y sillas son plegables e, incluso, las camas (una de matrimonio y dos individuales), hacen de mesa: basta colocarles encima unas tablas. Fuera de las horas de comida y cena, el piso es una vivienda normal habitada por Pituca y Paciano, ella viuda de Francisco Sarasola, que murió cuando lo de la Resistencia contra los alemanes y él un recién llegado de España procedente de la cárcel de Carabanchel. Ella es analfabeta y muy buena persona, él es una especie de fante que presume de muy fuerte y de haber sufrido mucho por sus ideas; lo cierto es que su estancia de varios años en las cárceles españolas fue por delitos comunes. Han vivido juntos unos cinco años, ella muy enamorada de él y él abusando de ella. La cosa se complica cuando aparecen en escena el Sebas y Paquita, los dos hijos de Pituca, que se han criado con los abuelos paternos en España.

—Parece muy interesante esa novela, tendrá usted que hablarme de ella...

4

Salieron juntos del teatro, ella le dio su tarjeta, él su teléfono y, pasados tres días, ella le había invitado a su casa palacio del barrio de Salamanca:

—Sigo pendiente de como se desarrolla tu novela; tal vez pueda hacer algo para publicarla, le había dicho ella a guisa de invitación.

Y poco más puesto que solamente han transcurrido quince días desde que se conocen y no más de tres desde que se tutean, con más soltura por parte de ella que por parte de él.

5

—¿Cómo dice?

—Que sí, Manolo, que quiero casarme contigo. Pero no me mires así: te aseguro que no soy una buscona y, mucho menos, pretendo tomarte como gigoló.

—Es que yo...

—Ya lo sé, te sientes de una clase inferior, eres veinte años más joven, tienes derecho a enamorarte y el ayudarte a publicar tu novela no es un precio justo... No, no te vayas. hazme el favor de escucharme unas instantes: acabo de conocer que me queda menos de una año de vida. Es un año que quiero... ¿cómo decís los jóvenes? aprovechar a tope. No, no te pongas colorado, que ahora la confundida soy yo. Nada de sexo; solamente te pido un ápice de amistad para soportarme este poco tiempo que me queda a cambio de una fortuna que se valora en miles de millones...

—Condesa...

—De nuevo he vuelto a meter la pata; olvida todo lo que he dicho.

Manuel García Velasco miró a su pretendiente y la vio convertida en su propia madre, que se habría vestido de carnaval. En principio no se creyó lo de la enfer-

medad y tomó el asunto como una proposición a valorar sin demasiados escrúpulos; sufrió enseguida una sacudida de conciencia y se vio a sí mismo absolutamente miserable.

—Creo comprenderte; verás, me marcho ahora y puedes tomar el asunto como argumento de tu próxima novela. Yo la leeré desde el Limbo. Bajó la vista para disimular las lágrimas, que a él le conmovieron.

—¿De verdad que estás enferma?

—Sin remedio.

—Algo se podrá hacer.

—Nada, absolutamente, por que me niego al suplicio de la quimioterapia, a perder el pelo y a sentirme más guiñapo todavía. En el mejor de los casos, alargaría mi agonía un par de meses. Lo mío es mortal de necesidad. Y, ya en este punto, voy a tratar de dominarme y hablar con toda la crudeza y realismo de que sea capaz: He pasado por el mundo sin darme cuenta de muchas de las cosas que podía hacer. Desde una situación privilegiada como la mía llega a ser criminal el pasar meses y años ignorando a todo el mundo que no templa tus gaitas y te inunda de zalemas; miras hacia atrás y todo es vacío, absolutamente vacío. No tengo hijos y, a estas alturas, me alegro de no tenerlos: toda mi fortuna sería para ellos y, muy seguramente, continuarían la rutina mía tan llena de vanidades, abusos, desprecios, nimiedades, odios soterrados, envidias hacia el que sabe vivir mejor o tiene un palacio, un barco o un coche que todavía tú no has comprado... La cosa será distinta si todo lo que se debía haber administrado mejor va a manos de alguien con capacidad de cubrir los huecos que una no ha sabido o no ha querido tapar. Resulta que te he conocido hace unos días, te he visto con inmensas ganas de

comerte el mundo y... sin armas: ni siquiera gasolina para el viaje. Es lo que te estoy ofreciendo.

—Yo no soy una hermanita de la Caridad.

—Lo sé; pero también sé que, cada día, revisas tus propias acciones. Yo te vigilaré desde arriba si es que logro entrar. —Y una sonrisa amarga precedió a dos lágrimas que rompieron la puritana resistencia de Manuel García Velasco—. ¿Te casarás conmigo?

Él hizo lo que parecía un gesto de asentimiento y ella le besó en la mejilla.

6

Me pidieron que les casara y lo hice con mucho gusto: Fue una boda muy discreta un sábado del mes de enero a las 9 de la mañana en una pequeña iglesia del Barrio del Pilar con ocho personas más como padrinos, testigos o invitados. Siguieron ocho meses de grandes dolores de ella y progresiva ofuscación de él, que, (lo reía para sus adentros) de chupatintas aficionado a las paridas intelectuales había pasado a conde consorte. Pero hablaban mucho, casi siempre sobre lo mismo: de dónde venimos, qué somos, adónde vamos... hasta que ella murió sin un ruido como si quisiera no molestar. Una nota necrológica en el ABC fue toda la publicidad.

IV. BLANCAS Y LOCAS NOCHES

1

—Necesito despejarme, fue la razón de peso que esgrimió Manolo, conde viudo de Valderaduey, para despedirse precipitadamente de su Consejo de Administración y sumergirse en la noche madrileña.

Se le había acercado a la barra para pedirle fuego. Parecía una profesional, de las que por sus arreglos exteriores, no se sabe si son hombre o mujer.

La resignada respuesta de Manolo fue coreada por las risas que partían de la mesa contigua.

—Son los bestias de mis amigos, dijo la chica (no, no era una profesional y sí una hija de papá que, por lo visto, se aburría y jugaba a la ambigüedad). Únete a nosotros si no tienes nada mejor en que enrollarte.

Manolo se dejó llevar. Invitó y volvió a invitar hasta cinco veces (estamos sin blanca, había dicho uno de ellos). Así hasta las tres de la mañana.

Nunca Manolo sabría repetir una ínfima parte de lo que hablaron. Recordaría que alguien le metió en un

taxi y que el taxista le llevó hasta la casa que fue durante muchos años residencia de su difunta mujer, la condesa Ramona. Salió a recogerle, Celedonio, el que fuera mayordomo de la Condesa y él había aceptado como una especie de hermano mayor. Con muy poco miramiento Celedonio cogió a Manolo en volandas, le llevó hasta la cama y le tumbó sobre ella sin quitarle siquiera los zapatos.

Cuando despertó, Manolo lloró como no lo había hecho desde que fuera niño.

—No sabes divertirme —le dijo Celedonio con más sorna que respeto.

—Sí, creo que soy un poco patoso en esto de las juergas. Tendrás que acompañarme a partir de ahora.

2

Una noche, Manolo y Celedonio cenaron como buenos amigos en el Toki-Toki. Se les acercaron allí Pili y Pepi, que resultaron ser hermanas y se apearon por decir que la continuidad de la compañía costaba veinte mil pesetas. Celedonio hizo un guiño de complicidad con un —¿qué te parece, jefe?, al que Manolo, conde viudo de Valderaduey, respondió con una insípida sonrisa.

—Otra vez será, pendones. Ello motivó un bofetón por parte de la Pepi.

Manolo no salió más de compadreo con Celedonio. En solitario, fue a bailar una noche al Royal Buss: mucho ruido y poca luz. Atmósfera cargada y fuertes olores. Una gogó gordita y desgarbada. Menos hombres que mujeres, más viejas que jóvenes, menos complacientes que interesadas. Dos horas largas de ansia por des-

cubrir no se sabe qué, cuatro o cinco güisquis y, como punto final, el abotargamiento ya conocido.

Durante otras cuatro noches, Manolo perdió su tiempo en las Cuevas de Sésamo. Las Cuevas de Sésamo eran el reducto nocturno más original de la época: conocidos del mundo de las letras y del espectáculo alternaban con estudiantes, chicas de muy variados modos de vivir, curiosos, músicos y golfos de distintos pelajes. Animadas conversaciones en mesas apretujadas, un piano siempre dispuesto y, en el ambiente, el sagrado pacto de no sobrepasar un cierto nivel de decibelios que alteraran la pacífica forma de vivir y de dormir de los vecinos.

Durante tres noches seguidas, Manolo no logró abrir diálogo con nadie. A la cuarta noche, hizo amistad con una escuálida rubia que dijo llamarse Heliodora. Su melena era lisa y muy larga. No llevaba afeite alguno y, cuando se reía, mostraba el hueco de tres dientes. Amplio escote que dejaba al aire lo que no eran más que impúdicos huesos. Reía por cualquier nimiedad. Aseguró a Manolo que estaba muy sola y que se acostaría con él a condición de que escuchase sin rechistar sus versos. Manolo la dejó hacer y ella recitó con voz aguardentosa y atabacada:

*Los lirios se mustian
¿Qué haré yo
sin mis lirios?
Corre, gacela, corre
que se acerca el día
y tú
solo tienes ojos
para la noche.*

—No le encuentro sentido a tus versos y mucho menos a ti conmigo en la cama.

—Cerdo.

3

Al fin, Manuel García Velasco, con veintinueve años, conde viudo de Valderaduey, se ha dado cuenta de que resulta estúpido perseguir aventuras sentimentales a la desesperada y se refugia en la biblioteca que heredara de su mujer. Sobre el viejo escritorio de roble, como olvidados, había un grupo de libros y, a medias tapado por una pequeña carpeta, un sobre cerrado a él dirigido: era la letra redonda y menuda de ella, la condesa Ramona:

Manolo, esposo que no has sido:

Ya has visto esta carta y eso tiene que decir algo. Estoy medio aturdida por la morfina con que la enfermera me alivia los dolores y acorta mis días.

Sé que esto se acaba y claro que lo lamento: te has portado muy bien conmigo y te he llegado a querer de una forma distinta a como quieren las madres tanto que me hubiera gustado que nuestras relaciones se hubieran acercado un poco más a las habituales entre un hombre y una mujer que se casan; me perdonarás este último disparate mío como creo que me has perdonado ese poco airoso papel de gigoló, que solamente Dios, tú y yo sabemos que no era tal.

Dejemos eso que me encoge un tanto el corazón y abordemos lo principal: hemos hecho un trato y tienes que cumplirlo; todo lo que heredas es en depósito, como lo fue para mí: las grandes propiedades, te lo dije mu-

chas veces, obligan a mayores responsabilidades. Tienes mucho que aprender y mucho más que hacer, sea lo que sea pero bien hecho y pensando más en los otros que en ti mismo. Franco va a morir pronto y tú debes a acertar a encontrar tu propio camino en la acción política concreta. Claro que, entretanto, tienes mucho que aprender: deberás leer y reflexionar.

Te quiere y te vigilará siempre,

Tu esposa, la vieja y enferma condesa Ramona.

El mucho que aprender lo inició Manuel García Velasco aquella misma noche, uno de octubre de 1975.

—De esto es lo que ella quiere que me empape —se dijo Manolo repasando el grupo de libros, como olvidados, sobre el viejo escritorio de roble: *El Príncipe*, de Maquiavelo, *la Ciudad de Dios*, de San Agustín, *La República*, de Platón, *Ética a Nicómaco* y *La Política*, de Aristóteles, *El Espíritu de las Leyes*, de Montesquieu y *Democracia en América*, de Tocqueville.

—¿Crees que con esto será suficiente para hacer buena política?

—No, zanganete. Pero, bien digerido, te servirá para aclarar tus ideas; por encima está lo del dinero y luego aquello de que el que la sigue la consigue —recordó Manuel García Velasco que le había dicho su difunta esposa.

—¿Dinero? El tuyo, claro... En fin, llegó la hora de cumplir mi promesa. Ya me está entrando el gusanillo de la acción y esto es mejor que aguantar las paridas de la melenuda escuálida.

Ha transcurrido mes y medio; Manuel García Velasco está a punto de culminar la tarea de ilustración que se había impuesto. En la última página de *La Democracia* en América tropezó con una nota escrita:

Gracias, querido, ya estás preparado para leer el libro número 127, situado en la estantería de la izquierda. Procura olvidar lo pelma que he sido contigo, Ramona.

Marx y el Marxismo - I.U. Lenín - Biblioteca de Lenguas Extranjeras - Moscú, rezaba en la etiqueta del libro número 127.

“La doctrina de Marx, son palabras de Lenín, es omnipotente por que es exacta, es la heredera de lo mejor que ha creado la humanidad en forma de filosofía alemana, socialismo francés y economía política inglesa”

¿Quiere decir que, para conocer algo sobre Socialismo y Comunismo, además de leer el pestiño del *Capital* hay que empezar por tener alguna idea sobre eso de las tres fuentes del Marxismo? Pues vamos allá a pesar de que, según me imagino, no son, precisamente, libros de caballería.

No puede decirse de Manuel García Velasco *“de tanto leer que leía se le secó el cerebro”*; Pero sí que le reconocemos excepcional voluntad para, en dos meses de larguísimas lecturas, llegar a tener una muy aceptable idea sobre Kant, Fichte, Hegel, Feuerbach o David Strauss; sobre Adam Smith, Riccardo o Malthus; sobre Saint Simon, Babeuf, Fourier o Proudhon; para leer lo más significativo de Marx, incluidos *La Miseria de la Filosofía*, *El Manifiesto Comunista* y *El Capital*.

—¿Sabes, Celedonio? Con todo lo que ya sé debería escribir un libro que ponga en su sitio todo eso que se llama progresismo..

—No creo que ese libro lo leyese mucha gente ni llegase a ser mejor de lo que ya hay publicado por ahí. La condesa quería para ti, jefe, algo más comprometedor, empezando por poner orden en tu vida y en los negocios.

—Como siempre, tienes razón, Celedonio ¿Por dónde crees que debo empezar?

— Por lo de Sevilla.

— Muy bien, pero hoy nos toca desempolvar el cerebro.

— Si tú lo dices...

V. VEN, DON QUIJOTE, VEN

1

No me vendrá mal una ligera escapadita antes de empezar lo serio, se dijo Manuel García Velasco aquella noche del 31 de octubre de 1975, al cabo de tres meses de voluntariosa reclusión.

Ni en aquella noche ni en las veinte siguientes encontró cosa más significativa que el conocimiento de un trío de chicas con las que Celedonio y él comprartieron charlas y alcohol en varios encuentros.

Entre copa y copa, Manuel pudo comprobar que los mimos de una tal Martina, la más impulsiva de las tres, despertábale ensoñaciones eróticas; dejábase hacer Manolo cuando, —no es eso lo que buscas, conde—, le murmuró al iodo Celedonio, fiel asistente y renovado compañero de juergas y dislates.

Martina era estudiante de Veterinaria e iba muy pintada.

—Manda a freír monas a ese muermo, se defendió contra Celedonio, la noche es joven y yo hoy me siento particularmente mimosa.

—Eso ya lo dijiste ayer y anteayer, monada. Olvídame y olvida a mi jefe, que tiene otras cosas más importantes que hacer.

Manuel García Velasco, el jefe de Celedonio, había bebido de más y, como otras tantas veces, se dejó arrastrar hasta el coche.

—Por unos días debes respirar aire fresco fuera de Madrid. Vámonos a Sevilla, jefe.

—Iré a Sevilla, pero solo.

—Como quieras.

2

En la mañana del 20 de noviembre, Manuel García Velasco tomó rumbo al Sur en un Austin Victoria recién comprado (mucha cilindrada y poco peso). No tenía in mente mayor preocupación que la de huir de Madrid y “darle color a su dinero” en algún atractivo rincón de Andalucía. Música, velocidad y revoltijo de ideas.

Devora kilómetros mientras se regodea en su actual situación: es “grande de España” y rico empresario; hora es ya, se dice, de tomar conciencia de ello: todos los criados y empleados, salvo Celedonio, a quien tomaré como mi hermano mayor, deberán llamarme señor conde; luciré el rolex último modelo en mi muñeca, anillos de platino y brillantes, camisas de seda y trajes a la medida; tendré que comprarme un buen yate y hacer vida social. Para el primer nivel de los negocios delegaré

en Jesús Barrientos, que tiene pinta de banquero obsesionado por el dividendo.

Manolo liga su euforia al chorruto de la gasolina, energía milagrosa que regala velocidad y despreocupación.

3

Son las diez de la mañana cuando se interrumpe bruscamente la música para dar paso a un comunicado oficial del presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro. Manuel García Velasco disminuye la velocidad de su coche y escucha con atención:

“Españoles: Franco ha muerto. El hombre de excepción que, ante Dios y ante la Historia asumió la inmensa responsabilidad del más exigente y sacrificado servicio a España ha entregado su vida, quemada día a día , hora a hora, en el cumplimiento de una misión trascendental. Yo sé que, en estos momentos, mi voz llegará a vuestros hogares entrecortada y confundida por el murmullo de vuestros sollozos y de vuestras plegarias. Es natural. Es el llanto de España, que siente, como nunca, la angustia infinita de su orfandad; es la hora del dolor y de la tristeza, pero no es la hora del abatimiento ni de la desesperanza.

Es cierto que Franco, el que durante tantos años fue nuestro Caudillo, ya no está entre nosotros, pero nos deja su obra; nos queda su ejemplo; nos lega un mandato histórico de inexcusable cumplimiento. Porque fui testigo de su última jornada de trabajo, cuando ya la muerte había hecho presa en su corazón, puedo aseguraros que para vosotros y para España fue su último pensamiento,

plasmado en este mensaje con que nuestro Caudillo se despide de esta España, a la que tanto quiso y tan apasionadamente sirvió...

Una acongojada pausa y sigue Arias Navarro ya leyendo la nota de despedida del propio general Franco:

Espanoles: Al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio, pido a Dios que me acoja benigno a su presencia, pues quise vivir y morir como católico. En el nombre de Cristo me honro, y ha sido mi voluntad constante ser hijo fiel de la Iglesia, en cuyo seno voy a morir. Pido perdón a todos como de todo corazón perdono a cuantos se declararon mis enemigos sin que yo les tuviera como tales. Creo y deseo no haber tenido otros que aquellos que lo fueron de España, a la que amo hasta el último momento y a la que prometí servir hasta el último aliento de mi vida, que ya sé próximo.

Quiero agradecer a cuantos han colaborado con entusiasmo, entrega y abnegación, en la gran empresa de hacer una España unida, grande y libre. Por el amor que siento por nuestra Patria os pido que perseveréis en la unidad y en la paz, y que rodeéis al futuro Rey de España, Don Juan Carlos de Borbón, del mismo afecto y lealtad que a mí me habéis brindado, y le prestéis, en todo momento, el mismo apoyo de colaboración que de vosotros he tenido. No olvidéis que los enemigos de España y de la civilización cristiana están alerta. Velad también vosotros y, para ello, deponed frente a los supremos intereses de la Patria y del pueblo español toda mira personal. No cejéis en alcanzar la justicia social y la cultura para todos los hombres de España y haced de ello vuestro primordial objetivo. Mantened la unidad de las tierras de España, exaltando la rica multiplicidad

de sus regiones como fuente de la fortaleza de la unidad de la Patria.

Quisiera, en mi último momento, unir los nombres de Dios y de España y abrazaros a todos para gritar juntos, por última vez, en los umbrales de mi muerte, ¡Arriba España!, ¡Viva España!”

Claro que se esperaba la noticia de un momento a otro, pero la rutina de los monocordes partes médicos y el general temor a ver roto un ciclo de usos, costumbres e inquebrantables fidelidades, hacía sorprendente.

4

La sorpresa de Manolo se tradujo en distracción y mayor velocidad.

—Es la hora de los demócratas muy ilustrados y con dinero, se dijo al tiempo que pisaba el acelerador y miraba hacia adelante sin ver.

Un coche blanco, pequeño y vulgar entorpece la marcha de Isidro; va conducido por un orondo señor de chaqueta azul, camisa blanca, amplia coronilla y cogote recortado a navaja: uno más de tantas personas, personajes y personajillos, que han de ir quedando atrás. Eso piensa el advenedizo conde no muy experto, esa es la verdad, en el manejo del volante; por demás, decide que ha de adelantarle sin perder un segundo y sigue un disparatado orden de maniobra: cuarto de vuelta a la izquierda, discreto acelerón y, en último término, ojeada al retrovisor. Cuando inicia la invasión del carril izquierdo observa cómo otro coche viene lanzado por el camino que él habría de seguir; sin duda que la solución de un experto habría sido seguir hacia adelante apu-

rando al máximo la velocidad; pero Manuel García Velasco no era un experto e incurrió en nuevo disparate: giró bruscamente el volante a la derecha al tiempo que frenó violentamente.

Como lógica respuesta a tanto disparate, a la bestezuela de chapa se le rompen las leyes físicas de su estabilidad; tras hiriente chirrido, gira sobre sí misma, da un bote, muestra al cielo sus sucios inferiores en ridículo y brevísimo vuelo, cae sobre su costado izquierdo y por, virtud de la inercia, se desliza en dirección contraria desviándose hacia el barranco hasta chocar con un árbol providencial.

Un camión de cuarenta toneladas había podido frenar a tiempo y retener la circulación.

Transcurrieron unos tensos minutos rotos por la sorpresa de ver al alocado conductor, eufórico y sin un solo rasguño, emerger de un informe amasijo de chapa, cuero, hierros y plástico.

Había ocurrido el aparatoso accidente, estúpido revolcón entre el polvo, el asfalto y la chatarra, en la autovía de Andalucía, unos metros antes del desvío hacia el quijotesco pueblo de Puerto Lápice.

5

Por boca del propio Manuel García Velasco supe lo que vivió y sintió durante esos breves y tensos minutos, parte de los cuales, al parecer, pasó inconsciente o, como me dijo, viviendo una extrañísima experiencia.

Tras un repentino y seco martillar de su cerebro, Manuel García Velasco se vio arrastrado por una especie de catarata formada por millones de sombras y lu-

ces, infinitas hebras de deseos y decepciones, de esperanzas y recuerdos hasta el cortejo de padres, hermanos, amigos, conocidos y... la condesa Ramona, ésta de luto y desgranando un rosario en cuyas cuentas Manolo vio las promesas incumplidas: instantánea y suprema desolación, vida o muerte entre la Nada y el Infinito sobre lo que flotara el afán de volver a empezar: pido, Señor, una segunda oportunidad; desearía conocer... Y, de pronto, se vio Manolo ya en la trastienda de la realidad, en ese mundo virtual que Teilhard y el profesor Julián de Miguel llamaban Noosfera; estaba sirviendo de paje al propio Franco quien, crecido sobre sus despojos de anciano respetable, marchaba con prisa al encuentro del juicio de la Historia.

—Pero si Franco ha sido un dictador, quiso protestar Manolo.

—Dictador, para los romanos era el nombrado para resolver un programa grave y que, por imperativo legal, ponía orden en un ambiente de libertad. Lo malo es cuando el dictador ejerce de tirano y usa más de la espada desenvainada que de la mano tendida.

—¿Quiere ello decir que Franco ha ejercido de tirano?

—No me atrevo a juzgarle siendo como he sido un caballero más impulsivo que reflexivo, aunque siempre animado de buenas intenciones. Por demás, pienso que el gran pecado de Franco ha sido el de creerse imprescindible —era el mismísimo espíritu de don Quijote el que respondía a los pensamientos del aturdido Manolo.

—Señor caballero ¿puedes hacer algo por mí.

—Lo harás tú por ti mismo, porque todavía no estás muerto y has de volver a tu mundo; para hacértelo más fácil déjame que, para siempre, me confunda un tanto con la realidad y que ocupe un rincón en tu conciencia.

—Algo así deseaba mi difunta esposa, la condesa Ramona.

Cuando Manuel García Velasco (o su subconsciente) decidió amigarse definitivamente con el espíritu de don Quijote, ella, la condesa Ramona, le dio un beso en la frente, cálido revulsivo que le volvió a la conciencia o, tal vez, a la vida por esos minutos perdida.

Así me lo contó Manolo y así lo transmito.

VI. A VUELTAS CON EL 20 N

Camisas azules, guerreras blancas, uniformes grises, uniformes pardos, uniformes verdes... velan una desnuda cruz de madera. Velan, aguantan, rezan o recuerdan.

Es en el patio de la vieja casa-prisión de Alicante, lugar en donde, hace ahora treinta y nueve años, fue ejecutado o asesinado el llamado Fundador. Por sus fieles es todavía cantado como pensador profundo, noble patriota, poeta, héroe y mártir; desde la otra acera, se enfrentan a su recuerdo enconados enemigos que ven en él a un politiquillo demagogo, oportunista, pedante, ambicioso e intolerante.

Hijo de un dictador, cuentan de él que, aunque tuvo excepcionales ocasiones de medrar, solamente se lanzó a la vida pública ante la agonía de España, “la amada que no le gusta”; dicen que, de su vida pública, de su política “ni de derechas, ni de izquierdas, sino todo lo contrario” no esperaba otra compensación que la gloria postrera allí en donde “los ángeles, de pie, hacen guardia bajo los luceros”.

Después de tantos años, otros muchos siguen diciendo que José Antonio, el marquesito, facha en la palabra y en el gesto, era puro teatro y egolatría desafortada sin otra obsesión que la de hacer llegar la sombra de Mussolini hasta el último rincón de España.

Fue uno, entre el millón de muertos de la incivilizada guerra entre hermanos españoles.

El cura oficiante hilvana las reiteradas oraciones por el eterno descanso de ese mártir de la sinrazón con el que “se haga la voluntad del Padre al recibir a nuestro desaparecido Jefe de Estado, Francisco Franco. Dos hombres hoy se juntan bajo los luceros. Hoy, Señor, te pedimos por Franco y José Antonio, por José Antonio y Franco”.

Abundó la literatura sobre “dos vidas paralelas”, Franco y José Antonio que “murieron un veinte de noviembre con treinta y nueve años de diferencia”. No faltó quien dijo que fue providencial la coincidencia; pero tampoco quien se hizo fuerte en el rumor de que la muerte ocurrió un día antes, el 19 de noviembre, con lo que respondía a las exigencias de la Kábala: desde la perspectiva de lo críptico, se puede ver comprobar cómo 19-11-75 es el resultado de sumar en vertical 18-7-36 y 1-4-39, inicio y final de la Guerra Civil, es decir, de dos fechas clave en la vida de Franco.

Aunque Franco y José Antonio no se conocieron personalmente, habían despertado simultáneas y, muchas veces, coincidentes devociones. Los seguidores de uno y otro lucharon en el mismo bando desde los inicios de nuestra guerra. Luego unos y otros se asociaron en el poder “unidos, se decía, en la reconstrucción de España”. Hasta hubo ministros que seguían empeñados en mantener viva la “herencia espiritual” de José Antonio;

el propio Franco, que se autotituló Jefe Nacional del Movimiento, en los primeros años de su mandato, vestía camisa azul en las ceremonias de masa.

Pero no falta quien afirma que los de Franco y José Antonio fueron nombres y trayectorias unidos, simplemente, por exigencias del guión histórico. No está claro el que José Antonio tuviera ferviente admiración por Franco; pero sí que está demostrado que el símbolo José Antonio fue muy útil a Franco aunque, en los últimos años de su vida, omitiera cualquier referencia al fundador de la Falange.

Muy probablemente, Franco no fue ni de derechas ni de izquierdas, ni, tampoco, todo lo contrario. La historia dirá si ejerció de dictador (o de tirano) o se limitó a ganar una guerra para, luego, intentar “ganar la paz”, como se decía entonces. Pero, si no le cuadra el mote de facha ni tampoco el calificativo de demócrata... ¿qué, pues? Para muchos españoles Franco, “ese hombre”, fue simplemente, Franco.

Conocida en el mundo la noticia de la muerte del General, procedentes de todo el mundo, se recibieron abundantes mensajes que, en nombre de los mandatarios de sus respectivos países, transmitían su pésame a la para que auguraban para España “una transición en la paz y la concordia civil” por que, tal como rezaba una de las muchas editoriales de aquellos días, “el luto de un mundo que termina encierra en sí mismo el fruto de un mundo que empieza”.

¿Cuál será el fruto de este mundo que empieza? La democracia, por supuesto. ¿Qué clase de Democracia? Anda éste: la democracia parlamentaria, que es la que rige y es cultivada por los países más avanzados.

Francisco ha muerto, ¡viva, pues, la Democracia!

VII. EL COMPROMISO

1

Sabido lo del accidente, llovieron sobre Manuel García Velasco las llamadas de multitud de amigos. Celedonio pretendió aislarle descolgando el teléfono, pero, a poco, se presentaron en tropel Cholo, mistar Pecas, Clavelina y Tití. Componían una de las cuadrillas conocidas por Manolo en sus noches locas.

Entraron con mucho ruido y, entre besos y abrazos, arrastraron a Manolo hasta el salón azul.

—Que os den morcilla, murmuró Celedonio al tiempo que desaparecía de la escena.

Tití se hizo cargo de las bebidas y Cholo de lo que se podría apañar en la cocina. Mistar Pecas y Clavelina se quedaron haciendo compañía a Manolo.

Mistar Pecas, que decía adorar el güisqui y el cochinitillo asado, era el más gordo y también el más payaso en su forma de vestir y de hablar. Clavelina, alta, de pelo lacio y ojos trabados, era la más juiciosa y la más culta, aunque también la más cursi. Cholo, de grandes

ojeras, cara chupada y siempre bien peinado, hacía el papel de eterno perseguidor de mujeres. Tití pelirroja, bajita y pizpireta, parecía la muñeca juguete de la cuadrilla con su cortísima falda, cara pintarrajeada hasta la exageración y vocecilla como de diminuto disco que llevara en un pecho desproporcionadamente abultado.

—Has nacido, mi rey, has nacido hoy —decía Clavelina—. Según creo, tu coche quedó hecho un montoncito de chatarra después de no sé cuantas volteretas y de arrastrarse por el suelo contra el horrible tráfico de la autovía de Andalucía ¿No sería tu ángel bueno el que te envolvió en cojines de plumas?

Esto último pareció hacerle mucha gracia a mistar Pecas, que se carcajeó hasta verse obligado a sujetar la tripa.

—Qué risa más tonta y más bestia, hijo. Y qué bien, conde precioso, has salido del trance. Ahora, para celebrarlo, tienes que prepararnos una fiesta de antología y ya verás como, entre todos o, bueno, yo solita, te hacemos olvidar el susto. Qué experiencia, chico, qué experiencia. Me ocurre a mí y seguro que me da el telele y la diño sin remisión; pero tú, hale, fuerte y frío como si tal cosa. Creo que saliste por una ventanilla como Sigfrido por encima del montón de cascos y corazas de los enemigos muertos.

—Pero sin cuernos ¿eh? —soltó Mistar Pecas, que seguía carcajeándose a su aire.

—Mi madre, qué cocinera más fiera te ha tocado en suerte, macho; y qué mano más larga la suya. —Era el Cholo, que se llevaba la izquierda a un ojo supuestamente morado, mientras que, con la derecha, sostenía una bandeja de canapés.

—Marchando güisqui para todos. —Era Tití, la pizpireta: veintidós años de ilusiones a medias, dos carreras interrumpidas a fuerza de repetir el primer curso, algún que otro breve e insulso amor y rosarios de noches en ruido y alcohol.

2

Manuel García Velasco, conde viudo de Benamar y de Valderaduey, Manolo para los amigos, hombre nuevo desde la mañana de ese mismo día, escuchaba y dejaba hacer. Sentado en el alféizar de la ventana, toda su atención de ahora estaba empeñada en perseguir con la mirada a una gruesa mosca, que zumbaba al otro lado del cristal.

Los otros cuatro se habían acomodado en los cojines que, directamente sobre el suelo y en torno a una mesita de té, evocaban un cierto refinamiento oriental. Esperaban las palabras de Manolo, que seguía como en otro mundo.

—Estos memos y yo —decía Clavelina— esperamos algo de ti, aunque sea la canción del pirata ¿qué nos dices de tu experiencia? ¿Para cuándo esa fiesta por la que todos nos morimos? ¿vas a decidir casarte? ¿será conmigo, tal vez? Sabes muy bien que a mí no me importaría, que no estoy nada mal, que no soy tan vacía como dice la gente, que, en sociedad, me comporto de maravilla, que me pirro por la buena música y que soy hasta capaz de leer a lord Byron en inglés. Hasta tengo dinero, aunque no tanto como tú: no creo que hiciéramos mala pareja. Claro que si prefieres a Tití, el escaparate ambulante de Elizabeth Arden...

Tití se dio por aludida mirando a Manolo con arrobo. Mistar Pecas ya había dado buena cuenta de cuatro canapés y dos güisquis mientras que el Cholo seguía tapándose el ojo supuestamente morado como esperando su turno para dar pelos y señales sobre la violenta respuesta de la cocinera.

Manolo seguía aún persiguiendo con la mirada a la gruesa mosca que zumbaba al otro lado del cristal.

Sucedió un largo silencio, que a punto estuvo de soltar las lágrimas de Clavelina.

—Amigos, mis pobres y aburridos amigos —por fin hablaba Manolo— para mí ya no habrá fiestas de antología, ni tertulias tontas, ni correr de aquí para allá buscando nuevos sabores a las bebidas; tampoco me aburriré en conversaciones y sobos sin entusiasmo, sin gracia y sin libertad ni permitiré que la obsesión por no dormir sea el principal aliciente de mis noches. No más perseguir fantasmas, no más fabricarme soledades en la más ruidosa compañía...

—Muy bueno, muy bueno eso de fabricarte soledades ¿dónde lo has leído? —Era mistar Pecas, medio atragantado por un canapé.

—No te ofendas, Pablo, porque te llamas Pablo ¿verdad? si te digo que tú has sido uno de mis maestros en eso de fabricar soledades; también tú, Cholo, cuando me invitas a hacer el idiota persiguiendo bofetones o tú, Tití, que tanto te afanas por parecer intrascendente.

—¿Y yo? —preguntó Clavelina— ¿también yo te he enseñado a fabricar soledades?

—La verdad, no sé quien de nosotros ha avanzado más en ese magisterio; juntos nos hemos reído de las cosas importantes; nada de trabajar, nada de pensar, nada de considerar iguales a ricos y pobres, nada de

sentir respeto por esa atracción o sentimiento que empezaba a nacer entre nosotros...

Clavelina disimuló su azoramiento con una sonrisa de picardía.

—Uy, qué ilusión, gustarle yo a mi precioso conde.

—¿Por qué no si eres guapa, fina y tan sensible en ese fondo tuyo que te resistes a mostrar?

—¡Cuántos se conformarían con menos?

—Pero tú sabes muy bien que no es suficiente para romper este nuestro cerco de soledad.

—¿Quiere eso decir que te casarás de nuevo, aunque sea con otra? —preguntó Tití que, con una servilleta había atenuado el rojo de sus labios.

—No quiere decir eso, tontina... —Ya de pie, muy serio y en medio de la habitación, prosiguió Manolo—: Este accidente mío no ha ocurrido en vano; desde ahora mismo me resisto a continuar como un ser fatuo e inútil. Quiero abrirme al mundo que nos desafía con millares de problemas que esperan solución. Es un mundo poblado por hombres y mujeres, al menos, tan importantes como nosotros. Muchos de ellos aciertan a saborear con ilusión los pequeños manjares de su realidad diaria y aprenden a ser felices; en ese su aprendizaje sufren decepciones, cansancios y vitales carencias. Todos ellos y también los eternamente descontentos y los abandonados por la fortuna, necesitan algo que cualquiera de nosotros puede ofrecerles...

—Oye, oye —cortó Pablo, el llamado Mistar Pecas—. Que estás muy lírico y un poco demasiado exagerado. Ellos ya tienen a sus amigos, a su trabajo y a su familia. Están en su mundo como nosotros estamos en el nuestro.

—Te miro —terció Clavelina— y no llego a comprender estos tus escrúpulos de ahora o ¿son algo más

que escrúpulos? Ah, ya, veo que es algo mucho más serio: Alma de Dios, amigo mío, posible amorcito para toda la vida... ¿acaso no tienes derecho a vivir como vives? ¿a quién has robado lo que tienes? ¿no pagas religiosamente lo que compras y también a tus obreros, a Hacienda y a la Seguridad Social? ¿Acaso te dedicas a financiar la droga, el terrorismo o la trata de blancas? Alto ahí, guapo conde ¿te vas a negar a ti mismo el vivir tu propia vida? ¿no necesitarás visitar al psiquiatra?

—Eso, eso, que vaya al psiquiatra, que vaya al psiquiatra —corearon los otros.

—No toméis a broma mis palabras. Esto mío es, creo yo, la mejor forma de vivir: algo así como apearse del burro para cambiar definitivamente: estoy obligado a administrar bien mis energías y montones de dinero que, como sabéis, me han venido sin hacer mérito alguno.

—Chico, qué solemne y aburrido te pones. Y qué exagerado: tienes el dinero por que lo tienes y punto, ¿para qué? pues para vivir como lo que eres, como un conde joven y avasallador y para compartirlo con buenos amigos como nosotros. Ya que no sabemos hacer otra cosa, divirtámonos; ¿lo oyes? divirtámonos. —Era Tití, la que parecía una muñeca, que había hablado de corrido y casi gritando para, luego, ocultar su turbación con un cómico salto que la llevó a los brazos de Manolo; éste la dio un suave beso en la frente, la tomó por la cintura y la sentó a su lado en el alféizar de la ventana.

—Ya podéis decir lo que os venga en gana. Me he decidido a cambiar y cambiaré. Basta ya de solemnidades: brindemos ahora por una amistad que pudo traer y ojalá pueda traer todavía otras cosas que noches blancas, verborrea sin fin y dolores de cabeza.

—Brindemos, chin, chin...

—¿Será éste nuestro último brindis, mi guapo conde? —Era, de nuevo Clavelina.

—El de hoy sí —respondió Manolo— pero ya nos veremos otro día, digo yo. Ahora os agradeceré que me dejéis solo. Voy a ducharme y a poner en orden mis pensamientos.

—¿No lograremos nada si te decimos que te queremos mucho y que deseamos ser siempre tus mejores amigos? —Había la sombra de una lágrima en la mirada de Tití.

—Claro que sois mis mejores amigos.

—¿Tan malo ha sido nuestro alterne? —Era Mistar Pecas, que jugaba a mostrarse serio.

—Un poco tontorrón y un mucho estéril sí que era...

—A mí me parecía de lo más chachi —contradijo el Cholo—. Venga, conde, deja de hacer el gili y sigamos como hasta ahora.

—“Será en balde —dijo ahora Manolo con palabras que no eran tuyas— será en balde cansaros en persuadirme a que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena y la razón pide y, sobre todo, mi voluntad desea”. Don Quijote no habría dicho otra cosa en las mismas circunstancias —continuó Manolo para su propio coleteo.

—Ahora sí que nos has matao —vociferó el Pecas, que dio media vuelta y echó a correr hasta la verja de salida. Todos le siguieron—. Vámonos, muchachos, que con este tonto ya no hay nada que hacer.

El moscardón seguía revoloteando al otro lado del cristal. Manolo abrió la ventana, como invitándole a entrar, pero el bicho voló en dirección contraria hasta perderse.

Sucedió esto en el atardecer gris del mismo 20 de noviembre. El locutor, traje negro, camisa blanca, corbata negra, anunciaba con voz de circunstancias: ... “en el Palacio Real, la capilla ardiente estará abierta para todos lo españoles quieran dar el último adiós a quien durante cuarenta años ha dirigido con tanto acierto los destinos de nuestra Patria”.

—Nunca debiste creer ser el elegido de Dios, pobre Caudillo.

—Franco no era quien para creerse por encima del bien y del mal —recalcó Celedonio que se había acercado sin ser visto—. Veo que estás recobrando el buen sentido.

—Ah, ¿estás ahí?

—Pues ¿qué crees? ¿que me iba a perder el combate con las fuerzas vivas de la jilipollez estéril? He seguido toda la escena desde la salita.

—¿Te das cuenta, Celedonio? Ya el accidente es como si no hubiera ocurrido; pero sí que viví algo muy importante tal vez ligado con la propia muerte de Franco.

—Al grano, jefe, que me cuesta trabajo seguirte.

—No, hombre, no; que no pienso convertirme en Franco Segundo, aunque dinero y ganas no me faltan. Fíjate que, con Franco, desaparece el régimen de las adhesiones incondicionales, lo del atado y bien atado desde arriba. Ya verás como es llegado el momento de la salida de las respectivas madrigueras de todos los ansiosos por cubrir los huecos que deja toda la parafernalia franquista: habrá renacidos fantasmas de antaño confundidos en tropel con los generosos, los ingenuos y los oportunistas... todos con las mismas teóricas posibilidades, pero con desproporcionadas ventajas de los unos sobre los otros.

—Y tú ¿que piensas hacer?

—Lo que decidamos entre los dos.

—¿Cómo...?

—Lo que oyes. Te conozco, Celedonio. Lo tuyo con la condesa era algo más que fidelidad perruna; sé que muchas de sus buenas cosas las aprendió de ti; que si visitaba chabolas y se mezclaba con la buena gente era por que tú la llevabas... hasta he llegado a creer que lo del matrimonio conmigo fue amañado por ti.

—Vaya, hombre ¿no será que el accidente te ha revolucionado la azotea?

—Déjate de gaitas y vámonos al grano. Que la vida es breve y nos quedan muchas cosas por hacer: yo contigo, perro viejo, que se ríe de todo lo que nada vale para encontrar el sitio que a cada uno de nosotros corresponde, y tú conmigo, joven riquísimo e inexperto que, de repente y sin saber por qué, siente la necesidad absoluta de comprometerse con el “ideal de valer a los que poco pueden”.

—Esto último es muy bonito ¿no? ¿dónde lo has aprendido?

—Qué sé yo: es como la continuación del sueño que tuve cuando, atontado, esperaba el dejar de respirar entre la chatarra del coche.

—Bendito sueño que te ha traído a la realidad. Déjame que te abrace. Grita ahora conmigo: Viva la Libertad.

VIII. EL GUSANILLO DE LA POLÍTICA

1

—Tu Administrador ha venido a verte.

—Hazle pasar y siéntate con nosotros.

—Pero, jefe, que estoy al margen de tus negocios.

—Estabas, amigo, estabas. Desde ahora, eres el puente con todo lo que ha de venir, que va a ser mucho y muy provechoso.

—¿Quiere decir que seré algo así como Sancho Panza?

—Si lo quieres tomar así no me parece mal. Pero será un Sancho Panza mucho más hermanado con este moderno e inexperto desfacedor de entuertos.

—Que así sea y, si te he de ser sincero, ya te puedo decir que me costó mucho el no romper la promesa de cuidarte que hice a tu mujer: eres de lo más estúpido e insoportable cuando juegas a golfo rico.

—Vamos, pues, a reunirnos con el Administrador; pero, antes dime una cosa ¿no crees que Barrientos tiene madera de diputado?

—Ya que lo dices... ¿qué te propones?

—Escucha y verás.

2

—No veo en usted, señor conde, la mínima traza del accidente —fue el saludo de Jesús Barrientos del Pozo, gestor principal de los negocios de Manuel García Velasco. Lo de señor conde hizo sonreír a Manolo: hábale divertido encontrar un ligero tono de ironía.

—Tuve una gran suerte, gracias a Dios ¿qué plan tenemos para hoy?

—Pasaré la mañana en la factoría de Colmenar. A primera hora de la tarde quería volar hacia Sevilla; al parecer, hay algún problemilla en la recogida del algodón.

—¿Tenemos ya la solución?

—¿Que quiere que le diga, señor conde?

—Que no repita tanto lo de conde.

—Como usted quiera, señor García.

—El trato sin ceremonia ni gaitas hace el diálogo más fácil.

No era así para Jesús Barrientos del Pozo: parecíale que un pomposo tratamiento era como una barrera protectora entre el dulce farniente de un joven e inexperto capitalista y su libertad de acción.

—Celedonio y yo le acompañaremos a la fábrica —dijo Manolo.

—¿Sucede hoy algo especial?

—Cada día trae siempre algo especial.

Era Barrientos un hombre de cuarenta y cinco años, uno setenta de estatura, calvo y delgado, siempre vestido de gris oscuro con corbata azul y pintitas rojas o corbata roja con pintitas azules. Sin hijos de ninguno de

sus dos matrimonios, presume de haber superado el trauma del suicidio de su primera mujer y de fidelidad absoluta a su antigua secretaria, que ahora es su nueva mujer, diez años más joven que él y con particular afición al buen vestir; le acompaña en todos los viajes y le anima a dedicarse a la política ahora que el camino está abierto a los “demócratas de toda la vida”, dice ella.

Martina, que así se llama la antigua secretaria y ahora esposa de Jesús Barrientos del Pozo, quiere ser justamente el revés de la retraída y neurótica Rosalía, aquella otra que se suicidó, al parecer, por ser incapaz de soportar las largas ausencias de su marido, el cual, ahora y gracias al renovado interés por sus obligaciones empresariales, cree contar con seguros y pacíficos cauces para el desarrollo de su ambición. Ella, Martina, sabrá apuntalar una tal carrera política con buenas dosis de solicitud y continuo derroche de saber estar y acompañar.

—Señor Barrientos ¿piensa usted interesarse por la nueva política?

—Hombre, si me sobra tiempo y no me falta dinero...

—Imaginemos que ya tiene ambas cosas. Sabe que la cosa política va a cambiar bastante: habrá algunos que se aferrarán a la herencia y al truco de la adhesión incondicional, otros que jugarán a profetas de la nueva era y los más que se mantendrán a la expectativa ¿en dónde se sitúa usted, mi querido administrador?

—Como prudente hombre de empresa, entre estos últimos, por supuesto.

—¿Y el equipaje de ideas? ¿Toma usted como buen equipaje de ideas eso que se llama Reforma Democrática?

—No estoy convencido de que eso sea lo mejor.

—¿Es usted de izquierdas?

—Por favor, señor García: si tengo que apuntarme a algo, déjeme usted que me apunte a la modernidad.

—¿Qué es eso de la modernidad? —preguntó Celedonio.

—Lo que se cultiva en países como Estados Unidos, Inglaterra o Francia.

—¿Cree usted posible trasplantarlo tal cual a España?

—Tal cual será un poco difícil, pero podría intentarse ¿no le parece? Claro que es una tarea que no está a mi alcance. Ya se lo he dicho: me falta tiempo y dinero.

Manuel García Velasco recogió el guante de la insinuación.

—Barrientos, le brindo la ocasión de demostrar lo que puede usted hacer por España. Tendrá el tiempo y dinero que necesite.

—No bromeo y vamos a la fábrica.

—Sí, pero antes déjeme hacerle una invitación: tómese unos tres meses de vacaciones, disponga del dinero que necesite, viaje por esos países que antes ha citado y vuelva con ideas concretas aplicables a la previsible nueva situación española. Si, con tales concretas ideas logra usted convencer a unas cuantas personas que trataré de reunir para la ocasión, le prometo que tendrá usted todo el dinero necesario para realizar una brillante carrera política.

—Supongo que también tendré que convencerle a usted.

—Yo me plegaré al criterio de la mayoría.

—¿Que pasará si no logro convencerles a ustedes?

—Pasará que usted no ha perdido nada; seguirá como hasta ahora. Tómese lo, pues, en serio, consúltelo con su esposa y mañana me da la respuesta

—¿Me acompañaría ella?

—Por supuesto que sí.

—¿Y qué me dice de los asuntos pendientes?

—Le digo a usted que, entre todos, trataremos de cubrir su hueco. Vámonos ya a la Fábrica.

IX. LOS ALIÑOS DEL DIVIDENDO

1

Jesús Barrientos del Pozo regenta el imperio de Manuel García Velasco según dos líneas maestras: proyectos y resultados. A tenor de ello, en los consejos de administración y reuniones con los directivos, dos parecen ser sus únicas preocupaciones: las desviaciones presupuestarias y el balance.

Al final del ejercicio, sean cuales fueren los resultados, el juicio crítico de Jesús Barrientos del Pozo es siempre el mismo: todo ha ido muy por debajo de las posibilidades reales. Cualquier problema de relaciones humanas o de evidente insatisfacción del personal es considerado por Jesús Barrientos del Pozo incidente de segundo orden y exclusiva responsabilidad de los jefes de división o, en el último término, del director de personal. Sí, a pesar de sus inhibiciones, se requiere su intervención, la respuesta es siempre la misma: soluciónlo como crean oportuno, pero sin sobrepasar lo presupuestado.

Tal actitud siempre le pareció demasiado fría a la condesa Ramona, la cual, por otra parte, se mostró siempre reconocida a la capacidad de gestión de su Administrador General: Barrientos, le decía, no deje usted de considerar personas a todos nuestros empleados; tampoco olvide que, si ganamos dinero, es gracias a ellos y a que, por lo mismo, deben participar en los beneficios.

Algo se hizo en ese sentido pero de tan poca consistencia que, desaparecida la condesa, durante el periodo blanco de Manuel García Velasco, Barrientos no tuvo grandes dificultades para desarrollar la teoría de que un obrero es poco más que un simple elemento de producción; teoría que ahora teme ver sometida al juicio del nuevo patrón.

—Lástima —se dice ahora Barrientos—, ese apearse del burro por parte del conde-viudo, que ahora gusta ser considerado como un simple García en lugar de vivir como lo que es, una arribista aprovechado.

Manuel García Velasco, ya se ha visto claramente, con la entusiasmada colaboración de Celedonio, tiene prisa por responder al mandamiento que creyó recibir cuando lo del accidente: vuélcate hacia los demás, lo que, evidentemente y aunque Manolo aún lo ignore, no sintoniza con las intenciones de su apoderado administrador general, el mismo que ahora vive ilusionado con alcanzar una parcela de poder político.

2

La fábrica de tractores Surco, con no menos de ochocientos empleados, parecele a Manuel García Velasco

un buen campo de acción social y el mejor punto de partida para el desarrollo de su nueva personalidad.

Barrientos saludaba con un discreto hola al que respondían con exagerado respeto vigilantes, recepcionistas y seis o siete empleados más con los que tropezaron hasta llegar a la sala-despacho del Administrador General.

Luz indirecta, paredes y techo forrados de madera noble, gruesa alfombra de nudos, cortinas de cuero rojo y mobiliario ostensiblemente lujoso en todos los detalles.

Barrientos pulsó el interfono, “vamos a reunirnos”, dijo y vino a sentarse al lado de Manuel García Velasco.

Tras breves golpes en la puerta, apareció Covadonga, secretaria de la Administración General: una treintena de años, chaparreta, ojos grandes y negros, pelo corto y liso sujeto con horquillas, facciones con cierta gracia no resaltada por afeitte alguna. Suéter rojo, falda gris y zapatos negros de medio tacón.

—Covadonga, ya conoce a nuestro Presidente.

—Claro que sí y sé de su gran suerte. Me alegro mucho. Hola, Cele. Se vio que Celedonio y Covadonga se tenían mutua simpatía

—Gracias, señorita.

—Covadonga, por encargo del señor García, habré de ausentarme durante unos tres meses —decía Barrientos.

—Entre todos, taparemos bien su hueco ¿verdad que sí?

—Si he de iniciar mi viaje enseguida, bueno será que le ponga a usted al tanto de todos los asuntos.

—¿Los conoce Covadonga?

—Creo que bastante mejor que yo.

—Entonces, si no le importa,, no creo necesario que ahora perdamos el tiempo en ello. Lo que, en primer lugar, me gustaría, es conocer a los líderes obreros.

—¿Líderes obreros? —pareció sorprenderse Barrientos—. Aún no están bien definidos. Hemos procurado convencer a toda nuestra gente que eso de las obsesiones reivindicativas es como poner arena en los cojinetes de la empresa; el resultado es que los cabecillas de vocación lo disimulan bastante bien.

—¿Qué ocurre cuando alguno de ellos no acierta a disimularlo?

—Que le procuramos una buena liquidación.

—¿No ha probado usted el interesar a nuestros empleados en los objetivos de la empresa?.

—No creo que ello sea lo más indicado para las exigencias del dividendo.

—¿Seguro? Déjenos probar y, a la vuelta de su viaje, podrá juzgar.

No quiso ver Manolo un mal disimulado rictus de sarcasmo y, dirigiéndose a Covadonga, continuó: no sé si con circular o de vida voz debe hacerse saber a todo el personal que, por deseo expreso de la Dirección, todos están invitados a una más directa responsabilidad sobre los asuntos de cada día lo que conllevará a una participación en los beneficios. Como primera medida se me ocurre crear un comité de asesoramiento en el que me gustaría ver representados todos los sectores de la Empresa. La pertenencia a este comité podría sortearse entre cuantos deseen una mayor responsabilidad que, de momento, no será retribuida y sí que servirá para incrementar sus obligaciones hacia la Empresa y hacia sus propios compañeros. Que cuantos consideren interesante esta oferta de participación, sírvanse dar su nombre en secretaría

para proceder a un riguroso sorteo entre los candidatos a esos puestos de responsabilidad no retribuida. De ahí saldrá un Comité de Dirección del que dependerá el preciso encauzamiento de esa política de progresiva integración en los objetivos de la Empresa.

—Con ayuda de los jefes de división, podríamos seleccionar a los responsables más idóneos. Apuntó Barrientos, reacio a esos cambios que chocaban frontalmente con su habitual línea de acción. Con mal disimulada malevolencia suponía el Administrador General que el fracaso de la experiencia se haría evidente en muy poco tiempo, tal vez mucho menos del que durase ese su proyectado viaje, cuya intencionalidad creía ver ahora claramente.

—Señor Barrientos, si pedimos a los jefes de división que seleccionen a los más idóneos, haríamos justo lo contrario de lo que me propongo. Debe quedar muy claro el hecho de que cualquiera de los que trabajen en la empresa podrá participar en el Comité de Asesoramiento siempre que la suerte así lo señale. Por demás, quiero que, cada seis meses nos reunamos todo el personal para que, a la manera de lo que ocurre en las asambleas de accionistas, podamos calibrar la buena o mala marcha de la Empresa y respaldar o sancionar las directrices seguidas hasta ese momento. No tenga usted miedo a la libre participación, señor Barrientos; presiento que nos va a dar a todos muchas satisfacciones.—A mí, desde luego, ya me las está produciendo —afirmó Covadonga.

—Pues manos a la obra.

—Ahora mismo, señor conde.

—Un último favor, Covadonga: en lo sucesivo apee ese tratamiento que no me viene de sangre.

—Como usted quiera, señor García.

Barrientos había esperado la ausencia de la secretaria para casi gritar:

—Si es mi dimisión lo que usted pretende, debería decirlo abiertamente.

—Ni mucho menos. Y, por favor, tenga la bondad de no excitarse que ya ve lo calmado que estoy yo. Ha sido y es usted un hombre de confianza y buen administrador general de empresas según ese corrientísimo modelo basado en una neta división entre objetivos a cubrir y puntual integración de todos y cada uno de los colaboradores; solamente que tal estrategia empresarial ya resulta anacrónica en un mundo que demanda mayor libertad responsabilizante. A estas alturas me permito dudar de todo lo que suena o parece enfrentamiento entre la empresa y sus trabajadores: mal se puede cubrir los objetivos de eficacia y rentabilidad si lo más valioso de la empresa mira hacia otro lado. En cambio, todo marchará mucho mejor si, en base a libertad y responsabilidad, damos cauce a nuevas energías y positivas ideas.

—¿Así que ése es el juego que se trae usted desde esta mañana? —la verdad es que Barrientos estaba a punto de perder los papeles.

—Si usted lo cree así, allá usted. A pesar de su posicionamiento, sepa usted que mi oferta sigue en pie: puesto que tiene usted grandes aspiraciones a participar en la nueva línea de acción política, que se avecina para España, viaje usted por el mundo con crédito abierto y vuelva dentro de unos meses con el caudal de experiencias captadas en uno u otro país democrático. A su vuelta tendremos una jugosa discusión sobre la materia que nos permitirá decidir sobre la financiación de

su carrera política o la continuidad como apoderado Administrador General.

—Esta vez bajo el directo y estricto control de usted, claro está.

—Digamos, querido amigo, que a la luz de un serio propósito de humanizar nuestra empresa. Tal vez, entonces, ya podamos demostrarle a usted y todos los posibles reticentes sobre la materia que de la humanización depende, incluso, una mayor rentabilidad. Colaborará usted con nuestras ideas más que por simpatía por haber encontrado la demostración de unos mejores resultados contables. Acepte ahora la posibilidad de que yo tenga razón y, por favor, déjeme ejercer el derecho a aportar mi grano de arena a la empresa que, según la ley y la fuerza de los hechos, está bajo mi responsabilidad; ya tendrá tiempo de recriminarme los posibles errores; por que, eso sí, quiero contar siempre con su capacidad de trabajo y con su buen conocimiento del mundo de los negocios.

Barrientos alargó el silencio sopesando la formidable majadería de lanzar todo por la borda: se le ofrecía la oportunidad de tentar una nueva suerte y, finalmente, a ella se aferró sin vacilar.

—Procuraré seguirle en esta nueva filosofía de empresa siempre que me lo permitan las previstas obligaciones políticas ¿no cree usted? Añado ahora una pregunta que me reconcome ¿qué tiene usted contra la rentabilidad de su propia empresa?

—Señor Barrientos, o no me explicado bien o es usted el que no quiere entenderme: Yo no tengo nada contra la rentabilidad de mi propia empresa; y diré más: considero que la rentabilidad de la empresa es su principal exigencia para, más que sobrevivir, crecer como tal

empresa. Lo que sí que no creo es que la ciencia infusa sea una exclusiva de los que, por una causa u otra, ostentan las primeras responsabilidades; tampoco creo que un dividendo consolidado, para crecer, necesite alimentarse de libertades humanas.

—¿Qué es, pues, lo que usted cree?

—Creo, y esto a pies juntillas, que el propio dividendo crece con más fuerza y consistencia si la organización pertinente y las exigencias del Mercado van aliñadas con una buena dosis de libertad responsable asequible a todo el mundo.

Barrientos no encontró más que decir y llamó a Covadonga para hacérselo saber.

Covadonga, seria y diligente, junto con Celedonio, que escuchaba y aprobaba, expresaron su deseo de participar en un Comité de Dirección, que además de reunir a los responsables de cada departamento debería incluir no menor número de empleados con vocación de ejercer mayor responsabilidad.

3

Fue una reunión muy breve.

—Por expreso deseo de ambos, el señor Barrientos estará ausente los tres primeros meses en que yo asumiré sus responsabilidades. Sé que voy a contar con la positiva colaboración de todos ustedes. Falta nos hace puesto que, tal como ven en la nota que les ha facilitado Covadonga, pretendemos introducir en la empresa cambios muy substanciales. Deseo y espero que tales cambios no afecten a la continuidad de ninguno de ustedes: tendrán una responsabilidad más compartida y, por lo

mismo, más eficaz siempre, claro está, que ello implique su personal compromiso por aprovechar al máximo la buena voluntad y energías tanto de sus directos colaboradores como de cualquier otra persona integrada en la Empresa. Confío en que, a partir de ahora y gracias a la esperada mayor integración del personal, todo resultará mucho más fácil y motivante. Al hilo de esta confianza, les agradeceré muy encarecidamente el que eviten cualquier presunción de catastrofismo, inoperancia o anarquía y que se reserven el juicio crítico hasta dentro de unos tres meses, tiempo que el señor Barrientos dedicará a recopilar experiencias y nuevas oportunidades de negocio por todo el mundo.

—Por demás —terció Barrientos— y cara a la nueva etapa que se inicia en España, acaricio la idea de participar en política y, dado que me encuentro bastante verde en todo lo que no sea democracia orgánica, he pedido al señor García que me conceda unas largas vacaciones. No creo que se note demasiado mi ausencia: Sánchez Montes es un magnífico hombre de empresa con la voluntad e inteligencia suficiente para sacarle partido a la nueva situación; ya lo ha demostrado en otras ocasiones y no encuentro razón alguna para que no siga demostrándolo en sintonía con nuestro Presidente.

—Si lo he entendido bien —apuntó Sánchez Montes— seguirá siendo la misma nuestra responsabilidad de cada día.

—Exacto; pero esta vez ayudados por un Comité de Dirección con capacidad para decidir políticas de personal y muchas otras cosas que ayuden a una mejor organización y al desarrollo de un mayor caudal de ideas brillantes nacidas de la libre responsabilización de todos.

—La cosa es nueva y puede resultar —apuntó Barrientos.

—¿Por qué no? —inquirió con entusiasmo Manuel García Velasco.

—¿Por qué no? —corearon todos, algunos con cierta sorna.

—Pónganse, pues de acuerdo en los detalles —dijo Manuel García Velasco a guisa de despedida. Le siguieron Barrientos, Covadonga y Celedonio.

4

Continuaron la reunión el Director General de Fábrica José María Sánchez Montes, el director de Producción Felipe Chaparro Martínez, el director de Personal Isaías Ballarín Quintanilla, el director de Administración Gerardo Pardo Navarro y el director de Sistemas y Tiempos Benito Hernández Pelayo.

Fue este último el que inició la discusión

—Por las razones que todos conocemos, no creo que sea el mejor momento de una revolución en una empresa que no funciona tan mal. Si os parece bien, yo mismo me brindo a seguir mañana la conversación con García Velasco.

Evidentemente, los altos ejecutivos de Tractores Surco temen por el resquebrajamiento de sus respectivos pedestales y se creen con el derecho de hacer valer alguna reserva a los planes de su joven presidente. Entre lamentos y consideraciones más o menos críticas, se desahogaron a placer durante una hora más hasta aceptar el ofrecimiento mediador del director de Sistemas y Tiempos.

Benito Hernández Pelayo tenía su propia empresa. Si seguía en Tractores Surco era, decía, era por deferencia al administrador, su gran amigo Jesús Barrientos del Pozo y, también, por acabar la tarea propuesta: optimizar la racionalización de procesos y tiempos en las cadenas de producción y montaje. Entre todos los directivos, sin duda que era Hernández Pelayo el que menos perdería ante un eventual desmoronamiento de la pirámide empresarial.

5

—Vengo a hablarle, presidente, por delegación de mis compañeros y creo que en nombre de los altos intereses de la Empresa. Lo haré desde la experiencia de empresario, que también soy puesto que tengo en Fuenlabrada una fábrica de muebles con más de treinta empleados. A la luz de mi experiencia, de mis profundas convicciones y, también, de un serio afán por colaborar en la buena marcha de la empresa, puedo asegurarle que es una utopía esa integración lineal que usted pretende. Está claro que los obreros, en su mayoría, no piensan más que en cubrir su tiempo de trabajo con el mínimo esfuerzo y el máximo sueldo; les importa muy poco el destino de lo que hacen y, aún mucho menos, el resultado del balance o la pérdida de mercado.

—Usted lo dice y sus razones tendrá, señor...

—Hernández, Benito Hernández Pelayo, director de Sistemas y Tiempos.

—Yo creo, más bien, señor Hernández, que cada persona se siente inclinado a amar su trabajo, sea éste dirigir una empresa o fabricar el cajón de un mueble.

También nos gusta que nos consideren un elemento necesario del equipo. Seguro que usted mismo ha sido testigo de la satisfacción de alguno de sus obreros al convertir en algo bello y útil un montón de tableros y herrajes sobre todo cuando se da cuenta de que lo suyo forma parte de un conjunto en que todo encaja.

—No creo que le preocupe una pizca más que un duro de su sueldo. Si fuera como usted dice, me sobrarían los retocadores, no menos de cinco en una plantilla de treinta y dos; es vergonzoso que unos tengan que corregir las torpezas de otros. Y, a pesar de todo, me llueven las quejas de los clientes.

—Si he entendido bien, usted dialoga muy poco con sus empleados.

—Ellos en su puesto y yo en el mío.

Hernández Pelayo estaba sentado de forma que la punta de su rodilla derecha llegaba hasta la nariz, una nariz gruesa y colorada que resoplaba intermitentemente al ritmo de un tic de los ojos pequeños y atrevidos.

—¿Qué paga usted a sus empleados?

—El sueldo y sus horas extraordinarias, claro está.

—¿Sin prima a la producción o al trabajo bien hecho?

—No, especialmente.

—Ahí sí que creo que se equivoca usted y que yo no quiero para nuestra empresa: un duro en premio a la mayor dedicación del responsable de un trabajo se traduce en cinco de beneficio para la empresa.

—Pues claro que estoy convencido de que es así.

—¿Por qué no lo aplica en su propia empresa? ¿Por qué se opone a que lo apliquemos en Tractores Surco?

—Es cuestión de principios.

—No le entiendo.

—Es muy sencillo, presidente, y me choca el que no lo haya captado desde su posición. Existen las clases, nos guste o no. Y a nosotros nos toca marcar una especie de línea roja que marque nuestro territorio y, como todo se compra o se vende, al final es el dinero lo que con más claridad define la línea roja. Claro que si pago a mis obreros un duro en premio a su especial dedicación esto se traduce en sin de beneficio para mí; pero pronto él saldrá del nivel en que está y ya no habrá quien lo aguante.

—¿Quiere decir que eso será insoportable para usted? ¿Realmente piensa usted así, señor Hernández?

—¿Por qué no? A los empresarios, el simple hecho de serlo nos impone la necesidad de olvidarnos de todo lo que no sea la rentabilidad de nuestro dinero y el mantenimiento de nuestra posición de autoridad mientras que, para los obreros, la principal y yo diría que única exigencia es rendir al máximo con el mínimo costo y sin salirnos de las exigencias del organigrama.

—Y ¿no piensa usted que un comportamiento así, además de radicalmente injusto, resulta antirentable?

—¿Injusto? depende de cómo se mire. En cuanto a poco rentable... ¿qué quiere usted que le diga? Basta rodearse de capataces y jefecillos suficientemente fieles.

—Señor Hernández, vamos a dejarnos de sutilezas verbales y zarandajas para ir directamente al fondo de la cuestión: si le he entendido bien, usted no comparte mi criterio sobre lo injusto e inoperante de un sistema basado en la pura y simple coacción.

—Mire usted, alguien dijo que “el trabajo, como todas las demás cosas que se compran y se venden, vale lo que el Mercado dice que debe valer; si se le concede al trabajo un precio natural, éste no puede ser más que el

precio necesario para que los trabajadores, unos con otros, puedan subsistir en la medida que lo requiere la máquina productiva”. Si es así y yo creo que la evolución de la sociedad industrial lo ha demostrado sobradamente, un sobrepago del trabajo, además de un estúpido derroche, puede ser el principal motor de nuestra ruina; ya decía Benjamín Franklin que cualquier dinero malgastado se convertía en doble pérdida: lo que se paga de más y la inutilidad del pago. En consecuencia y mal que pese a algunos (no a mí, por supuesto), será un dinero muy mal empleado aquel que se aplica a pagar más de lo preciso para que la cosa no deje de funcionar.

A Manuel García Velasco le crecía la indignación. Se le habían hinchado las venas del cuello y enrojecía progresivamente. Pero, en su respuesta, no elevó el tono de voz: era como si masticase las palabras.

—No puede usted creer que el hombre de negocios sea una especie de máquina tragaperras. Eso que usted defiende ya existió en la peor época del capitalismo salvaje; eso que se llamó Ley de Bronce pudo hacer las delicias de los Malthus, Riccardo o Marx; pero, afortunadamente, hoy ya está más que superado. No haga usted buenos a los teóricos de la avaricia, quienes, incluso, llegaron a reconocer que en el legítimo descanso o motivación recupera fuerzas la creatividad y voluntariosa iniciativa de cualquier empleado. No habrá cosa así en el ámbito de esta empresa; si es necesario, romperé moldes, pese a quien pese.

—Cuidado, presidente, no sea que se rompa el molde de la propia estructura empresarial.

—Intentaré no llegar a ese extremo. Cierto que soy novato en esto de encauzar los destinos de una empresa; pero me consta que, en cualquier época y lugar, fueron

siempre las empresas más consolidadas aquellas que, a la mejor técnica añadieron libertad y adecuada motivación, todo ello en el marco de una suficiente financiación por parte de quienes usaban el dinero como una simple herramienta de trabajo.

Benito Hernández Pelayo arrugó el entrecejo y se puso en pie con el ánimo de dar por terminada su conversación.

Manuel García Velasco también se levantó y, mirando con fijeza a su director de Sistemas y Tiempos, quiso puntualizar:

—Los seres humanos, hombres y mujeres, todos los seres humanos son magníficos o volubles, siempre con vocación de diferencia en el arte de tejer la propia vida, una vida siempre distinta como distintas son las circunstancias y capacidades de cada uno... Será una vida tanto más feliz y, yo diría, tanto más justificada, cuanto mejor encaje en la necesaria armonización de la parcela de humanidad en que está encuadrada. Unos aplican el trabajo de sus manos o de su cabeza... a otros nos toca poner dinero y voluntad de armonía. Eso es lo que yo quiero: sin yo pretenderlo, me encuentro con suficiente dinero para emprenderla a golpes de buen realismo contra eso que se llama espíritu del capitalismo y que no es tal: el capitalismo no tiene espíritu; está hueco por dentro para que quepan en él las intenciones de los hombres. Y nosotros, los capitalistas, seremos tontos o algo menos que hombres si nos creemos superiores en inteligencia, valor moral o predilección divina. Los capitalistas, todos los capitalistas, peor para quien no lo entienda así, lo único que tenemos de particular es una herramienta que corresponde a determinadas exigencias funcionales de la sociedad en que nos toca vivir: es

el dinero, herramienta que, bien aplicada, nos aleja del puro y duro parasitismo para convertirnos en obreros útiles, lo que para mí. Al menos, es un gran honor. Déjeme, pues, en el marco que me corresponde.

—¿Quiere eso decir, señor Hernández, que no acepto ninguna de sus observaciones y que condiciono su continuidad en la Empresa a que no oponga la mínima traba a que, desde ya, se apliquen los modos de relación y entendimiento de que hablamos ayer.

—Lo que usted pretende es luchar contra molinos de viento.

—Me halaga mucho su insinuación. Pero le aseguro que, para mí, el espíritu del Capitalismo no es un molino de viento.

X. DINERO, TRABAJO Y LIBERTAD

1

Hoy se ha reunido por primera vez, lo que Manuel García Velasco llama Comité Asesor. Además de Montes, Celedonio y Covadonga, lo integran ocho empleados de diversos niveles, todos ellos salidos de un sorteo entre las sesenta y siete solicitudes. Bueno será conocerles:

Eugenio Casona Miajas, promotor de ventas, veintisiete años, casado y con un hijo de cinco. Muy bien trajeado y perfumado. Dice ser forofo del Atleti pero no se pierde un solo partido del Real Madrid.

Mario García Requejo, especialista en la sección de frenos. Cuarenta y cinco años, fuerte y ligeramente encorvado. Está casado, tiene seis hijos y vive en Pinto, en una pequeña casa de campo con su huerta. En el tiempo libre cultiva lechugas, tomates y pepinos que Elvira, su mujer, vende en el mercado.

José González Riaño, oficial de segunda ajustador en la sección de utillaje. Veinticuatro años y soltero; es discretamente bebedor, bullanguero y bailón. No tiene

novia, pero sí multitud de amigas. A pesar de sus tardes y fines de semana en jolgorio, dice aburrirse como una ostra y necesitar la válvula de escape que puede ser una mayor responsabilidad.

Carlos Montespañol, intelectual de vocación y, de hecho, oficial de primera preparador de tornos revólver. Cuarenta y dos años, casado con dos hijos. Uno sesenta y tres de estatura, más bien tripón y calvo. Ha trabajado siete años en Francia y uno en Alemania, en donde no ahorró ni una peseta. Regresado a España, lo primero que hizo fue diplomarse en Sociología Industrial, título al que no ha encontrado utilidad práctica. Para desesperación de su mujer, no le da la mínima importancia al dinero.

Elena Beltrán Jiménez, mecanógrafa. Veintiocho años, esbelta, guapa, presumidilla y con novio estudiante de Medicina, cuatro años más joven que ella. Se dice muy preocupada por la cuestión social y, con bastantes dificultades, sigue por la UNED el primer curso de Filosofía y Letras. Está orgullosa por haber leído de un tirón la *Crítica de la Razón Pura* y gusta de decir a quien lo quiere oír *“solo conocemos de las cosas aquello que hemos puesto en ellas”* lo que, según ella misma interpreta, viene a significar que precisamos parir con la imaginación lo que, después, hemos de ver en la realidad... En fin, una empanada mental, según el dictamen de Jaimito, su novio.

Joaquín Barranco Machuca, delineante, veintiséis años, alto y delgado con gafas de muchas dioptrías, jersey negro de cuello alto y barba también negra. Devorador de libros hasta hace muy poco prohibidos en España, habla de corrido sobre la vida y milagros de Voltaire, Rousseau y Diderot, a quienes llama clásicos del

pueblo. El se considera a sí mismo aprendiz de revolucionario.

Teresa Márquez Pérez, contable, treinta años y soltera. Siempre muy bien arreglada, es morena de ojos grandes y más bien gordita. Sin novio, vive con una hermana casada y sufre por no sentirse útil. Es chica de comunión diaria (a las siete y media, antes de coger el autobús que le llevará a la oficina) y de visitas a hospitales y asilos bajo la dirección de don Anselmo, celador de la Legión de María.

Eduardo Mansilla López, ingeniero industrial, segundo jefe de la sección de diseños. Tiene cincuenta y siete años. Es viudo con tres hijos, dos de ellos casados. La menor, de diecisiete años, vive con él. Tenía amplia experiencia en la dirección de empresas hasta que promocionó la fusión de la última con una multinacional; fue una especie de hara-kiri que le llevó al desempleo; dos largos años de angustia hasta que logró en Tractores Surco un empleo por debajo de sus capacidades.

2

Abrió la sesión Manuel García Velasco con una parábola: “Seducida por el Amor, Libertad parió a Responsabilidad, que creció fuerte y seductora hasta conquistar al esquivo Trabajo. De su matrimonio nació el Progreso”. La historia puede cobrar realidad en nuestra empresa. Señoras y señores, se abre la sesión.

Unos segundo en el guirigay de acomodados de asientos hasta que habló Joaquín Barranco Machuca, el aprendiz de revolucionario.

—Presidente, yo me presenté voluntario a la selección de este comité, simplemente, para soltar todo lo que llevo dentro. Hablar sin que me echés o me hagas callar con un grito, eso es lo que quiero, presidente.

—Hable con entera libertad, señor...

—Barranco, señor Barranco Machuca —apuntó Covadonga.

—A mí me gusta que me llamen Joaquín; pero eso es lo de menos. Empezaré por decir que me gusta muy poco, por no decir nada, todo esto. —Lo decía dibujando en el aire un círculo horizontal.

—¿Por qué juzgas la reunión antes de empezar, chico? — Era Eduardo Mansilla López, el antiguo promotor de empresas venido a menos.

—No hay más que fijarse en el aire de tira-levitas de alguno de nosotros.

—No te pases, muchacho. —Era, de nuevo, el tal Mansilla.

—Dentro de esta reunión —terció Manuel García Velasco conciliador, el señor Barranco tiene derecho a hablar según su propio estilo; no encuentro ofensa en sus palabras por que no veo que se dirija a nadie en particular. Si me equívoco, que pida disculpas y que continúe hablando.

—No, yo no aludía a nadie en particular. Empezaré por decir, usted perdone, que su empresa, presidente, más que un cómodo lugar de trabajo parece un campo de concentración.

—Valiente exageración. —A Mansilla López le traicionaba de nuevo su impaciencia.

—Viejo, que no exagero. Y, además, cada uno de nosotros ha venido aquí a participar sin hacer el paripé.

—Exacto —habló de nuevo el presidente—. Así ha de ser sin otra regla que la de la moderación en el tono. Por favor, continúe, señor Barranco.

—Decía yo que nuestra empresa tiene cierto aire de campo de concentración. Nada sabemos sobre lo que vale el producto de nuestro trabajo. No tenemos cadenas ni bolas de hierro sujetando nuestros pies, pero sí un montón de obligaciones cuya verdadera utilidad no comprendemos del todo. Por aquí y por allá se oye a los jefes y jefecillos: ocúpate de lo que estás haciendo y olvídate del resto; nada que comentar con tus compañeros; no es cosa tuya alterar la colocación de una cuchilla o la forma de apretar un tornillo; ya los especialistas harán lo que corresponda; trabajar y callar, es lo tuyo... Eso es la comunicación dentro de la fábrica, muchas veces bajo la presencia del fiscal cronometrador con su boli, su dedo, su papel y su relojito.

—Si se trabaja a la pieza, es obligado que haya cronometrador ¿no? —Era Mario García Requejo, obrero especialista habituado a que se le tomen los tiempos con aproximación de décimas de segundo.

—Seguro que debe haber otros sistemas menos tontorrones e insultantes, más baratos y, por supuesto, más eficaces.

—Es cosa de estudiarlo, señor Barranco —aceptó el presidente—. ¿Les parece a ustedes que levantemos acta sobre la necesidad de estudiar nuevos sistemas para la medida de la productividad? Tomo nota de que, por unanimidad, se aprueba la propuesta del señor Barranco. Al respecto, sería bueno convocar un concurso de sugerencias; podríamos ofrecer un premio de cien mil pesetas a la más efectiva y cómoda.

—¿Quién decidiría? —preguntó el promotor de ventas.

—El propio Comité, claro está. Volvamos al estudio de otros problemas. Según usted, señor Barranco, sobra disciplina inútil y faltan ocasiones de responsabilización ¿no es así?

—Sí, eso he querido decir: es como si esa responsabilidad que, según la fábula, quiere liarse con el trabajo, se hubiera quedado compuesta y sin novio. Muchos empleados, y no hablo por mí, están locos por hacer buenas cosas; solo que no ven la forma.

Hubo una sonrisa aprobadora para la crítica de Barranco. Pero Mansilla, impaciente por cubrir su turno, tamborileaba sobre la mesa.

—Creo que el señor Mansilla tiene interés por decir algo —apuntó Covadonga.

—Efectivamente; si ustedes me lo permiten, recordaré mi experiencia en otras responsabilidades: una empresa es un centro de producción, no un conciliábulo en el que se pueda discutir de todo. El joven Barranco ha comparado la empresa con un campo de concentración. Hombre, no nos pasemos: todo el mundo sabe que, buena o menos buena, una empresa es un lugar al que acudimos por el interés de lograr un dinero a cambio de un servicio muy concreto y que está englobado en la marcha general de la empresa según unas directrices que deben ser muy concretas. Cuando se divaga sobre esto es muy fácil perderse por los cerros de Ubeda.

—Casi en todo tienes razón, amigo Mansilla —terció Carlos Montespañol—. Pero te conviene recordar que somos personas los que acudimos, cada día, a la empresa y que cada uno quiere añadirle una pequeña salsa a las horas dedicadas a éste o aquel trabajo.

—¿Por qué, en lugar de tanta literatura, no nos atrevemos todos a reconocer que la empresa es como una vaca de la que todos queremos mamar leche por la teta más gorda y con el mínimo esfuerzo? —preguntó Eugenio Casona Mijas, promotor de ventas.

—Pero una vaca que necesita alimentarse para crecer y, si es posible, dar crías y leche para todos. —Era de nuevo el presidente, Manuel García Velasco, eufórico por lo que veía una animada fuente de concordancias.

—Una cría para cada uno de los ochocientos empleados y, por fin, todos libres e iguales, de nuevo Barranco, el aprendiz de revolucionario.

—Sería maravilloso, pero tan difícil —apuntó Carlos Montespañol.

—¿Cómo define usted la empresa ideal? preguntó el presidente.

—Me pone usted en un aprieto: yo diría que la empresa es un ente vivo en que es posible realizar lo que sugirió usted con su parábola: la unión del Trabajo y de la Responsabilidad, ésta, a su vez, hija de la Libertad y del Amor... muy bonito ¿verdad?

—Estupendo, pero imposible si el amor no anida en cada uno de nosotros. —Hablaba por vez primera Teresa Márquez Pérez, la contable de ojos grandes.

—Puedes tener amor, pero ¿qué me dices de la libertad? —Era Beltrán Jiménez, la secretaria estudiante de filosofía.

—Un amor que no se alimenta de libertad no es amor, de nuevo Barrios.

—Estábamos hablando de nuestra empresa ¿recuerdan? el presidente quería centrar la discusión.

—Sí, que es una empresa que no funciona tan mal; todos sabemos que las hay mucho peores.

—No es bueno —replicó Manuel García Velasco a Eduardo Mansilla López— el veterano ingeniero, no es bueno que a ninguno de nosotros sirva de consuelo lo que usted apunta; ni tampoco que se nos suba el pavo por ser la fábrica de tractores que logra mayores beneficios. Muchos más beneficios tenemos que obtener: para que el dinero que está en juego resulte más eficaz herramienta, para que todas las personas que giramos alrededor veamos como actúa y cómo abre nuevos cauces de oportunidades... os pido consejo para decisiones como las que se me acaban de ocurrir: los sueldos crecerán del uno al quince por ciento en proporción inversa a su cuantía actual de forma que los más altos sean los que menos suben. Además, deberá haber un puntual reparto de beneficios entre todos los empleados sin otras diferencias que la de los años de permanencia

—¿Todo ello quiere decir que la reunión de hoy no era para comernos el coco? —Era de nuevo Barranco incomparablemente más interesado que al principio.

Una expresiva sonrisa fue la respuesta de Manuel García Velasco.

—¿Puedo preguntarle, señor García, qué se propone usted? La pregunta venía de Carlos Montespañol.

El presidente tardó un largo minuto en responder.

—Verán ustedes: yo tengo otros negocios además de esta empresa; todos ellos me han llegado sin esfuerzo alguno por mi parte. De todos ellos saco beneficios que se cuentan por cientos de millones. Durante un año, mi vida ha sido algo así como la estúpida vida de un coleccionista de trivialidades a cual más insulsas o ridículas. Para un realista, cual creo ser yo, el dinero pierde sentido cuando ya tiene cubiertas todas las necesidades y caprichos. Un solitario y joven capitalista es un muerto

viviente si no se deja impresionar por los derechos del otro, si no toma a su dinero como simple herramienta de trabajo...

—Bravo, pero poco lógico ¿no cree usted, señor Presidente? —Era Elena Beltrán Jiménez, la guapa mecánografa. Desde siempre, el capitalista se ha dedicado a invertir y a llevarse su beneficio y los empleados a trabajar o perder el tiempo hasta la hora de salida con la ilusión puesta en el fin de mes. Me da un poco de miedo la empresa que usted pinta. Estaba una acostumbrada a verla tal cual, una cosa fría pero con el condumio asegurado. Para mí no era un campo de concentración y no sé si lo de ahora va a parecerme un parvulario.

—Si he entendido bien, señor presidente —insistía Carlos Montesañol que parecía no haber escuchado a la guapa Elena— si he entendido bien, a usted le disgusta tanto el paternalismo como la dispersión de voluntades. Es usted un capitalista al que le gusta mezclarse con los que no son capitalistas; quiere usted que participemos en la dirección de la Empresa cuando cada uno de nosotros en lo único que piensa es en resolver su propia vida y en el dinero que puede llevarse a cambio de sus horas de dedicación: veo todo ello muy difícil de entender.

—También mi cabeza es un torbellino de propósitos y temores... No os ofrezco el dirigir la Empresa, cosa que reservo para mí y los directores de sección. Lo que os ofrezco es una forma de compromiso para lograr, entre todos, una mayor libertad y una mayor satisfacción personal sin desestimar ninguno de los condicionantes de la necesaria productividad. Veo muchas cosas que no me gustan: la odiosa rutina de la tarea repetida miles y miles de veces, la necesidad de que las máquinas auto-

máticas trabajen a tope sin plenas garantías para los que las mantienen y alimentan, la grosera mecánica de las cadenas de montaje... Tampoco me parece bien que el esfuerzo de cada uno no encuentre una compensación proporcional según lo que permita la buena marcha del conjunto ni que existan tan insultantes diferencias entre los salarios y, mucho menos, el escaso interés de tantos empleados por los objetivos finales de la empresa. No me negaréis lo mucho que se puede hacer para resolver, uno a uno, todos los problemas. Si os parece bien, pongámonos a trabajar en ese sentido: puedo aseguraros que más que vuestra capacidad de trabajo volcada hacia aquello que mejor hacéis, la empresa necesita una mejor distribución de responsabilidades.

—Pongámonos a trabajar —coreó eufórico el tal Montespañol—. Creo que a todos la reunión nos ha cogido de sorpresa. ¿Qué os parece si la interrumpimos tal cual y, luego de rumiar todo lo oído y sugerido, nos reunimos la próxima semana y le hincamos el diente a los planes concretos?

—Levantemos, pues, la sesión y al grano —corroboró el presidente.

Celedonio se pegó a Manolo para felicitarle con un apretón del brazo.

—Genial, jefe, genial. Claro que te habrá costado el bajarte del guindo.

—No creas que mucho; debes saber que nunca y ahora menos que antes, me habría pegado con nadie por una peseta. Dios me ha hecho libre de aquello del *auri sacra fames*, que recordaba continuamente Ramona.

—Está bien eso del latinajo que nadie comprende; y ¿qué quieres que te diga? Seguro que don Quijote no lo habría hecho mejor.

— Seguro.

3

Pocos minutos más tarde, despachaba Manolo con su nuevo administrador, José María Sánchez Montes.

—Presidente, acaba de presentar su dimisión Benito Hernández Pelayo.

—Era, según creo, el responsable de medir las décimas de segundo que se pierden en tal o cual gesto inútil ¿no?

—Tiene gracia el que le dé usted tan poca importancia a los niveles de producción.

—Querido José María, yo no le doy poca importancia a los niveles de producción. Ello no quiere decir que aplauda esos sistemas de control cuya inhumanidad salta a la vista y de cuya eficacia me permito dudar muy seriamente. Por otra parte, usted conoce mucho mejor que yo a ese buen señor en quien delegaron ustedes para la larga entrevista de ayer. Si se ha ido, que con él se vayan las obsesiones por los segundos perdidos en respirar.

—Era un hombre de confianza de Barrientos.

—Ya lo sé y, como él, fiel a la teoría de que el mejor obrero es un mono amaestrado.

—Yo creía que, para usted, Barrientos era...

—Y para mí sigue siendo lo que es: un gestor para quien la empresa moderna es hija natural del espíritu del Capitalismo. Barrientos ha hecho grandes cosas y confío en que las siga haciendo en la política, probablemente, mejor que en el ámbito de una empresa como la nuestra. La política que se avecina en España dispon-

drá de contrapoderes capaces de centrar las ambiciones de los principales protagonistas. En el ámbito de la empresa eso no está tan claro: la base de la pirámide puede no ser más que un rebaño con aspiraciones demasiado confusas para calibrar el alcance de las mutuas conveniencias. No vea usted cómo deseo que el amigo Barrientos, tras esos largos meses de nuevos conocimientos y meditación, comprenda que, más que una sociedad democrática que, de hecho, se rige por un equilibrio de poderes, la empresa moderna necesita alma, esa sagrada cosa que se alimenta del realismo y generosidad de cuantos la dirigen. Barrientos es inteligente, trabajador y creo que fiel a los intereses de la Empresa; deseo que a ello le añada una mayor dosis de realismo.

—Y de mí ¿qué piensa usted de mí?

—Creo que usted ya ha constatado que el obrero más eficaz es el que actúa con la máxima libertad que permite la disciplina en torno al trabajo puntual y bien hecho.

—Eso dentro de la sagrada doctrina de que todos somos iguales por ley natural, no faltaba más. Pero yo creía que lo que usted está representando ahora, eso de un joven capitalista obsesionado por la justicia social, solamente ocurría en la isla de Utopía.

—No obstante, habrá de reconocer usted que el mío es el procedimiento más razonable en toda persona que tiene dinero y quiere sacarle el máximo provecho para una tranquila y duradera felicidad.

—Eso mismo le he dicho yo alguna que otra vez a mi mujer.

—Algo que, de momento, yo no puedo hacer. Sabe usted que, aunque no he cumplido los treinta años, ya soy viudo. ¿No le importa invitarme a cenar?

XI. BRUNILDONA Y EL DICTADOR

En Iberindia son muchas las cosas que han cambiado desde el 11 de octubre de 1.859, memorable fecha en la que, ante la Reina Isabel II de España, el embajador Rogelio Campazas abrió al Mundo a *la desconocida Hija de España y del Sol, la Tierra en que todo está dispuesto para vivir en Libertad*: luchas fratricidas de los españoles con palmario descuido de una oportunidad histórica, invasión de especuladores extranjeros, connivencia de políticos corruptos, anarquía, uno tras otro levantamiento militar, de nuevo la *estabilidad democrática*, el levantamiento de las provincias del Sur, las del Norte que fuerzan la intervención del Ejército... y de nuevo alguien que se erige en Protector.

La llamaban la Brunildona y era el nuevo amor o capricho del excelentísimo señor don Víctor Barroso Maltado, *General Protector* de Iberindia.

El más que maduro y orondo General habíale conocido en el casino flotante Perla del Lago; con no más de treinta años, alta, rubia y exuberante, copiaba en sus andares, pavoneos y miradas a la Kim Novak de Pic-nic.

Se llamaba Brunilda Flütter y presumía de ricas joyas y de una larga colección de maridos. Fue su padre un antiguo oficial alemán de las SS, que huyó de la quema a la caída de Berlín y su madre una cabaretera italiana que se suicidó, siendo ella muy niña, por temor a los efectos de una enfermedad venérea contraída no se sabe dónde.

Brunilda no sabría decir si su padre vive aún. El último contacto que tuvo con él se remonta a quince años atrás, el día de su graduación: seguía siendo recalci-trante nazi y había venido acompañado de un joven ru-bio e imberbe al que, sin recato alguno, presentó como incondicional “confidente”. Al final de la ceremonia, desde el público envió un beso a su hija y desapareció. Si-guió enviándola, eso sí, no menos de cinco mil dólares al mes.

Tenía Brunilda diecisiete años cuando aceptó la proposición matrimonial de un retirado jugador de fútbol, al que, transcurridos unos seis meses, abandonó por no soportar, dijo, sus brutalidades y olor a vino. Hubo un juicio que ella ganó y que le costó al veterano jugador la mitad de su fortuna. Fue el segundo marido un rico comerciante al que, ingeniosamente, empujó al adulterio con la complicidad de una íntima amiga para luego exigirle el divorcio y una cuantiosa indemnización. Tercer marido el hijo de un dictador centro—americano muy pronto cansado de ella y, por lo tanto, obligado a fuerte suma de compensación. Dos años de soltería rica en incidentes amorios, jaranas y ocasionales amores siempre rentabilísimos hasta contraer nuevo matrimonio, esta vez con un banquero, del que logró la financiación de un cabaret de lujo además de dos palacetes y un yate. En esta ocasión fue sorprendida por su propio marido ejerciendo la prostitución de lujo: el cuitado ban-

quero buscaba una fácil aventura y en la casa de citas se encontró con la infiel. Nuevo divorcio, incluso más rentable que los anteriores puesto que se trataba de evitar un escándalo que a Brunilda no preocupaba grandemente.

Brunilda había aceptado gustosísima la invitación al Palacio Verde del General Protector y allí acudió menos pintada y más discretamente vestida: nada de escote y talle apretado, ni labios y uñas de naranja fluorescente ni tampoco ampuloso peinado de gruesos bucles y moño a lo Popea: iba elegante y discreta como cuadraba a su firme propósito de acabar con la más ilustre soltería del país.

Víctor Barroso Maltado le había recibido en la puerta principal del Palacio Verde con estudiada escasez de protocolo: vestía pardo uniforme de campaña con altas botas negras por encima de la rodilla. Era la estampa repetida en todos los despachos oficiales: bajito y calvo con poblada y salvaje barba entrecana, ojillos que se confundía con unos párpados amoratados, nariz puntiaguda y labios gruesos en que destaca el superior hinchado y de un cierto color rojo-azul más brillante y difícilmente disimulado por el poblado mostacho. Que el Protector General es feo y de figura rechoncha es cosa bien sabida; que se cree capaz de conquistar mujeres por sus personales encantos también es del dominio público: hay quien asegura que pasan del centenar sus bastardos.

Muy probablemente, ha invitado a Brunilda Flütter con la intención de vivir con ella una más de sus habituales aventuras: Pero no es eso lo que encaja en los planes de la multidivorciada: se hará la estrecha, cosa que tanto impresiona a los patosos aventureros. Y una

vez más, Brunilda se salió con la suya: Víctor Maltado la asedió con calor y animado, aseguró, por las mejores intenciones. Ella, por una vez en su vida y sabiendo lo que se jugaba, pretextó eso del respeto que se debía a sí misma. En menos de una semana, el rendido enamorado, todopoderoso señor de Iberindia, hizo llegar a Brunilda una nota en que presentó como razón de estado el ver satisfechos sus deseos: algo de lo más pedante y libidinoso.

Brunilda Flütter se jugó la propia vida pagándose la publicación del comprometedor escrito en el periódico de más tirada: con ello pretendió oficializar unos presuntos serios amores del dictador, quien, plegándose por entero a los planes de Brunilda, anunció por televisión la buena nueva: Por el bien de la patria y como respuesta a los más nobles impulsos de su corazón, había decidido contraer matrimonio.

Conocedor de la agitada trayectoria sentimental de la novia, el Arzobispo Primado negó a la pareja el matrimonio canónico, hecho que nunca fue perdonado.

Desautorizado el pretendido uso de la catedral de Villagrande y toda la solemnidad aneja a una celebración religiosa de primer nivel, ella exigió el mayor boato para la ceremonia civil.

La ceremonia se celebró en el Gran Estadio, para la ocasión, convertido en corte principesca. Fueron más de diez mil los invitados a congratularse con el Protector General y su flamante esposa: jefes militares, ministros y funcionarios de alto nivel, industriales, artistas e intelectuales además de un grupo de ciudadanos de a pie obligados a pagar mil dólares por su invitación. Fue requisito ineludible el uniforme de gran gala, el chaquet o el vestido largo. Como juez y notario ejerció el minis-

tro de Paz y Justicia, para la ocasión, revestido con sobrepelliz de visón blanco y bonete de terciopelo negro con borlón color púrpura.

El encuentro entre los novios, cada uno por su lado y seguido de lucido cortejo, despertó grandes aplausos. También se aplaudió la encendida arenga con que el oficiante les invitaba a culminar la batalla del amor. Y ya fue el delirio (se dijo que la Protectora Consorte se había gastado una fortuna en propinas a la clac) la ceremonia de los anillos y el beso final.

Lo de los parabienes, uno a uno en lento desfilarse e inclinación de cabeza en señal de pleitesía, fue una obligación para los diez mil invitados y una graciosa condescendencia (así lo señalaron las crónicas) que lo soportó en pie y con las manos entrelazadas.

Pleitesía era también lo que Brunilda Flütter esperaba recibir de los dos millones de nuevos súbditos. Pleitesía por su belleza, por su lujo y su elegancia y por una autoridad que se propone ejercer sin desfallecimiento alguno.

Ella elegante y esbelta toda de blanco y, por capricho expreso, con tocado de seda y diadema de oro y brillantes. A su lado, Víctor Barroso Maltado, Protector General de Iberindia, oronda figura de aire napoleónico, aparecía como un viejo muñeco vestido con las ropas de otro muñeco más nuevo y más alto. Dijérase que quería crecer y crecer: se le adivinaba de puntillas mientras de su monda cabezota pugnaba por desprenderse la breve y gruesa testuz. Por ennoblecer su figura hacía ímprobos esfuerzos para que su viejo vientre apareciera como músculo del pecho.

Transcurrida la larguísima ceremonia, al fin solos, no sucedió nada por que ella pretextó una terrible jaqueca.

—Pongamos orden en nuestras vidas y luego vendrá todo lo demás. El todo lo demás fue de pleno gusto del dictador quien, para sus adentros, se dio por muy satisfecho al compartir responsabilidades de gobierno.

—Debes crear el título de Gran Duquesa.

—Lo que tú quieras, curruquita mía.

—Yo debo ser reconocida por todos como la heredera legítima del más viejo imperio de Europa; eso vendrá bien para que se hable de nosotros. Resultó que en una perdida aldea turca aparecieron unos legajos que mostraban como los Flütter eran descendientes directos de la emperatriz Teodora, algo que nadie se entretuvo en invalidar.

—Eres un hombre carismático ¿te enteras? —le ha dicho en enérgica sacudida de brazo—. Tienes que viajar de aquí para allá y llevarme contigo. Hablarás tú y hablaré yo; ya verás cómo, entre los dos, convencemos a nuestros fieles súbditos de que la cosa va a cambiar, de que el complot internacional, por muy duro que sea, se estrellará ante la capacidad de sacrificio de nuestro pueblo, de que si patatín o patatán...

Y realizaron no menos de veinte giras de estado en poco más de tres meses, siempre entre aplausos y loor de multitudes, gracias a los buenos oficios de mistar Beatrix, contratado por Brunilda como asesor de imagen y manipulador de voluntades; todo ello mientras se agravan los grandes problemas del país y cobra peligroso cariz un soterrado descontento por parte de los militares que exigen buenos sueldos en dólares a la par que amenazan con resucitar la Junta de Reconstrucción Pa-

triótica, la misma que, en otros tiempos llevó al poder a Víctor Barroso Maltado.

Es cuando Brunilda, la Gran Duquesa por virtud de un providencial descubrimiento refrendado por el Consejo de Estado en pleno, decide mostrarse como tal: al tiempo que encarga a las más prestigiosas firmas europeas un vestuario en consonancia con su rango (paga por anticipado un lujoso ajuar de valor superior al millón de dólares) muestra preocupación por el mundo del trabajo con la creación de lo que llama Sindicato de Adhesión, cuyos cuadros serán funcionarios del Estado con sueldos de primer nivel y sin otra obligación que la de organizar “manifestaciones de solidaridad”. Por demás se muestra muy aficionada a las visitas de Estado y, aunque no fueron invitados, convenció a su marido para viajar a España en ocasión de la muerte del General Franco, tanto mejor si, además de ser recibidos por los jóvenes reyes, logran lo que tanto necesita el campo de Iberindia: una buena partida de tractores.

XII. MARÍA, MANOLO Y EL DICTADOR

El excelentísimo señor Víctor Barroso Maltado, Protector General de Iberindia desde el cruento golpe del 67, fue uno de los mandatarios extranjeros que, en las exequias de Franco, lució ostentoso uniforme (azul con antorchados dorados y capa blanca con ribetes rojos). Con lo anacrónico de su atuendo no logró más que atraer la atención sobre su esposa, la llamada Gran Brunilda, deslumbrante en carne, escote y joyas.

Su presencia había recordado a los españoles la falta de libertad en Iberindia, una tierra hermana desconocida hasta hace poco más de cien años. Pero la escasez de simpatía no pareció preocupar gran cosa a sus excelencias que prolongaron dos semanas su estancia en España: él con intención de atraer la atención de los inversionistas; ella distrayendo con un amanerado bailarín de flamenco sus rabetas por el nulo ruido que se presencia despertaba en los ecos de sociedad.

De la embajada de Iberindia llegó a Manuel García Velasco una nota escrita: era la invitación a una entrevista con el Protector General.

Recibióles una mestiza de cara redonda, esbelta y de suaves curvas. Al verla, Manolo dio un leve codazo a Celedonio que le acompañaba con dos ingenieros. Había recibido la impresión de que existía otro yo infinitamente más adorable, con raíces en la tierra, pero tan ondulante y celestial como una nube que se desvanece en lo alto.

Vestía una corta túnica de color salmón y calzaba altos zapatos de charol negro: apenas maquillada, suelta y lisa su negrísima cabellera, ojos achinados de insólito color verde, desbordante feminidad en una boca pequeña, turgente y suavemente dibujada, discreto rubor en la piel tersa y oscura. Había sido el suyo un taconeo mitad travieso e insinuante, mitad ceremonioso.

—¿Don Manuel García Velasco? —la voz de la mestiza resultó una nueva espoleta para la imaginación de Manolo.

—Y éstos son mis amigos y colaboradores: don Celedonio Buendía, secretario y hombre de confianza, don Feliciano Molina, responsable del área agrícola, y don José María Sánchez Montes, director general de nuestra fábrica de tractores.

—Soy María Huacacoya, embajadora de Iberindia. Les espera su excelencia, el Protector General.

Su excelencia les estrechó la mano y presentó a Roberto Zamanillo, ministro de Estado, Hugo Flütter, cuñado y ministro de Economía y a Néstor Yacoha, ministro de Negocios Extranjeros.

Tras las protocolarias presentaciones vino la conversación en torno a una amplia mesa redonda. María se había situado entre el Protector General y Manuel García Velasco.

—Mi esposa la Gran Duquesa y yo —decía el General Maltado— nos hemos interesado en contactar con usted, joven empresario español, porque entendemos que es la suya una de las pocas grandes empresas no sometidas a la farsa de la impersonal reunión de accionistas: creo que es usted el propietario de todas las acciones de sus empresas. Podemos entendernos perfectamente: usted decide en sus empresas, mi esposa y yo decidimos en Iberindia; todo muy simple y muy directo ¿no le parece?

Los tres satélites rieron la genialidad de su jefe; María Huacacoya, embajadora de Iberindia, bajó los ojos; Manuel García Velasco, que miraba a María, siguió oyendo sin escuchar; sus tres colaboradores, a duras penas ahogaron una sonrisa.

—Zamanillo, siguió el dictador, lea usted a nuestros invitados el informe de la Comisión Interministerial para el Desarrollo de Iberindia.

—Como mande su excelencia. El tal Zamanillo, ministro de Estado, era regordete y de voz chillona. Su perorata, larga y remozada con frecuentes y monótonos soniquetes, se extendió por estadísticas y razonamientos de oportunismo político (hemos de producir mucho para volver a ser autosuficientes y fuertes, hemos de ser fuertes para que nos respeten...

—O nos teman, apuntaló el dictador.

—Efectivamente, que nos teman —coreó el tal Zamanillo con reverencia perruna—. Y hay razones para ello: Iberindia, país de excelente clima y muy rico en recursos naturales, ha pagado un alto precio por romper su aislamiento; el incorporarse a los modos yanqui-europeos de producción nos ha costado miles de millones de dólares hasta el punto de que, en la actualidad,

los ingresos fiscales apenas llegan a la mitad de los intereses que se han de pagar por la deuda exterior. Mientras tanto, los países grandes, que se han hecho más ricos y más grandes a nuestra costa, no tienen ni paciencia ni consideración.

—¿Qué podemos hacer? —cortó el dictador—. Para sacarle jugo a nuestra economía necesitamos cambiar muchas cosas, para cambiar muchas cosas necesitamos dinero, para tener dinero necesitamos montar fábricas que requieren créditos, para lograr créditos estamos obligados a pagar... ¿Cómo romper este círculo infernal? La última frase, que fue un grito, había producido un escalofrío a sus tres directos satélites; María seguía la escena con la mirada baja, lo que producía embeleso en Manolo, más pendiente de ella que de los desabridos razonamientos del dictador, que llamó su atención con un estentóreo “empiezo a estar harto ¿sabe usted?”

—Lo comprendo —respondió Manolo por decir algo.

—No creo que comprenda usted la situación interna de un hombre que todo lo hace por proteger a su patria. Como envidia a los que se retiran del mundanal ruido..

—“...y siguen la escondida senda de los pocos sabios que en el mundo han sido” —siguió para sus adentros Celedonio maldisimulando una risotada que a punto estuvo de estallar y que fue captada por todos salvo por el dictador.

—Sí, sí, retirarme del mundanal ruido: eso es lo que deseo. Y juro por Dios que lo haría si lograra dar a mi país los tractores que necesita. —El Protector General había levantado sus brazos al cielo como en una dramática imprecación. María, la embajadora, se encogió en su asiento.

—Señor General, ya me gustaría hacer algo por su pueblo; pero no quisiera... —iba a continuar Manolo con algo así como “que ese algo fuera exclusivamente para su esposa y usted” y, por exigencias del protocolo, le salió un “hacerlo sin las debidas garantías”.

—No sé por qué —contestó el General con aire contrito— me había imaginado que el ejemplo de nuestra plena dedicación y probada buena voluntad podría compensar con creces eso de las debidas garantías que, mucho me temo, desearán ustedes que sean contantes y sonantes.

—No es exclusivamente a eso a lo que me refiero —respondió con suavidad Manolo.

—Entonces, ¿qué? —terció desabridamente el ministro cuñado.

—Los negocios requieren unas discusiones reposadas y unas referencias concretas —intervino con parsimonia José María Sánchez Montes—. Ya sabemos lo que ustedes esperan de nosotros; ahora nos toca conocer las particularidades en que se ha de mover el acuerdo. Enviaremos a su país un delegado nuestro, que elaborará el necesario informe para luego tomar la decisión que mejor convenga a ambas partes.

—Demasiadas dificultades para una urgente necesidad —era de nuevo el tal Hugo Flüter, cuñado del General y ministro de Economía y Finanzas.

El General respaldó con una sonrisa paternal la impertinencia de su cuñado. Luego apuntaló con sorna: —Es una postura razonable eso de ver y luego decidir. Si muere gente de hambre ya no será nuestra la responsabilidad.

—Ha sido usted muy amable al invitarnos a esta reunión. Pero permita usted a la Dirección de nuestra

Empresa tomar sus propias decisiones. —Fue Celedonio el que ahora habló.

—Que lo piensen bien —fue la despedida del General.

María Huacacoya, guapa mestiza embajadora de Iberindia, les acompañó hasta la salida. En el camino, de forma que sólo Manolo pudo oírla, susurró:

—En Iberindia no hay tractores para arar nuestros campos.

—Algo tendremos que hacer —respondió Manolo sin atreverse a mirarla.

XIII. UN HOMBRE ENAMORADO

1

Tras una larga noche de insomnio y de no pocas atropelladas reflexiones, Manuel García Velasco descubrió que su principal preocupación era ver de nuevo a María, la bella embajadora de Iberindia. En torno a las doce de la mañana telefoneó desde la oficina.

—Señora embajadora, tengo mucho interés en que nos veamos hoy mismo.

—Un momento, paso su comunicación al ministro de Estado o, si lo prefiere, al propio Protector General.

—No es con el Protector General ni con el ministro con quien quiero entrevistarme. Es a usted a quien quiero ver.

—¿Para qué? —preguntó María con forzada ingenuidad.

—¿Para qué va a ser? —Podría decir que para seguir tratando el asunto de los tractores; pero no sería verdad. María, la única y perentoria razón es que..

—No, no siga; de acuerdo ¿A qué hora le espero en la embajada?

—Cualquier hora es buena para mí. Pero ¿no podría ser en un terreno neutral como, por ejemplo, en la cafetería de dos manzanas más arriba, en su misma calle?

—Muy bien ¿las siete es buena hora?

—Sí, sí; a las siete.

2

—Me ha llamado el conde de los tractores —informó María al Protector General.

—Debería haberme pasado la comunicación.

—O a mí, que me gustaría conocerle —apuntó con aire goloso Brunilda, la señora Presidenta, autotitulada Gran Duquesa

—Insistió en que, primero, quería hablar conmigo. Nos hemos citado para esta tarde.

—¿Se ve usted capaz de suavizar las cosas y lograr lo que nos proponemos.

—¿Cree usted que debo hacer el papel de Mata-Hari, señor? —preguntó María en una broma que se tradujo en un mal disimulado nerviosismo.

—No nos vendría mal; tú eres muy guapa y, por lo que me ha contado el General, él no se mostró insensible a tus encantos. Claro que si te parece un hueso duro de roer, puedo acompañarte y ver si, entre las dos... Con permiso de mi esposo, claro está.

El esposo soltó una sonora carcajada.

—Por favor, señora Presidenta —protestó María forzando una sonrisa—. Procuraré ser una digna embajadora de mi país.

—Consiga los tractores, que es lo único que importa. Es una orden —y soltó el general una nueva carcajada.

—Se hará lo que se pueda, sin dejar de ser lo que una es.

Brunilda vio en esta última frase de María una insultante alusión a lo que, en realidad, era ella, la Gran Brunilda, antigua prostituta de lujo.

—Claro, las hay pavas y las hay inteligentes. Preocúpate de tu obligación y déjate de zarandajas.

—Calma, chicas, que estamos hablando de tractores. Pero cierto, muy cierto, María, no deje de contar con la Gran Duquesa si necesita refuerzos.

—Lo tendré en cuenta, excelencia.

3

Eran poco más de las siete de la tarde cuando María descendía los cuatro escalones del pub Gallo de Oro.

Se sentaron en torno a un diminuto velador. Ni ella ni él acertaban a improvisar tema alguno de conversación: expresivo diálogo en furtivas miradas y esbozos de sonrisa. Vuelo de sueños y una repentina confesión.

—Seguro que ya sabes que me he enamorado de ti.

—¿Cómo ha podido ocurrir?

—Tenía que ser así, creo yo.

—¿Piensas tú que yo puedo sentir lo mismo? —Se atrevió María a preguntar.

—Claro que existe esa maravillosa posibilidad.

—Todavía no sé quien eres, aparte de eso de los tractores y algo más que me parece haber descubierto: no te preocupa demasiado el dinero, tal vez porque tienes demasiado.

—Yo tomo el dinero como herramienta de trabajo, lo que ya es bastante para tenerle respeto, aunque no devoción. ¿Qué es eso de que no me conoces? Soy, simplemente, un hombre que tropieza con una chica a la que esperaba desde siempre ¿Te parece frivolidad?

—No, no ¡qué va!. Pero ya que me invitas a considerar lógico tan repentino enamoramiento, permíteme que te haga la pregunta más lógica del caso ¿quien eres tú?

—Todavía no lo sé

—El General y su mujer esperan que te saque lo de los tractores. Hasta me han insinuado que ello bien valía una rendición mía sin condiciones.

—Antes de venir ya había firmado la orden de que se acepte la propuesta de tu General Protector.

—No sabes cuanto mi pueblo necesita esos tractores.

—Sí, pero, entre nosotros ¿puedes demostrarme que la Augusta pareja no los revenderá?

—No, no te lo puedo demostrar; pero sí que te juro que soy y seré capaz de algo gordo para evitarlo.

—Sea como sea, tu gente me cae muy bien y lo peor que me puede ocurrir es que tenga que vender la fábrica para pagar mis deudas. Si, al menos, me quedas tú...

—Ahora ya no sé si he acudido a tu cita para sacarte los tractores o para robar tu tranquilidad.

—Ya has logrado ambas cosas.

—Eres viudo ¿verdad?

—Sí. Ramona era una gran mujer; aquello casi llegó a ser amor.

—¿Te casaste, acaso, por dinero?

—No, exactamente. Yo diría que me casé porque ella me convenció de que su dinero podía ser útil a los demás. Claro que, al irse ella, enseguida olvidé mis promesas hasta que ocurrió lo que ocurrió.

—Cuenta, cuenta... pidió ella.

—Nuestro matrimonio duró menos de un año y ella ya lo sabía. En lo que se equivocó fue en que, desaparecida ella, yo iba a hacer buen uso a su dinero. Madre mía, qué vida más imbécil he llevado durante unos meses.

—Y ahora ¿qué?

—Ahora me he apeado del burro, gracias a un oportunísimo accidente en el que viví una experiencia que todavía no he asimilado bien. Fue en un aparatoso accidente de coche. Te aseguro que me vi muerto por unos larguísimos instantes, muerto y desnudo ante la definitiva realidad de mi propia vida. Recuerdo que recé como no lo había hecho en mi vida. Desperté con la sensación de haber sido escuchado y como si en mí se hubiera colado algo muy generoso y lo más español que yo conozco: el mismísimo espíritu de don Quijote. Fíjate: un coche que, en pleno tráfico, queda absolutamente destrozado mientras que el tipo, que va dentro, se siente muerto, reza y, de pronto, se ve sin un rasguño y con el irrefrenable impulso de cambiar el mundo... ¿qué opinas?

—Que lo veo lo más lógico del mundo —respondió ella con una adorable sonrisa.

—Desde entonces —siguió Manolo medio en broma y como rumiando sus evocaciones— me veo obligado a muchas cosas que antes me habrían parecido disparatadas, como fiarme de la palabra de tu Protector General o creer que el mundo se va a hundir si no le echo un cable...

—¿Tengo yo algo que pintar en tu nueva vida? —María se puso colorada enseguida que tomo conciencia de su atrevimiento.

—¡Pues claro que sí! —casi gritó Manolo—. Hasta ahora no he hablado así con nadie; pero necesitaba

hacerlo contigo, mi otro yo. Gracias a ti y al revolcón del coche, creo ser muy distinto y, también, más fuerte y más feliz.

—¿Quiere eso decir que te has enamorado?

—¿Qué crees tú?

—Que estás loco, rematadamente loco.

XIV. EL PERIODISTA CIEGO

Fueron hasta un tercer piso de la calle Claudio Collo. Abrió María con su propio llavín y gritó desde el hall.

—Abuelo, te traigo visita.

—Estupendo, pasad.

—Te has retrasado un poco, pequeña. El abuelo esperaba en pie el beso de su nieta.

—Ha valido la pena, abuelo... Manolo, éste es mi abuelo; está ciego y no habla con nadie al que no haya estrechado la mano.

Manos huesudas, tibias y pardas las del abuelo; firmeza en el saludo y ligero temblor en la mano izquierda, que pasó por la cabeza y rostro de Isidro. Se sentó de nuevo y prolongó deliberadamente el silencio hasta comprobar que Manuel García Velasco se había sentado a su lado.

—¿Es compatriota nuestro?

—No, abuelo, es Manuel García Velasco, un atrevido conde español que quiere casarse conmigo.

—Ya era hora —respondió el abuelo quebrando intencionadamente la voz.

—¿Sabías, Manolo, que, además de ser el más valiente periodista de Iberindia, el abuelo es poeta? Aquí tiene lo último:

*Verde es el color de la libertad,
verde es la sonrisa enamorada,
verde es la caricia de la lluvia y el sol,
verde es lo que no muere.
verde es el después que no asusta.*

—Me gusta.

—Más te vale, por que el abuelo es muy pedante.

—¿A qué te dedicas?

—Es conde, habló por él María, fabrica tractores y va a solucionarnos el problema de Los Llanos, enviándonos todo lo que haga falta.

—¿Estáis seguros de que la Presidenta no va cambiar los tractores por ropa interior? No me hagas mucho caso; a pesar del riesgo, creo que harás una buena operación.

—Aunque no lo fuera, no nos arruinaremos por ello.

—Más vale que te lo tomes así. Es malo ver la vida en rojo.

—¿Qué es para usted el color rojo?

—Espera que te lo diga yo —respondió María hojeando de nuevo el bloc de su abuelo.

*Rojo es el color de una habitación cerrada,
rojo es el olor del Apocalipsis,
rojo es el pisotón a un niño,
es el sacrificio de una paloma blanca,
es el color que engrasa
la estupidez de los hombres.
Rojo es el ruido*

de los cañones y de las bombas.

Rojo es el hábito del diablo.

—¿El azul? ¿qué es, para tu abuelo, el color azul?

—No veo aquí nada sobre el color azul.

—Claro que no lo verás —explicó el abuelo— para mí no existen los colores azul o pardo: en mis recuerdos, han sido absorbidos por el negro.

—¿De qué color ve usted la situación en España?

La conversación ya era un juego que apasionaba a los tres.

—Para un hombre, aunque ciego y viejo, muy feliz, la palabra preocupación tiene un sentido muy etéreo e insustancial; uno termina creyendo que los ojos del entendimiento sustituyen con ventaja a los ojos sensibles a la luz física exterior. Pero si me coloco dentro del pellejo de un joven español rico, generoso y con ansias de compromiso...

—Sí, dígame, por favor —animó Manolo, que se consideró particularmente aludido.

—Si me coloco en ese pellejo, no me haría demasiadas ilusiones sobre los caminos de racionalidad que le esperan a España.

—¿Piensa usted que se repetirá lo del treinta y seis?

—No, no lo creo: muerto Franco, cuenta España con el Rey, al que creo responsable, valeroso y prudente; seguro que, en la medida de sus atribuciones, será muy capaz de hacer frente a cualquier peligrosa y dramática contingencia... Pero, muy probablemente, se repita en España la inestable trayectoria de otros muchos países considerados democráticos: al amparo de la ambición partidocrática y del tedioso juego parlamentario, prospera un lento y continuado desmoronamiento de lo genuinamente humano, algo en abierta contraposición con el

desarrollo de la libertad y prosperidad de la mayoría. Por demás, veo como un grave peligro esa obsesión por calcar al pie de la letra lo que se guisa en otros países.

—Si eso es bueno ¿por qué no?

—En política se dan muchas cosas que, buenas allá, son inadecuadas acá. ¿Qué sé yo? me asusta todo lo que huele a radical mimetismo. Sobre eso de homologarse con Europa ¿qué quieres que te diga? A mí, hijo de dos culturas y ya casi, casi español, me asusta para España una copia exacta de lo distinto, máxime cuando aún no veo probada su presunta eficacia: no hay que ser una gran observador para comprobar que los otros, a quienes se quiere imitar ce por be, viven muchas veces generalizadas situaciones de miseria: por ventura ¿no es pura y simple miseria el no saber qué hacer con la libertad? Chicos, existen muchos países superdesarrollados en donde las mayorías se aburren, lo que siempre me ha parecido, me parece y me parecerá una soberbia aberración: aburrirse en España, en donde hasta el aire se presenta como semilla de nuevos y alegres compromisos, cuando, por la historia y por sentido de la responsabilidad, tantos de los que hemos saboreado el meollo de la Hispanidad sentimos la felicísima invitación a sumergirnos en el tibio baño de la acción en el marco de lo que tan meridianamente señaló el maestro Ortega: un sugestivo proyecto de acción en común.

Sumergirse en el baño de la acción parecióle a Manuel García Velasco un grito de su propia naturaleza. De nuevo, como días atrás a raíz del accidente, sintió en su voluntad una fortísima punzada: la punzada en la voluntad de lo que fue un rico ocioso y pedante y ahora es generoso y enamorado.

—Debes saber, Manolo, que mi abuelo ha acumulado la experiencia de casi todos los países del mundo.

—Pero usted —se atrevió a preguntar Manolo— ¿Nno es ciego de nacimiento?

—No, gracias a Dios; fue un glaucoma que no me ha hecho tan desgraciado: hace diez años cambié lo de tro-tamundos por perro faldero de tu novia y de su madre, que fue mi nuera... —se quebró la voz del abuelo.

—Mamá murió hace dos años.

—Y tu padre ¿qué es de tu padre?

—No lo sé, desapareció de casa cuando yo no había cumplido los tres años.

—En eso siguió los pasos de su madre, la abuela de María. Son sucias faenas que marcan a uno más de lo que debieran. Pero mi nuera, la mamá de María, no permitió que se le hundiera el mundo por una canallada de su marido: acertó a saborear como nadie el placer de ser útil a los demás; era muy capaz de encontrar a Dios hasta en las cosas más pequeñas: a María y a mí nos enseñó a rezar y a amar: por muy mal que trate la vida y por muy viejo que seas, nunca es tarde para aprender a ser feliz.

El viejo periodista ciego, sin prisa, habló y habló.

—...Cuando fui abandonado por mi esposa, la loca abuela de María, me apliqué a estudiar, cosa que antes no había hecho. Luego de titularme en Derecho y Periodismo, fui nombrado explorador de la Cultura, que es como en Iberindia llaman a los becados por el Gobierno; haciendo valer mis títulos y correcto conocimiento del inglés, francés y alemán, logré ser nombrado corresponsal itinerante de *Renacer*, el periódico de más tirada en Iberindia. Fue así como tuve ocasión de conocer y entrevistar a las personalidades más ilustres de la época,

desde Bertrand Russell o Chesterton hasta el propio Lenín. Particularmente interesante me resultó la amistad que mantuve con Ramiro de Maeztu, ocupado entonces en formular una doctrina gremial que habría de inspirar un sindicato de síntesis entre el liberalismo y el colectivismo, algo así como la cuadratura del círculo que apuntaban los mal intencionados. Debo recordar las estúpidas carnicerías de la Gran Guerra, mi viaje a Petrogrado en donde entrevisté a Lenín, eufórico por la reciente toma del Palacio de Invierno; ello me facilitó el vivir de cerca las ilusiones, ruindades y decepciones de los más fervorosos revolucionarios, con alguno de los cuales mantuve cordial relación como, por ejemplo, con Nicolás Bardiaef el cual, años más tarde y ya en abierta ruptura con los principios bolcheviques, logró convencerme en París de que un cristiano ha de ver el pan del prójimo como el principal valor espiritual de su vida: gran hombre este ruso que creía en la fuerza redentora de la Tercera Roma.

”Entretanto, en Iberindia, se había producido una extraordinaria transformación: de la mano del capital yanqui y al amparo de la desconsiderada explotación de nuestras riquezas naturales, vivía el país la euforia del desarrollo industrial. Se hacían enormes fortunas, que sirvieron de trampolín a nuevos poderes para los cuales ley de vida era el acaparamiento a cualquier precio. Base ideológica de la acción política fue la demagogia que brinda argumentos para todos los gustos. Se sucedieron varios gobiernos de colores teóricamente antagónicos pero coincidentes en la forma de entender el bien común. Fue la de mi hijo Jorge, padre de María, una generación borracha de snobismo y de obsesión por romper viejas raíces; sus líderes ¿cómo no? rendían culto a

esa palabreja que tanta fuerza está cobrando en España: Homologación; homologar la forma de vivir yanqui, la Revolución Rusa, el liberalismo europeo... ello cuando la propia Europa, al igual que una joven prematuramente envejecida, parecía estar de vuelta de muchas cosas y ofrecía apasionantes motivos de curiosidad a un imparcial observador político, cual pretendía ser yo.

”Entre lo más novedoso, se citaba lo que estaba ocurriendo en Italia: un parvenu, que se decía socialista y cultivaba el autoritarismo a cualquier precio, se había alzado con el poder: era Mussolini, el de la recia voz, teatrales gestos y físico de clown. Allí me fui a observar; para mis recuerdos cuentan las vaciedades, que Mussolini pretendió convertir en dogmas en una decepcionante rueda de prensa, y cierta ñoña recepción del rey Víctor Manuel, enaltecido entonces con la corona imperial de Abisinia, sangriento trofeo que le había brinda su caro duce.

”Sabéis que el ejemplo de Italia fue considerado extrapolable por Adolfo Hitler, inquietante personaje que, a la sazón, cultivaba con particular arte el espíritu de revancha del herido nacionalismo alemán. Al país de Goethe fui y allí conseguí entrevistar al cabo austríaco, entonces preso por haber conspirado contra el gobierno de Baviera; el desquiciado émulo de Napoleón e incondicional discípulo de Maquiavelo escribía entonces su *Mein Kamp*, alucinante proyecto de acaparamiento que su inventada raza aria había de llevar a cabo por encima de los cadáveres de las razas y naciones débiles. *Horizonte de locura y de sangre*, fue el título de mi reportaje.

”En Iberindia se vivían con particular intensidad los problemas de España y hasta aquí vine en la primavera

del 35. En mis cuarenta años de entonces preocupábame sobremedida averiguar si el hombre corriente y moliente se sentía realmente más feliz con el radical cambio de régimen que vivía la Madre Patria.

—Pienso —interrumpió Manolo— que una preocupación tan natural pudo parecer fuera de órbita a muchas ilustres figuras de la época.

—No digo yo que no —corroboró el viejo periodista ciego— y, sin duda, que así se explicaba y se podría explicar ahora la discrepancia entre los profesionales de la política y cualquier objetivo observador, cual yo he pretendido ser siempre. No creo que os descubra grandes cosas si os digo que, al margen de las grandilocuencias, la parafernalia electoralista y las facilonas promesas o apocalípticos anatemas... el ciudadano español de los años treinta no era muy diferente de los hombres y mujeres de otras épocas y latitudes: esperaban ser felices por sencillos caminos de trabajo y buen entendimiento pero, tal como ahora y siempre, eran muy receptivos a la labia de cualquier vendedor de ideas o ilusiones. Ello cuando está demostrado que un buen vendedor, por el simple hecho de manifestarse como tal, se siente espontáneamente obligado a meter gato por liebre: el vender una buena cosa al precio justo no presenta aliciente alguno para el puro y duro vendedor: no me negareis que en la clase política abundan los grandes vendedores y, como en el caso de cualquier operación farfullera, para esos vendedores es el “cliente” el culpable de haberse dejado embaucar... Me entendéis ¿verdad?

”Muchos eran los vendedores de ideas de entonces, vendedores de ideas que repetían viejísimos modelos: aquel aseguraba que llegarías a ser rico si le ayudabas a incrementar su propia fortuna, ese que guardaba en su colete un millón de fórmulas capaces de atraer fabulosas

oportunidades a los jóvenes, desconocido bienestar a las familias, años y años de prosperidad para todos... Este otro, por su parte, venderá la idea de que, volviendo todo al revés, se descubrirá que la otra cara de la realidad es un camino de rosas. No soy nada original si recuerdo que todos los ciudadanos para los cuales camino de felicidad era el simple trabajo y la armoniosa relación con sus semejantes difícilmente superaban la categoría de votantes mientras que la mayoría de los vendedores de ideas resultaban incapaces de otro milagro que no fuera el de hilvanar nuevos programas de ilusiones para la próxima ocasión. En esas circunstancias, no es difícil imaginar una progresiva degradación del cuerpo social, coartada para los fanáticos de la violencia o de los avisados vendedores de una criminal idea: la guerra lleva en sí misma una insustituible fuerza redentora.

”Por virtud de la demagogia, de la falta de sentido crítico en la mayoría y ausencia de escrúpulos en los poderosos, en España se llegó a una situación tal que ya parecía lógica la entrada en escena de los autoinvestidos de capacidad redentora: y, tras un cúmulo de incidentes fatalmente interrelacionados, vino una de las guerras más crueles del siglo.

—¿Qué opina usted de Franco?

—Lo mismo que de cualquier otro títere de la Historia: nunca se sabe si, para lo que hicieron, tenían otra motivación que la descabellada manía de tomar al resto de la humanidad como una simple manada de borregos. Quiero pensar que, en el caso de vuestro Caudillo, había una cierta fiebre patriótica aliñada con un involuntario desquiciamiento de sus propios valores morales; claro que después vino eso de creerse imprescindible. Pero ¿ves? en un sistema de falta de libertades políticas al ciudadano medio le cabe muy poca responsabilidad en el

buen o mal hacer de sus regidores; cosa muy distinta es en Democracia que obliga a todos los ciudadanos, sin excepción, a respaldar o sancionar con su voto la buena o mala gestión. Como ciudadano normal tengo la sagrada obligación de velar por que la acción de los políticos redunde en beneficio de mi hermano, cuya vida y felicidad es la razón de mi propia vida. Triunfan los demagogos por que el elector se deja engatusar; se llega a la guerra por que el valor o la buena voluntad de cuantos se sienten responsables se va de vacaciones sin importarle que el pueblo llano vea con simpatía a las fieras. Sea por la razón que fuere, toda guerra es la prueba del fracaso de la razón colectiva, lo que quiere decir que son los politiquillos de tres al cuarto y el amodorramiento de la mayoría los muñidores de una situación prebélica. ¡Malhayan, pues, los políticos que se dedican a la castración de voluntades! ¡Malhayan cuantos poderosos consideran enemigos de su éxito personal las pruebas de buen gobierno por parte de otros partidos o, incluso, de sus colaboradores y de los que le votaron o auparon! ¡Malhaya el odio aquí y allá!

—¿Vivió usted en directo la guerra civil española?

—No, regresé a Iberindia en mayo del 36 y me alegro de ello: una guerra civil es siempre el desbordamiento de lo absurdo.

Siguió un silencio de varios minutos.

—Es hora de acostarte, abuelo. —María le ayudó a incorporarse y, tomándole del brazo, le acompañó hasta su habitación. Manolo seguía detrás y aceptó como muy natural el que el viejo periodista cerrara su puerta con un hasta mañana nada protocolario.

—Nos veremos mañana, pasado, al otro y al otro...

—Pues claro, tonto. —Y, como despedida, María besó a Manolo espontánea y suavemente.

XV. PALABRAS Y BESOS

1

Mohines y sonrisas, susurros y miradas, regalo y esperanza, tímida ansiedad... y, al fondo, las pequeñas y grandes cosas de cada día.

—Hablo con el ministro de Estado y, muy serio, me dice que está de un humor de perros porque le han puesto a régimen de verduras: los grandes asuntos sufren del cabreo que produce una humilde lechuga. Nuestra Presidenta, la Gran Brunilda, no nos perdona a ninguno su falta de protagonismo en el asunto de los tractores; sobre mí piensa que te he pagado en carne tu generosidad... Voy estando harta de todo ¿Quieres que presente mi dimisión?

—Hoy mismo tienes que hacer el escrito.

—Al diablo revolucionario de Barranco Machuca —dice Manolo— le ha dado ahora por predicar la huelga a la japonesa y no veas cómo me trae a los vendedores para que los pedidos alcancen a la progresiva producción...

—En Iberindia viviremos en una casa no muy grande a orillas del Ombligo Azul. Tendremos con nosotros al abuelo y a Mamatara. Te gustará Mamatara: es tan vieja como el abuelo, pero está mucho mejor conservada: tiesa siempre con unos grandes ojos negros, vivos y amables, con su piel oscura como de ciruela arrugada, con su voz tranquila y su arte en la cocina. Verás que bien nos lo pasamos los cuatro.

—Parece que se presenta muy buena la cosecha de algodón; tendremos que discurrir una buena y rentable política de motivación. Haremos los tres un viaje hasta allá: le vendrá bien al abuelo...

2

Mientras tanto, la olla política española bulle febrilmente. El primer gobierno de la Monarquía ha pasado el listón de los cien días; un observador no comprometido tendrá dificultades para averiguar si la clase política, en muchas ocasiones, obra al dictado de la superpolitizada prensa que asume el papel de portavoz de la opinión pública o si, realmente, marca iniciativas para superar las dificultades de la transición y avanzar hacia lo que se llama “democracia pluralista”. La polémica es la misma, mañana, tras mañana: ¿se pueden propiciar tales o cuales libertades sin romper el esquema heredado del General? ¿Debe el Rey mantenerse en la trastienda del menudeo político? ¿Existe justificación moral para la sistemática y organizada revuelta callejera? ¿Existe, realmente, justificación política para cualquier especie de terrorismo? ¿Para cuándo la legaliza-

ción de todos los posibles partidos políticos incluidos el comunista y los abiertamente separatistas? ¿Cuáles han de ser las líneas maestras de la Ley Electoral? ¿Regionalismo o Federalismo, más o menos disimulado?

Meses antes de la muerte de Franco, desde su retiro de Perbes, el ahora vicepresidente del Gobierno había dicho: “Frente al cambio inevitable optamos por no ponerle diques ni tampoco resignarnos a su manipulación cínica”. Parece que, aún a remolque de la indecisión o de los escrúpulos del presidente Arias y de otros destacados miembros del Gobierno, efectivamente, Fraga está empeñado en roturar el camino hacia ese inevitable cambio. Son muchos los españoles que siguen con entusiasmo el proceso del paso a paso al tiempo que, desde una óptica diametralmente opuesta, una buena parte de la prensa y la llamada Izquierda Organizada prestan carácter de idea-fuerza al término Ruptura Democrática lo que, en la jerga de la época, quiere decir echar abajo las viejas instituciones y empezar desde cero como si todo lo anterior estuviera irremisiblemente podrido. Para éstos lo otro es el Búnker o la sinrazón histórica.

Mientras que los que aspiran a vivir de la Política se enfrentan entre sí según los dictados de una radical y simplicísima dialéctica, el hombre de la calle asiste a una progresiva politización de la vida diaria: reuniones y más reuniones, conferencias y más conferencias, manifestaciones y protestas callejeras, plataformas y platajuntas, promociones y trampolines para líderes, prodigalidad en guisos ideológicos, pactos, acuerdos y concertaciones, esquemas de poder, manifiestos y dinero para las maquinarias electorales...

Entre lo más o menos aceptable, engordan los bati-burrillos y las componendas siempre sobre ésta o la otra

posición defendida apasionadamente por los cabecillas: en la idea propia está la clave de la solución; como mal menor, podremos asociarnos con el afín, pero siempre con la irrenunciable idea de desbancar al contrario para, luego, marcar distancias entre nosotros y el eventual socio puesto que, aunque la política haga extraños compañeros de cama, lo de uno debe seguir siendo de uno.

Afortunadamente, es una pequeña parte del pueblo español la que alimenta tal paroxismo: la mayoría no ha alterado substancialmente sus vidas aunque, eso sí, alientan la ilusión de que la imparable libertad política sea el natural soporte de una mayor libertad personal.

—Ojalá no reconozcan nunca el fracaso de sus ilusiones —ha dicho el Abuelo, testigo de infinitas situaciones que desea no se parezcan a ésta.

—Con todos estos dimes y diretes —ha apuntado Manolo— habrá muchos que no sepan a qué carta quedarse.

—Y quiera Dios que duden siempre. Los que no saben a qué carta quedarse, joven empresario español, constituyen lo que podríamos llamar reserva catalizadora de los desmanes: suelen ser los mismos que se sienten obligados a participar en la cosa pública sin el aliciente de las directas prebendas que proporciona el Partido. Escollos a evitar serán la ciega fe en la infalibilidad del líder o las trampas de las consignas simpáticamente emitidas por los doctores en el arte de embaucar.

—¿Quiere eso decir que no es fácil librarse de las trampas de los demagogos?

—No es muy fácil, no... Ya veréis cómo puede darse el caso de que, incluso, una elección presidencial dependa no ya de tal o cual verborrea impactante si no del

buen arte de un maquillador o de la habilidad de un cámara de televisión.

—Algo terrible, abuelo.

—No tanto, hombre, no tanto... Yo diría que, habida cuenta de la propia condición humana, no es tan malo que la cosa pública haya de protegerse contra lo insustancial y lo farfullero: puede tomarse como un desafío a la capacidad de reflexión y de acción de los hombres cabales: para que éstos puedan aportar su granito de arena a la mejora del mundo habrán de afinar su poder de convicción y, si triunfan, no tendrán otra alternativa que el firme y honrado cumplimiento de las promesas hechas. También es cierto que la opinión pública, por eso de la ley del péndulo, en ciertas ocasiones, siente acuciante hambre de realidad y, por lo mismo, detesta lo farfullero que, en otro tiempo, pudo parecerle sugestivo. Es cuestión, pues, de aprovechar el momento y de aplicarse seriamente a resolver los problemas que afectan a nuestra área de influencia social. Quiere esto decir que los fieles servidores del Bien Común han de ser tenaces a la par que honrados y valientes; pero también duchos en el arte de la publicidad; lo contrario es dejar todas las armas al adversario y perder así la oportunidad de realizar una vocación. Cierto que siempre, o casi siempre, las preferencias de los votantes se debaten en el mar de la ambigüedad; cierto que son legión las triquiñuelas y los trucos que se aplican a la conquista de los votos; cierto, también, que es decepcionante la cordial acogida que, entre la mayoría, logra lo superficial y lo inútil... pero es aún peor el que, para cualquier momento y ocasión, las cosas vengan determinadas por el dictador de turno o por sus acólitos: La Democracia, pese a sus miserias, es el mejor de los gobiernos posi-

bles y aún más: es una exigencia de la propia libertad personal: deberá, eso sí, contar con la mejor defensa contra la corrupción de los poderosos. Esta tal defensa está representada por el contrapoder de la Opinión Pública, en donde los colores de la demagogia habrán de estar difuminados de tal forma que sea posible descubrir los auténticos perfiles de los embaucadores y, también, de los que sucumben a la corrupción del poder. Si es cierto aquello de que el poder corrompe a los hombres públicos, también lo es que el contrapoder de los electores puede resistirse y, de hecho, se resiste a la corrupción: ya dijo el Sabio que, al igual que el agua, que cuanto más abundante menos corruptible resulta, otro tanto sucede con las sociedades: una persona o un reducido de personas se dejará romper con más facilidad que todo un pueblo.

—Y a mí, abuelo —pregunta Manolo— ¿qué responsabilidad cree usted que me corresponde en la España de ahora?

El abuelo, viejo periodista ciego, acariciaba la mano de su nieta, sentada en el brazo del sillón que él ocupaba.

—Como sigas el consejo de este viejo charlatán —bromeó ella— prepárate; es capaz de condenarnos a la miseria.

La noche transcurría sin prisa, como recreándose en la apacible rutina familiar.

—Tú, joven amigo, estás haciendo ya buenas cosas en cuanto no ejerces de especulador y sí de creador de puestos de trabajo.

—Pero dar trabajo y alguna que otra satisfacción a mi gente es lo normal en el papel de empresario al que me obligan las circunstancias; en contrapartida tengo unos beneficios y un nivel de vida nada despreciable...

Creo que debe haber algo más que podamos hacer ¿verdad, María?

—Si tú lo dices...

—En tu situación —apuntó el abuelo— yo participaría en las próximas elecciones.

—No, por Dios... me gustaría más financiar un proyecto que valga la pena. Veremos qué nos trae Barrientos de su viaje por las modernas democracias. ¿Sabe usted? Barrientos, mi Administrador General, es un brillante hombre de empresa al que tienta la política. Ya estará a punto de llegar. Tal vez nos convenza de que se merece el apoyo que le puede dar el dinero.

—Pienso que debieras arriesgar algo más que parte de tu dinero. ¿Sabes, muchacho? Son muchos los capitalistas que hacen lo mismo y muy pocos los decididos a arriesgarlo todo. ¿Qué tal si aplicaras todo tu ser y todo tu haber a un proyecto que valga la pena?

—Tendría que contar con María —respondió Manolo sin ningún temor a un decidido sí.

—Sabes de sobra que te acompañaré en todo, dijo María con un mohín de reproche.

—Habrá que estudiar las cosas muy al detalle...

—Hablas como un hombre de empresa ¿muy al detalle? Ciertó; pero lo realmente importante es una generosa e inequívoca actitud personal. Y ya que estamos sobre ello, pregunto ¿quieres de verdad comprometerte y comprometer todo lo que administras en facilitar el bien de los demás?

—Quiero —respondió Manuel García Velasco con absoluta solemnidad.

—¿Por qué quieres hacerlo? ¿Por snobismo, tal vez?

Aunque amable, lo del abuelo era un implacable acorralamiento.

—Querido —intervino María— eres tan rico que hasta te puedes permitir el lujo de invertir fortunas en la compra de voluntades ¿Cuántas voluntades se pueden comprar con miles de millones de pesetas? Seguro que es una pregunta que se hacen no pocos capitalistas... Yo creo que hay cosas más serias que hacer con un capital así ¿qué dices tú, abuelo?

—Digo, chicos, que con un capital así, como con cualquier otro bien personal o social, se puede adorar a Dios.

—¿Adorar a Dios? ¡Suenan tan solemne!

—Más que solemne —puntualizó el abuelo con pausada serenidad— diría yo que suena a directo y natural: adorar a Dios puede y debe surgir de la más pura espontaneidad de nuestro ser: Si Dios es el mar en el que flota y del que se alimenta nuestra vida, para bogar en la dirección adecuada basta emplear a tope lo que más útil resulte en el empeño: en unos será su talento, en otros su fuerza o sus dones naturales, en aquellos su experiencia, en éstos ¿por qué no? su dinero... siempre con una limpia voluntad de servicio a la Comunidad. Y ya resultará más fácil el progreso y la libertad para nosotros y para todos los demás porque, en la medida de nuestras fuerzas, habremos participado en la inacabada obra de la Creación, comprobando con Teilhard cómo adorar a Dios es vincularse en cuerpo y alma al acto creador.

—En cuerpo y alma y con todo el dinero de un enreído y guapo multimillonario —redondeó María tirando a Manolo de una oreja para darle un beso de lo más cariñoso.

XVI. RES SUNT ERGO COGITO

En el batiburrillo ideológico de los nuevos tiempos, el Foro Avanzada es codiciado por todos los aspirantes a figurar en el ranking de los importantes. Financiado por Manuel García Velasco, cuenta con reservas suficientes para catapultar a cualquier político hasta la primera línea de la actualidad. El juego democrático hará el resto.

Fui yo el que animó a Manolo a tomar la iniciativa de crear ese foro de discusión, algo así como un moderno Liceo al estilo del que nos habla Platón. También fui yo el que sugirió a Manolo la idea de incorporar como principal animador al prestigioso profesor Julián de Miguel al que conocíamos ambos por sus singulares conferencias sobre la Noosfera (esa especie de trastienda virtual de la Realidad) o ámbito en que se mantienen y desarrollan los testimonios de la Historia.

Doctor en filosofía pura por la Universidad Complutense, el profesor Julián de Miguel se presenta como simple estudioso de la Realidad tal-cual. Es su principal caudal intelectual la experiencia de un incondicionado buceador en el maremagno de lo bueno y de lo malo que

ha hecho historia, obsesionado siempre por redescubrir las perennes raíces del Árbol de la Sabiduría. Ensayista de talla internacional, es requerido por los principales centros culturales del Mundo. Pero él se siente, se sintió siempre, a gusto en su cotidianeidad de profesor universitario. Y como tal gusta de ser considerado. Para él no hay tratamiento mejor que el de profesor. Presume de marginar los “postmodernismos y otras zarandajas”: si, substancialmente, el Hombre es siempre el mismo, la capacidad de discernir no puede renegar de lo que siempre tuvo la virtud de hacernos más hombres. No admite el paralelismo absoluto entre el progreso tecnológico y el progreso intelectual: nos diferenciamos de los de antes, dice, por que aquellos usaban pergaminos o tablillas enceradas y nosotros usamos ordenadores; pero no creáis que lo que sale de estas portentosas máquinas es mayor expresión de racionalidad o de sentido común: para que sea así necesita haber dado un paso más en el entendimiento de lo que es y hacia dónde va el Hombre, cosa que no acabo de ver clara.

Por iniciativa del profesor Julián de Miguel, se integraron en la Junta Directiva cuatro académicos, dos ex-ministros, un teniente general retirado y un teólogo jesuita.

En la primera reunión, a la que fui invitado, pedimos al Profesor que nos hablase de lo que él entendía por Realidad. Quiero recordar parte de su interesante exposición.

Núcleo del razonamiento del Profesor es su oposición frontal a lo que llama “tiranía del cogito”: “El cogito cartesiano, dice, es el mayor camelo intelectual de los cuatro últimos siglos: por culpa de él se han perdido miles y miles de horas en sostener la pretenciosa majadería de que nuestro pensamiento hace existentes a las

cosas. Claro que, desde mucho antes que Descartes, no pocos profesionales del pensamiento sostenían que las ideas son las madres de las cosas, pero el francés y sus acólitos han ido mucho más lejos: se han atrevido a sostener que el propio universo está ahí como una respuesta a lo que ha de parir mi cerebro... Usted sabe muy bien que las ideas ni existen ni pueden existir fuera de la inteligencia que las alberga, mantiene y desarrolla; como también ha de saber usted que, para manifestarse, el pensamiento humano requiere el soporte material de un cuerpo, cuyo ascendiente puede remontarse hasta el mismísimo polvo cósmico canalizado hasta nosotros por miles de siglos de complejísima evolución. Las ricas e intrincadísimas etapas de la evolución del Universo material nos muestran cómo el pensar humano es una consecuencia del existir humano lo que, a su vez, parece obedecer al propósito de una Voluntad infinitamente superior a la voluntad humana. Esa reflexión nos lleva a una evidencia para mí fuera de toda duda: la Realidad tal—cual se expresa en dos vertientes: la vertiente espiritual y la vertiente material: si ésta es posterior a la primera ello sólo es posible en la persona del Hacedor del Universo, nunca en el pobre cerebro de una de las criaturas. El pensamiento humano nace de un soplo divino sobre una realidad material; a este soplo divino sobre una realidad material llamamos alma. En nuestro mundo de animales pensantes lo físico es el soporte de lo espiritual, de donde se deduce que la realidad material es una necesaria condición para el nacimiento y desarrollo de la parte espiritual del hombre. Porque las cosas existen puedo, pues pensar: RES SUNT ERGO COGITO.

Lo elemental de este razonamiento, porfía el profesor Julián de Miguel, fue desvirtuado por Renato Des-

cartes, un innovador de fortuna cuya principal perogrullada (de el “cogito ergo sum”) por poco llega a romper el cordón umbilical del Hombre con la Realidad: cuando, en el terreno del pensamiento, lo que realmente vale es la vistosa filigrana que no afecta para nada a la responsabilidad en el obrar se puede encasillar a Dios e, incluso, a matarle para, con radical impudicia, llegar a proclamar: no hay más dios que yo mismo (Ego mihi deus, que diría Max Stirner).

Se dice, puntualiza el profesor, que Descartes no pretendía tal resultado; que, católico ferviente, iba guiado por la preocupación de acercarse a Dios por la libérrima vía del pensamiento. Vamos a otorgarle el beneficio de la duda; pero lo cierto es que en Descartes han encontrado argumentos para la rebeldía prometeica materialistas radicales o idealistas que empeñaron su vida en demostrar su exclusiva posesión de la verdad: cartesianos fueron Spinoza, Fichte, Hegel, Nietzsche, Bakunin y el propio Marx. En los antípodas de Descartes y de su racionalismo a cualquier precio, los eruditos colocan al también francés Blas Pascal, quien dijo ver en el sentimiento y no en la razón la vía para llegar a Dios (todo nuestro razonamiento se reduce a ceder al sentimiento, dejó dicho).

Ni lo uno ni lo otro, asegura categóricamente el profesor Julián de Miguel: Para captar la Realidad Total, lo que significa acercarnos a Dios en la medida de nuestras fuerzas, se ha de empezar por observar con espíritu abierto las simples cosas que nos rodean. Veamos cómo, sumergidos en el intrínquilis de la realidad física, descubrimos un mundo progresivamente complejo y ordenado: tan progresivamente complejo y ordenado que, indefectiblemente, nos trae a la imaginación un puzzle de

millones de piezas, todas ensambladas en insuperable armonía ¿fue el Azar el artífice de ese ensamblamiento? Hombre, si usted cree que, por la ley de probabilidades, miles de millones de posibles encuentros de miles de millones de partículas elementales han de acertar con el único posible acoplamiento para constituir una realidad física superior... ¡bravo por el Azar! Demuéstrelo usted e intentaré borrar del Universo a esa supuesta Inteligencia Superior. Y, a renglón seguido, demuéstreme usted que la tal realidad física superior, por sí misma y entre miles de millones de posibles combinaciones, acertó en el descubrimiento y culminación de las sucesivas etapas que ha de seguir la realidad material hasta confluir en un ser capaz de obrar en libertad.

¿Qué me dice usted de los ateos? Que, por lo visto, existen y mantienen el tipo a codazo limpio con la Realidad; pero permítame que dude sobre el que haya un solo ser humano que, de verdad, sea incuestionablemente ateo. Y, si es así, habrá de testimoniarlo en sus noches y desde una radical soledad. En el caso de que sea usted ateo o de que presuma de serlo, a usted corresponde el presentar pruebas de la capacidad creadora del Azar. Pero ¿qué quiere usted que le diga? El suponer un azar creador me parece una majadería no menos sublime que esa otra sobre que las cosas existen porque yo he de conocerlas o para que yo las conozca: algo así como si a las cosas las hubiera parido mi cerebro antes de que yo mismo tuviera la entidad de una microscópica partícula.

De Jesucristo ¿qué me dice usted de Jesucristo? Le digo a usted que Jesucristo es la prueba viviente de la Fuerza del Amor. Puesto que es Dios, encierra en sí mismo todo el Amor posible hasta el punto de que el irrepetible hecho histórico de su Vida, Muerte y Resu-

rección significa el principio del camino para amorizar la Tierra con la activa participación de cuantos, libremente, le siguen.

Parte no desdeñable de la tarea de amorizar la Tierra es el estudio y consecuente solución de los problemas de relación entre los hombres, tan distintos entre sí y con su peculiar disposición para resolver una carencia concreta de alguno de sus hermanos. Bastaría que el compromiso personal de unos pocos se desarrollase por el cauce preciso de su particular vocación.

Tal es el núcleo de las preocupaciones intelectuales del profesor Julián de Miguel, elegido por unanimidad presidente del Foro Avanzada. Como creyente comprometido con la humanización de su entorno (amorización de la Tierra, dice), no está obsesionado por calar en tal o cual premisa escolástica, en tal o cual punto para desentrañar “los misterios de la majestad de Dios”. Está, más bien, preocupado por aplicar los dictados de una fe profunda y sencilla a la realidad de cada día. Sabe que el momento actual español requiere de los intelectuales honrados una seria aplicación a la tarea de definir cuáles son las mejores líneas de una efectiva acción política en el ámbito de la Libertad. Por ello supone que su especialización en los problemas del Ser y del Porvenir brinda puntos de partida para un juicio desapasionado sobre cualquier compromiso político.

En la apasionante etapa que se abre en España, el profesor Julián de Miguel toma muy en serio su responsabilidad sobre el Foro Avanzada en el que ya se cuenta con los medios para que actúe como punto de encuentro para muchos de los aspirantes a figurar en el ranking de los importantes.

XVII. EL CANDIDATO

1

De su viaje por Centroeuropa, Francia, Gran Bretaña, Países Nórdicos, Estados Unidos y Japón, Jesús Barrientos del Pozo, administrador general de Manuel García Velasco, viene más moreno y mejor vestido: traje cruzado a la medida, camisa de seda y zapatos del más caro corte italiano; por sujetador de corbata lleva un brillante de dos quilates; se ha dejado crecer una barba de esmerado y diario recorte y luce un artificial y discreto plateado de sienes.

En el aspecto de Martina, su mujer, también se acusa una estudiada transformación: se ha arreglado la nariz y la dentadura; lleva el pelo cardado con reflejos rojos y dorados, labios naranja brillante, mucho colorete y ojos con profundas ojeras y pestañas postizas. Viste un modelo Dior azul eléctrico en seda natural ampliamente escotado. Doble collar de perlas y diversos dijes de gran valor. Evidentemente, la pareja Barrientos lleva el atuendo de impresionar.

En el saludo Manolo ha besado la mano de Martina (uñas largas de color rojo rabiosamente brillante) a lo que ella ha respondido modulando las oes en estilo pretendidamente anglosajón: “Sigue usted exquisitamente caballero, señor conde”. Luego, al sentarse, ha cruzado las piernas de forma que ellas mismas marquen el límite del pudor.

Barrientos y Manuel García Velasco han hablado de la Fábrica y de los otros negocios; de éstos últimos como de pasada y de aquella más en profundidad: buena cosecha la del algodón, medianas perspectivas para los cultivos de girasol y de garbanzos, acierto en la elección de sementales para los complejos ganaderos, dificultades en la distribución, finalmente resueltas con costos un veinte por ciento superiores a los del año anterior...

2

—Gran cosa es la libertad —empezó diciendo Barrientos.

—Es lo que dicen muchos; el problema es hacerla efectiva.

—¿Sabe usted, señor conde? —Martina había dejado de mirarse las uñas para meter baza—. Jesús, por todos esos países, no me ha hecho ni caso: Venga a visitar parlamentos, a chuparse conferencias, a leer libros, a hablar con unos y con otros... Seguro que en la cosa de la política ya no hay nadie más capaz que él: ayúdele y hará de España lo que hizo de Tractores Surco.

Barrientos, colorado, dio un codazo a su mujer.

—Hijo, qué bruto eres —protestó ella.

—Tractores Surco —contestó Isidro con aire distraído, es ya otra cosa.

—Lo que me temía: se ha roto la buena marcha ¿no?

—Se equivoca usted: este año duplicaremos los beneficios.

—¿Algún conflicto?

—Todo marcha como la seda.

—¿Entonces?

—Hemos logrado que todos trabajen más a gusto y, justamente por ello, que la rentabilidad haya sobrepasado todas las previsiones..

—Si las grandes operaciones comerciales se parecen a lo de cincuenta millones de dólares para Iberindia... —miró Barrientos a su mujer que respondió con un guiño de complicidad.

—Se pasa usted un pelín, señor Barrientos: los tractores han ido a Iberindia, están cumpliendo una función muy importante en el desarrollo económico de aquel país y contamos con todas las garantías exigibles en ese tipo de operaciones.

—Ha hecho usted muy bien, señor conde; creo que ella es muy guapa... —La intervención de Martina hizo subir los colores a su marido y sonreír a Manuel García Velasco, el cual, con voz muy suave, respondió.

—María será pronto mi mujer. Y no ha sido así por lo de los tractores. Sucede que los dos nos movemos en la misma longitud de onda. Me alegrará que a ustedes les suceda otro tanto.

—Disculpe a mi mujer, señor García. No es la discreción su principal virtud.

—¿Y la de usted? ¿Cuál es su principal virtud? ¿La generosidad, tal vez?

—Yo diría que el realismo. Pero antes de seguir el interrogatorio, permítame una directa y simple pregunta ¿Qué puesto me reserva ahora usted en su empresa?

—Recordará que, antes del viaje, le di mi palabra de que Tractores Surco seguiría contando con usted si lo de su carrera política no prosperaba. Ello sigue en pie con una salvedad: el máximo poder ejecutivo será para Montes, que sintoniza perfectamente con la idea de que una empresa hecha a la medida de los hombres que la mantienen lo que implica que la necesaria rentabilidad pasa por una paralela humanización de las relaciones laborales, algo que, o mucho me equivoco, o usted sigue sin aceptar.

—Sobre eso habría mucho que hablar; pero veo que no me deja usted opción ¿cuál sería, pues, mi puesto?

—El de secretario del Consejo de Administración con responsabilidad precisa sobre la actividad comercial de todas las empresas. Algo que encaja, creo yo, con su personalidad. Por supuesto que se le respetarán todos los anteriores emolumentos además de un porcentaje sobre la cifra de negocios.

—Eso es bastante menos de lo que yo esperaba. Era yo, recuérdelo, Administrador General.

—Era ése un puesto que tenía sentido en otra política empresarial y con un presidente puramente decorativo como era yo entonces. Ahora han cambiado mucho las cosas: los directivos tomamos como sagradas cuestiones como la justicia social, exigencia no muy respetada por usted ¿no lo recuerda?

—Tal como me pone usted las cosas, no le extrañará que acepte la nueva situación de forma, digamos, provisional. Permítame ahora otra pregunta ¿sigue usted

pensando que con su dinero puedo hacer una buena carrera política?

—Lo que usted llama mi dinero no es, simplemente, para hacer una buena carrera política: es, ni más ni menos, para contribuir a la solución de los problemas a que ha de hacer frente nuestra democracia ¿está usted dispuesto a secundar nuestros afanes?

—Jesús es muy capaz de llegar a presidente del Gobierno—Era Martina la que, con viveza, había salido de un mal disimulado amodorramiento.

—No seré yo el que ponga en duda sus cualidades.

—¿Quiere eso decir que puedo empezar a organizar un partido político digamos que de centro-derecha a escala nacional?

—De momento no quiere decir tanto; pero sí que se le ofrece un principio de carrera política si acierta usted de convencer de que lo suyo es positivo para España.

—Diantre ¿cómo y a quién habré de convencer?

—Con una pequeña charla en el Foro Avanzada. ¿Le parece bien el próximo viernes?

—Ha hecho usted muy bien, señor Conde

3

Desde esta tribuna, decía el profesor Julián de Miguel en la presentación de Jesús Barrientos del Pozo, pretendemos honrar al buen decir y mejor pensar. Nuestra actitud dialogante nace, precisamente, del afán de transmitir y de recibir ideas, del afán de depurar en réplicas y contra réplicas lo más superfluo de cualquier argumentación. El Foro Avanzada se propone tamizar

cuantos programas y propuestas formulen los más destacados políticos de nuestro tiempo.

Por demás, daremos nuestro apoyo a cuantos nos convenzan de que les anima el trabajar por el bien de España.

Que nuestro conferenciante de hoy, Jesús Barrientos del Pozo, nos exponga sus ideas o programa de acción y, a renglón seguido, abriremos el turno de preguntas y réplicas que nos ayudarán a calibrar si es uno de los hombres de acción que necesita España. Cedo, pues, la palabra a nuestro amigo.

El discurso de Jesús Barrientos del Pozo duró cuarenta minutos. Fue leído con engolamiento y estudiados cambios de entonación. Venía a glosar la libertad política como condición esencial para la Justicia. Con voz varonil y bien timbrada desgranó conceptos archirrepetidos en cualquier campaña electoral europea: los devotos de la Libertad son los únicos políticos capaces de realizar, por sí mismos, grandes cosas. El voto libre convierte a los súbditos en ciudadanos; el filtro de las urnas imprime sentido de la responsabilidad a cuantos ejercen el “sagrado arte de la política”. La libre opinión es el juez supremo de todos los actos humanos; un pueblo que vota regularmente es un pueblo más próspero y más feliz; la amplia participación ciudadana es la mejor forma de ejercer justicia; no es concebible el desarrollo de la Economía sin libertad de iniciativa en todas las ramas de la actividad humana; del juego de las mutuas conveniencias nace el carácter propio de las sociedades modernas, para quienes el papel del Estado se reduce al de mero administrador de servicios; la marcha de los Países más desarrollados está ahí como una radiante invitación: “emulando palpables éxitos, podemos reco-

rrer irreversibles caminos de racionalismo, libertad y prosperidad. Hagamos democracia, hagamos nación a semejanza de Europa”.

Terminaba Jesús Barrientos del Pozo con lo que quería sonase a frase redonda capaz de arrancar fuertes aplausos.

La verdad es que el aplauso resultó, más bien, raquítico pese al entusiasmo de Martina. También aplaudieron Manolo y María mientras que el profesor hizo un plas-plas que más parecía un toque de atención.

—Usted, señor candidato a padre de la patria, preguntó el profesor a quemarropa ¿se tiene por hombre justo?

—Por supuesto que no —respondió Barrientos refugiándose en la comprensión de su esposa, quien apuntó—: mi marido es bastante más justo que la mayoría.

El profesor Julián de Miguel ignoró la intervención de Martina y, en el mismo tono, preguntó de nuevo:

—¿Piensa usted, señor conferenciante, que es justa la mitad más uno de los ciudadanos?

—No creo que sean tantos los hombres justos.

—Si es así ¿por virtud de qué extraña combinación piensa usted que imperará la justicia?

—En las sociedades democráticas el libre juego de las diversas aspiraciones y responsabilidades facilita el que, progresivamente, desaparezcan las trabas a un mejor entendimiento entre los ciudadanos.

—¿Ocurre siempre así?

—No siempre, ésa es la verdad. Mejor, yo diría que raras veces.

—Aún así ¿cree usted que España será la excepción?

—Ojalá... Lo que si creo es que la justicia es más amiga de la democracia que de la dictadura.

—No entremos en esa discusión que, actualmente, no tiene sentido: muy pocos españoles sueñan a hora con la vuelta a cualquier forma de dictadura. Centrémonos, sino le importa, en el problema de la falta de justicia. Ante ello, permítame una pregunta, cuya respuesta desearía muy concreta ¿qué tipo de justicia desearía usted para España?

—La justicia con mayúscula, por supuesto.

—Esa justicia con mayúscula significa que a cada uno ha de dársele lo que le pertenece o que cada uno debe recibir lo más pertinente para el desarrollo de su personalidad?

—Ambas cosas, diría yo.

—Darle a cada uno lo que le pertenece... ¿cómo lo resolvería usted?

—Con el libre juego de las libertades políticas, respondió Barrientos sin dudar.

—Su respuesta no es muy original pero, a decir verdad, a mí no se me ocurre otra ¿a ustedes? —Como nadie respondiera, el profesor continuó—: Discurramos ahora sobre eso de que justicia es proporcionar lo más pertinente para el desarrollo de la personalidad de cada uno: ¿qué cree usted que es lo más pertinente para el desarrollo de la personalidad humana?

—Líbreme Dios de dogmatismos sobre la materia.

—Alimentar y mantener algunas convicciones serias no es incurrir en dogmatismos gratuitos...

—Todos obramos de acuerdo con alguna seria convicción —apuntó Barrientos sin demasiado calor.

—¿Podemos saber cuáles son sus convicciones? ¿Tienen sus convicciones alguna directa relación con su repentina vocación política?

—Creo en el ser humano y en la libertad; me siento muy capaz de ocupar una parcela de responsabilidad pública para, desde ella, favorecer la modernidad y el progreso.

—Repárese usted en que eso de la modernidad y del progreso viene a ser algo así como un par de envases vacíos ¿acertaría usted con el contenido? ¿Qué propone usted para llenar las preciosas botellas de la modernidad y del progreso?

Barrientos miró a Manuel García Velasco que no manifestaba interés alguno por venir en su ayuda; luego miró a Martina, su esposa, quien le respondió con una mueca que bien podía traducirse por “suéltale una de las tuyas que ya verás lo alelados que se quedan”.

—La propia Democracia, por sí misma, llena de contenido los propósitos de modernidad y de progreso, respondió Barrientos con el énfasis de quien acierta con la justa perogrullada.

Con enervante parsimonia y tono muy suave el profesor apostilló:

—Hasta ahora yo creía que la Democracia, pese a su insustituible valor, no representa más que el caldo de cultivo de polivalentes responsabilidades sea para servir o sea para dominar.

—En los países más avanzados, profesor, la democracia es bastante más que eso: es como el aire que respirar electores y elegidos.

—No está mal la definición, pero seguimos en lo del caldo de cultivo o en lo de la botella sin contenido. Dígame, pues ¿cree usted que un simple deseo puede convertirse en fuente de modernidad y de progreso sin otra condición que la de respirar el aire de la democracia?

—Por supuesto que sí.

—¿También el oportunismo y las intenciones de avasallar?

—Yo creo que el oportunismo y las intenciones de avasallar poco pueden hacer contra la voluntad general.

—¿De verdad lo cree usted así?

—He visto que tal ocurre en los países más civilizados.

—Habla usted como si España fuera una nación perdida en la Historia. Por otra parte, sino he comprendido mal, supone usted que la democracia, por sí sola, es fuente de modernidad y de progreso; que, en democracia, no cabe la mínima oportunidad para la ciega aventura o las intenciones de avasallar... Si ello fuera siempre así ¿qué me dice usted del éxito de Hitler, de la jaula de grillos que fue la Cuarta República Francesa o de las decepciones sufridas por tantos países que, democráticamente, hilvanan plutocracia con dictadura y viceversa? Permítame volver al cabo de la cuestión: esperamos de usted que llene de contenido los conceptos generales, nos gustaría ir al terreno de los puntos programáticos concretos.

—Ya lo he dicho: obrar desde la libertad y desde la justicia.

—Muy bien, muy bien —respondió el profesor Julián de Miguel como si estuviera en una de sus lecciones—. Aclárenos ahora ¿son cosas distintas la libertad y la justicia? Y, si son distintas ¿es la libertad la madre de la justicia o, por el contrario, es ésta la madre de aquella?

—Mitad y mitad —respondió Barrientos por decir algo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir lo que he dicho —Barrientos estaba perdiendo la paciencia.

—Comprendo su desazón; pero a mí no me bastan esas sus respuestas tan generales ¿me permite ahora otra pregunta?

—¿Cómo no, profesor?

—¿Ve usted a la Democracia como un campo en el que ejercer un compromiso bien definido hacia el Bien común, todo ello desde la óptica del Derecho Natural o, para ser más precisos, siguiendo el ejemplo de los fieles cristianos?

—Tenga usted en cuenta, profesor, que ya son mayoría los que creen que esa definición suya pertenece a otra época. Si fuera realizable lo que usted sugiere, dos mil años habrían sido suficientes para hacernos libres a todos los pobladores del Planeta.

—No dos mil años: un solo instante fue suficiente para arrancar un compromiso por la libertad de todos a hombres como Pablo de Tarso. Desde su propia vivencia de una libertad con raíces en la realidad, Pablo se aplicó a cultivar la generosidad en el sentido tan magistralmente expresado en su segunda carta a los corintios. Según ese ejemplo, sucede que la Libertad, para lograr una consistencia realmente duradera y adaptable a las exigencias de la realización personal de cada uno de nosotros, requiere un compromiso con el bien del otro, algo así como una inequívoca aspiración a la justicia universal ¿No sucederá, pues, que la libertad es hija de la justicia, tanto más fuerte cuanto más cuenta con incondicionales servidores? Ya reconoció usted, al principio, que los hombres justos ni siquiera llegan a la mitad de la población.

—Por eso no pretenderá usted que, para ejercer de político, sea preciso ser santo.

—Ni mucho menos; pero sí que le digo que, desde este Centro, ayudaremos solamente a los políticos que tengan las ideas claras sobre la más realista forma de legislar y de velar por el Bien Común. En Democracia el respeto a la Ley es el primer deber ciudadano; por eso es tan importante la formulación de la Ley, que, en todo tiempo y lugar, debe estar inspirada por los requerimientos de la progresiva armonía entre los ciudadanos. En la práctica, esa ley, muy probablemente, no resulte más que un pálido reflejo de la justicia; pero, aún así y dentro de los límites que marca la Moral Natural, es el imprescindible soporte de las libertades públicas. Por ello la democratización no puede implicar un debilitamiento de las leyes sino todo lo contrario: frente al imperio de un hombre, de una clase, de una raza, de un aparato o de una idea... ha de situarse el imperio de la ley que, ojalá, repito, sea el más fiel reflejo de la justicia. Permítame ahora dejar claro que, para concederle la ayuda propagandística y económica que usted solicita, necesitamos que, huyendo de vaguedades y cuestiones generales, nos muestre los concretos puntos de apoyo de su programa de acción política.

Resultó evidente que Barrientos traía un buen arsenal de “grandes principios democráticos”; pero no un programa aplicable a las situaciones concretas y, tampoco, nada que se pareciera a un compromiso inspirado en las exigencias del Bien Común. Por eso respondió con otra de sus circunstanciales frases:

—Como liberal que soy —hablaba como en pronunciamiento solemne— reafirmo que trabajaré cuanto me sea posible para que en España haya más libertad

—Ya, ya... —El profesor Julián de Miguel estaba a punto de perder la paciencia—. Nos impresiona esa profesión de fe; pero, por favor, presente soluciones: es

fesión de fe; pero, por favor, presente soluciones: es lo que todos estamos esperando.

Hacía tiempo que Barrientos no se sentía tan azorado ¿cómo es posible que duden de su capacidad de gestión estos recalcitrantes teóricos? En política, al contrario de lo que sucede en el mundo empresarial, no es tan precisa la pormenorizada consideración sobre exigencias del Mercado, recursos financieros, costos proporcionales, acoso de la competencia, confianza de los accionistas, etc., etc. Lo que priva en política, lo sabe todo el mundo, es el hablar, hablar y hablar sobre grandes principios para, llegada la hora de la verdad, aplicar el oportuno parche que, en la mayoría de los casos, se ajusta a medidas estándar. Duro de roer está resultando el cascarrabias del Profesor: un poco de correa no le vendrá mal, se dijo para sus adentros el pretendiente a figura política.

—Como hombre de empresa —volvía Barrientos al tono solemne— sé que la agilidad mental y la decisión no se pueden aplicar al tun-tun; han de ceñirse a lo que se llama filosofía de la oportuna eficacia, algo que nunca intenté definir, pero sí respeté siempre. Otro tanto haría yo en política mientras que ilustres pensadores como ustedes se aplican a la pertinente formulación teórica de programas y líneas de conducta.

El profesor Julián de Miguel buscó la mirada de Barrientos cruzada con la sonriente de Martina, la devota esposa. Esperó el profesor a que se desvaneciese lo que imaginó una carantoña mental: los ojillos que ahora escrutaban al candidato eran como dos linternas locas que, enfocadas a los ojos del otro, pretendieran alumbrar la obscura entrada de un laberinto.

—Amigo mío —dijo con aire doctoral— el norte de un estándar hombre de empresa tiene, a lo sumo, dos polos de atracción: superar los objetivos de rentabilidad y despertar la envidia por su forma de vivir. Para un político las ambiciones son más difusas y variadas, aunque todas ellas puedan encerrarse en los sacos de la vocación de servicio o de la ambición de poder. La ambición de poder, en múltiples ocasiones (no siempre, por suerte) es capaz de erotizar hasta niveles insospechados. Un hombre erotizado es juguete de sus instintos: no pide consejos, busca facilidades. Por eso creemos tan importante conocer el norte que ilumina los instintos del aspirante a figura política.. ¿Querrá usted, por fin, decirnos cuales son sus herramientas para hacer política y hacia qué norte apunta la brújula de su personal ambición?

—Social-demócrata, eso es mi marido, social-demócrata. —Era Martina la que intervenía con calor.

—Señora, no le he preguntado a su marido por la filiación partidista que, para nosotros, es como el color de una corbata. Queremos saber lo que, desde su exclusiva capacidad personal, ofrece para merecerse nuestro apoyo y la financiación que, gustosamente, ofrece don Manuel García Velasco.

—¿Les parece poco?

—Calla, mujer... Profesor, señoras, señores. No puedo decirles más que lo ya dicho: soy una persona normal, que tiene ambiciones normales y que quiere hacer política con la seriedad y eficacia con que hace empresa. Por demás, no estoy tan seguro de que lo que ustedes representan sea lo que más me tienta: bien mirado creo que, por ahora, no me interesa el apoyo intelectual de ustedes ni, siquiera, el dinero de usted, señor García.

Cambiaré de criterio cuando hayan mirado hacia Europa, hacia Suecia, por ejemplo, en donde precisamente gobiernan los social-demócratas desde hace un porrón de años, y hayan descubierto los caminos de la modernidad. Siento que no nos hayamos puesto de acuerdo. Con ello perdemos todos el primer tren, que habría de ser el que más lejos llegara, sobre todo si cuenta con un buen conductor, el adecuado plan de ruta y dinero suficiente. Adiós, señores, adiós.

—Vámonos, Martina.

Arrancóla de su asiento y se marcharon precipitadamente.

—Barataria tendrá que esperar —bromeó un ex ministro—. Acabamos de perder un posible gobernador.

—¿Lo crees así? —preguntó Manuel García Velasco.

—No, pero me ha parecido gracioso decirlo.

Todos rieron la ocurrencia.

—¿Dónde encontraremos al hombre? —planteó el general Fernández Peña.

—Ésa es la cuestión ¿dónde encontrarán ustedes al hombre? —coreó Celedonio, sentado a la izquierda de Manuel García Velasco. Algunos vieron en la frase una alusión al de su derecha, que pareció no darse cuenta y precisó:

—Siguen sobre el tapete mil millones de pesetas con los que me gustaría contribuir al mejor futuro de España.

—Ya tenemos lo principal.

—No exageres, general... hemos quedado en que el dinero irá detrás del hombre y de la confianza que nos merezca. Si uno que yo me sé quisiera...

Manolo no se dio por aludido; María no lo quiso oír: jugaba ahora con la mano derecha de Manolo y, muy quedamente, le dice al oído: —¿Cuándo nos casamos?

Manolo soltó una sonora carcajada que turbó a su novia. Y aún más colorada se puso cuando le oyó decir o, más bien, gritar.

—Señores, sacad a relucir la lámpara de Diógenes, trabajad en firme, pero no me pidáis que pierda más tiempo: nos casamos la semana que viene.

XVIII. ¡SÍ, QUIERO!

1

Una azafata conducía al Abuelo. Ellos, María y Manolo, iban detrás cogidos de la mano. En el estrechamiento de la puerta de entrada al avión, una jovial y anciana señora juntó las cabezas de la pareja en atrevida y espontánea muestra de felicitación.

No aciertan a disimular que se han casado hoy, sábado, hace tan solo hora y media, a las nueve de la mañana. Fue en las adoratrices de Ferraz, en ceremonia recoleta y sencilla: nada de alfombras hasta la puerta ni, tampoco complicados juegos de flores y de luces; tan solo suave música de circunstancias. No más de veinte asistentes incluidos los novios y el oficiante, un curita joven que les hablo del matrimonio como de una pequeña y sublime comunidad capaz de situar toda la fuerza creadora de Dios en las cosas de cada día: ámala como Cristo amó y ama a su Iglesia; sed felices sin demasiado ruido pero pariendo alegrías para todos los demás.

Ella, rabiosamente femenina, había ido envuelta en tules y sedas, todo en blanco luminoso y perfumado; él en traje de calle con camisa blanca y corbata gris.

—¡Sí, quiero! —había respondido Manolo a las palabras del ritual

—Sí, quiero! —coreó ella a la nueva pregunta del cura. A esta novia virgen es fácil imaginarla sobrecogida por un turbador ensueño al estilo de “cuando me haga suya del todo ¿seré capaz de no morirme?”; y se verá encogida y acurrucada, como hecha un ovillo y sumergida en un extraño revoltijo de aguas y zarzas, aguas y zarzas que crecen, crecen alrededor de toda ella, entonces carne enamorada.

Por el pensamiento de él, tan distinto desde lo del accidente, caída del caballo o “apearse del burro” que decía el abuelo ¿qué puede pasar ahora? ¿Sentirá todavía con más fuerza la presencia del Caballero que aplicó todo lo suyo a perseguir sueños de libertad? Con este amor, simple y grande ¿qué no será capaz de hacer? Ya no será un solitario batallador: con una herramienta tan poderosa como el dinero y con una compañía como la de su enamorada... vengan dificultades contra lo racional o, lo que es igual, contra la necesaria humanización del entorno. Alto a todo lo que entorpece el progreso, empezando por la demagogia tan arraigada en los pueblos hermanados por lo español. El amor de Manuel García Velasco es grande y grande también es su compromiso por agigantar las cosas ya grandes: el encuentro con la Realidad y un afán de recomponer la racionalidad en el trabajo y la solidaridad.

2

El avión, que les lleva a Iberindia, ya se ha hecho parte del cielo.

—Pueden desabrocharse los cinturones y fumar, si lo desean.

Nuevo beso corto y dulce, que hizo sonreír de felicidad a la anciana norteamericana sentada en el asiento posterior.

3

La tierra menguaba, menguaba hasta ser devorada por el mar, ya infinito y azul con grandes manchas verdiblancas.

—Pobre Barrientos —dice ahora Manolo—. No acierta a encontrar su camino: si intentara dominar su orgullo, ser más generoso, olvidarse de la demagogia en uso... lograría nuestra total confianza y ¿quién sabe? España habría ganado u buen parlamentario o algo más. Que siga buscando el Profesor: tiene todo nuestro dinero para apoyar su buen juicio ¿qué piensas tú?

—Lo único que quiero es que me dejes estar contigo en todo eso.

4

Se miran y se saben distintos. Quieren distraer los pequeños y persistentes ramalazos de miedo, se afanan por disimular los leves escalofríos que tensan sus manos entrelazadas.

El Abuelo, al otro lado del pequeño pasillo, había desplegado la mesita atril y escribía a tientas sobre su libreta; sus apagados ojos se movían como persiguiendo luces, luces que no eran ni más ni menos que recuerdos que, en ocasiones, se inmovilizaban como sumergidos en un vacío capaz de absorber todo menos el ruido. Sucedió esto por muy breves instantes para luego, entre línea y línea, esbozar una sonrisa.

5

—¿Cómo es Iberindia? —pregunta ahora Manolo.

—Pequeña y escondida en la selva —responde María—. Feliz hasta que puso precio a las cosas. Es así como la describe el Abuelo, al que se le llena la boca cuando la recuerda como hija de España y del Sol. Lástima del trance actual, de mis recuerdos de embajadora, de las debilidades del Protector y de los caprichos de Brunildona. Ahora es otoño en Iberindia. Pasaremos allí también el invierno ¿verdad? Me gusta el invierno de mi tierra: es como un abril de noventa y tantos días con sus noches claras y luminosas, pobladas de insectos que brillan por todas partes como si fueran diminutas estrellas en una tierra espejo del cielo. Vivimos en las afueras de Villachica en donde nunca hace frío ni demasiado calor; llueve mucho pero casi siempre por la noche y en breves rachas. Te gustará la casita y el jardín que allí tenemos y te gustará Mamatara casi tan buena, más vieja y tan gruñona como el Abuelo. Crió a mi padre, me ha criado a mí y fue la gran amiga de mamá.

—¿Cómo es Mamatara?

—Es guapa y elegante con sus casi ochenta años. Alta, aunque ligeramente encorvada; la piel sin manchas, arrugada y oscura, sus grandes ojos negros, brillantes y almendrados. Ella no es como el Abuelo y yo, mitad y mitad: ella, de la pura raza de la tierra, es directa descendiente de los Hijos del Sol. Ya te contará cómo antecesor suyo fue el menor de los hermanos de Manco Capac y Mama Ocello, el mismo que no quiso seguirles hasta la Altiplanicie a través del Paso Misterioso. Según Mamatara, Sinqui Ocello, que es como se llamaba ese su presunto abuelísimo, llegó a ser uno de los más respetados legisladores de Chiripanique que, como sabes, es el antiguo nombre de nuestra Iberindia. También Mamatara cuenta que, para no dejarse arrastrar por los afanes imperialistas de sus hermanos, ese tal Chinqui Ocello mandó bloquear el Paso Misterioso imposibilitando así la comunicación con el Tuantinsuyo o Imperio Inca de los Cuatro Puntos Cardinales.

—¿Siempre ha vivido Mamatara con vosotros?

—Sí, y dejó a su primer y único novio cuando el abuelo creció y le vio noble y apuesto, como un príncipe. Creo que siempre ha estado enamorada de él.

—No digas tonterías, muchacha —era el abuelo, desde el otro lado del pequeño pasillo.

María se sonrojó ante la carcajada de Manolo.

—La única verdad —intentó aclarar el abuelo— es que Mamatara nunca me vio como ese apuesto príncipe que dice mi nieta.

—No lo creo —respondió Manolo.

—Pues sí que me dio calabazas y no una ni dos veces, sino muchas más.

—Vamos, anta.

—Pues créetelo, niña. Ella estaba pegada a nuestra tierra mientras que yo vivía como ave de mil nidos; ella veía en mí a un hermano, yo en ella toda una espléndida mujer. Tal vez fue mejor así por que lo nuestro, bonito y frágil, estaba condenado a romperse con solo tocarlo. De eso hace ya muchos años, cuando Hitler era un oscuro cabo y yo perseguía fantasmas e ídolos de aquí para allá.

—Sigo sin creerte, abuelo.

El abuelo murmuró “qué terca, Dios mío, qué terca” y volvió a su libretita. La pareja, con las manos siempre juntas, hizo como su buscara el sueño. Aún habían de seguir más de dos horas en el aire.

—No eres el tonto que yo imaginé —susurró ella, justo al oído de él.

—Pero soy otras cosas que ya irás descubriendo —respondió él en tono malévolamente ambiguo.

6

El Abuelo ya no escribía; parecía estar dormido. María recogió la libretita sin que él opusiera resistencia.

—Déjame ver qué has escrito, abuelo. Duérmete ahora.

*Quiero ver las cosas
a la luz de dentro;
cosas que huyen
y ya perseguir no puedo.
Muchos pasos atrás
sobre las mil huella.
Mes y mes, año tras año,
palabra sobre palabra,*

*papel sobre papel,
luz que era más luz.
fe muy grande y amor maduro,
fe nueva y amor siempre nuevo.
Ellos y yo, también los otros
cara a Dios, testigo y padre.
Corremos los tres,
pronto cuatro, cinco
y más, muchos más,
erguidos, sin un traspiés;
fieles y hacia adelante.
Los tontos se aburren,
ríen sin alegría,
huelen fruta inmadura,
comen sin hambre
y beben sin sed.
Sueñan soso y plano,
destiñen y emborronan
lo verde y lo blanco.
Caen en sus trampas y
la vida les da la espalda.
Pero ellos, mis nietos,
enamorado, han nacido hoy;
van e irán muy juntos,
yo iré tras ellos.
Seré siempre su guía
fiel y sincero.
Les tengo y les veré
a la luz de dentro.*

—Pienso, María, que entre Dios, tú, el Abuelo y yo hemos fabricado una balsa capaz de flotar sobre cosas dentro de las cuales la gente vive sumergida. De ser lo nuestro mundano, rutinario y facilongo, yo debía haber

contratado a toda una corte de satélites con la obligación de darme jabón a cada paso. Envueltos en una nube de cursilísima popularidad, con todo el ruido del mundo y mucha tinta, podíamos haber celebrado la boda del año, del lustro o del siglo y, ya ves, la hemos hecho en una maravillosa clandestinidad. Podíamos haber despilfarrado una montaña de dinero en mostrar al mundo lo ricos y felices que somos, haber provocado mucha bombolla, muchos mirones, muchos vivas y muchas, infinitas, recepciones: para los cronistas de lo aparente son cosas que vendrían por sí solas tras el flechazo y boda de un petimetre con la bellísima embajadora... ¿no crees que nos hemos perdido algo fantástico?

—A pies juntillas, te lo juro —contestó ella con aire descaradamente aburrido.

—Pues, señora de tu marido, me veo en la obligación de decirte que nunca, nunca, lamentaré el haberme perdido un rollo de ese estilo ¿no lo ves tan ridículo como un burro cargado de oro en medio de un campamento de hambrientos y desarrapados mineros? Nena, hemos de hacer todo lo posible por disimular eso de administrar tanto dinero que siempre, siempre, debe ir destinado a crear riqueza y a resolver problemas y necesidades de los demás.

—Yo te ayudaré en eso de ponerle ruedas al dinero, ya lo verás.

—Qué remedio, porque a mí me pesa demasiado. El profesor Julián de Miguel dice que eso se debe a que estoy inmunizado contra la terrible enfermedad del “auri sacra fames” o sagrada hambre del oro. ¿Cómo decir por ahí que el hecho de ser rico es como llevar una herramienta al hombro? Nos liberamos de su peso solamente cuando la utilizamos abriendo éste o aquel otro

surco sin herir ni escandalizar a nadie ¿querrás ayudarme a manejar esa herramienta?

—A mí ahora lo único que me vuelve loca es estar contigo. Luego que te canses de hacerme carantoñas, cuando la luna de miel ya te resulte aburrida, algo más podrás hacer mi pueblo: es más pobre y menos libre que España ¿lo harás?

—Si me lo pides así.

7

El avión perseguía ahora nubes de mil colores, del pardo al blanco pasando por el rojo. En los claros, ya no se veía el mar, que parecía haber sido tragado por la selva partida por un río inmenso.

Como casi todos los pasajeros, el Abuelo, María y Manolo dormitaban hasta el despertar que les trajo la voz del capitán.

—Señores pasajeros, tomaremos tierra en quince minutos.

Surgiendo del verde, con su inmenso Ombligo Azul, la tierra de Iberindia era como un pacífico monstruo que se desperezaba a la caricia del aire y del sol.

XIX. COCA Y REVOLUCIÓN

De profesión sus líos con la justicia, el comandante Serafín o José Machaquito Triguero cuenta con una larga, larguísima, experiencia sobre las cárceles de todo el Subcontinente, desde Citachambo a la Tierra del Fuego. Precisamente, fue en la cárcel de Citachambo en donde empezó su estrecha relación con el famoso Tovarich Sergio.

¿Que quién es Tovarich Sergio? Tiene pinta de tísico y se autotitula alto comisario de la nueva revolución. Dice ser descendiente del último conde de Herzenstein y haber mamado la leche revolucionaria a los propios pechos de una hija natural de Troski. Cuando se le obliga a jugar a las altas confianzas, asegura haber ejercido de agente doble entre la CIA y la KGB y, por lo mismo, haberse merecido una cordialísima felicitación del propio Bresnef.

Todo ello es mentira: Tovarich Sergio se llama, realmente, Pedro Puig Martínez. Nacido en Manresa de una maestra y un ferroviario, estudió diez años en el seminario de León, fue ordenado sacerdote en el año mil

mil novecientos cincuenta y seis y ha ejercido tres años de coadjutor en la parroquia de Santa Casilda en San Martín de Camposanto para, desde allí, ser incorporado a una misión quechua de la que desapareció con la exigua caja (doscientos dólares en total) un tres de mayo de mil novecientos sesenta. Tovarich Sergio es, pues, un cura renegado cuyos conocimientos del ruso no van más allá del dosvidania y del spasiva aprendidos en las primeras lecciones del Assimil. También, por supuesto, conoce el significado del pomposo tovarich que coloca delante de Sergio, su nombre de guerra.

Sensual y orgulloso, al cumplir los treinta años, rindió todas sus defensas a una indigestión de modernidad aliñada con todos los colores del sexo y de la vida fácil. Para escamotear la ruptura de todos sus sagrados compromisos, el cura Pedro se hizo proteger por el capo Harry, quien le comisionó para introducir en USA un substancioso alijo de cocaína; el éxito de la operación fue el salvoconducto para una estrecha colaboración con el cártel más poderoso y sanguinario de la cuenca del Amazonas el cual, gustosamente aceptó el color político que el cura Pedro pretendía dar a sus actividades fuera de la Ley y de su fe.

Ya convertido en Tovarich Sergio, Pedro Puig Martínez, delegado principal de su cártel en todo el Cono Sur, pudo aplicarse a difundir su nuevo evangelio: toda su verborrea sobre justicia social y revolución resultó la circunstancial tapadera de bien estudiados planes de expansión de la red, que habría de incluir campos de cultivo, laboratorios clandestinos, sofisticada burocracia, peones de brega, medios de transporte, respetables distribuidores, etc.

A tenor de sus nuevos compromiso, tarea principal de Tovarich Sergio era la de reclutar rebeldes allá en donde la materia prima resultara más propicia. Sus fuentes de información preferidas eran los lupanares y las organizaciones carcelarias.

Según la personal apreciación de tovarich Sergio, el currículo de José Machaquito Triguero, encarcelado como convicto tratante de blancas, encajaba con las exigencias de un revolucionario.

Todo resultó como estaba previsto. Tovarich Sergio se hizo arrestar por emitir un cheque sin fondos (diría luego que se había equivocado de cuenta) y compartió celda con José Machaquito Triguero en la cárcel de Cítachambo. —Lo mejor de ti es lo claras que tienes las ideas políticas —le había dicho a raíz de la primera conversación— tendrás el dinero que necesites y te llamarás comandante Serafín. Desde ahora, estás obligado a obedecer mis órdenes, sean cuales fueren.

—Tu primer destino —díjole al día siguiente el cura Pedro o Tovarich Sergio— será Iberindia en donde, como sabes, domina la Gran Brunilda a través del pelele de su marido el General Maltado. Allí, cerca de Villachica, tendrás tu base de operaciones, un bonito campamento en medio del pantano. Puesto que la entrada a Iberindia es un poco complicada lo harás como empresario de un ballet que se llamará las “Hijas del Sol”; será tu responsabilidad el reclutar mujeres, adiestrarlas y dar aspecto legal a la operación.

Para sorpresa de José Machaquito Triguero, ya comandante Serafín, a los tres días, llególe una orden de excarcelación. El propio funcionario de prisiones que le despidió entrególe, en un sobre, cincuenta mil dólares.

Antes de abandonar la ciudad de Citachambo, el flamante comandante Serafín ajustó las cuentas a Orteguilla, el soplón y visitó el lupanar de Carmen la Roja.

—¿Cuántas mujeres tienes? —preguntó a la vieja alcahueta.

—Quince ¿las quieres todas?

—No digas bobadas, vieja. Me he convertido; ya no me dedico a eso. Seleccióname ocho que sepan algo de samba y véndemelas para sacarlas de aquí y hacer de ellas ciudadanas de provecho.

—Me lo pones muy difícil: son mis invitadas y yo no puedo hacerlas esa faena.

—¿Cuánto?

—Te he dicho que...

—Cien dólares la pieza.

—Trescientos.

—Mil quinientos dólares y que sean diez las chicas. Fuera de cuenta, toma mil dólares más para que pagues a un abogado, que arregle los papeles de adopción para todas ellas: serán mis hijas adoptivas.

—¿Hijas adoptivas?

—Sí, vieja sabandija, un buen abogado sabrá hacerlo.

Arreglado todo, el comandante Serafín reunió a las diez en el salón del lupanar y las prometió la libertad y el buen vivir de las artistas: formareis el ballet las “Hijas del Sol” y vuestro número fuerte será una danza ritual al sol poniente: tres pasos por aquí, dos pasos para allá, una vuelta en redondo, tres saltitos y una genuflexión al son de tambores, dulzainas, rumor de ríos y cascadas, vientos que silban, fieras que rugen, trinos de pájaros que buscan pareja... que grabaremos en un disco y vosotras, hale, a cimbrear las carnes y a cobrar buenos dólares sin otra obligación.

No llegaron a actuar en público. Ya en Iberindia, el comandante Serafín abrió a cada una de ellas una cuenta de mil dólares y les informó de cómo había decidido integrarlas en la avanzadilla de la revolución. El prometido lugar de descanso resultó ser el campamento guerrillero en medio del pantano. A poco de instalarse, llegaron hasta veinte activistas de diversas nacionalidades: todo confraternizaron con las chicas.

—Carmen la Roja —habíales dicho el comandante Serafín— queda infinitamente atrás. Todas vosotras sois ahora personas, algo así como las Teresa Cobarrús de la revolución andina; yo espero que, in secula seculorum os sintáis ligadas a la revolución y a mí, vuestro padre legal. Fijaos en esos chicos; todos ellos vienen desde muy lejos a jugarse la vida. A vosotras no os pido tanto: me basta con les alegréis un poco sus días; las noches no, que son para dormir y el campamento es un lugar de entrenamiento no la casa de Carmen la Roja.

Días más tarde, el comandante Serafín encargó a las chicas otro cometido: poco a poco y lo más discretamente posible; debían contactar con tal o cual campesino a quién él se encargaría de interesar en el cultivo de la coca; lo de ellas sería muy fácil: se dejarían caer por haciendas y poblados y seguro que encontrarían la forma de atraer a jóvenes y viejos.

XX. CAMPESINOS Y GUERRILLERAS

1

Alfonso y Benita habían tenido algo que ver con la aparatosa irrupción de los guerrilleros en la hacienda de los Huacacoya. Dos años atrás, por culpa de las duras leyes fiscales, habían perdido cuarenta gallinas, una casita de dos plantas y un yeguada de terreno. Mamatara les dio trabajo y cedió en alquiler una parte de la finca; hasta cuatrocientos doblones habían sacado de beneficio el último año; a ese paso, en cuatro años más, podían contar con el primer pago de una nueva casa con sus dos yegudas de terreno.

Eso parecióles mucho esperar a Benita y Alfonso. Y hablaron mal de Mamatara a otros campesinos; también comentaron con ellos la boda de María con un español que muy pronto, dijeron, vendría a hacerse cargo de la hacienda: sería uno de esos aventureros empeñados en hacer dinero a costa de lo que sea.

Un primo de Benita, de nombre Astolfo, trabajaba poco en los maizales. Iba de aquí para allá sin dar expli-

caciones a nadie. Decían de él que era uno de los muñecos de Melisa, la viuda del Zopote; claro que nadie les vio nunca juntos.

Pero Astolfo no tenía nada que ver con la Melisa. Sus idas y venidas tenían siempre como objeto el campamento del comandante Serafín, batería de veinte casa de ladrillo alzadas en medio de un calvero protegido por el pantano. Luzdivina, una de las diez hijas adoptivas del comandante Serafín, era la principal razón de las visitas de Astolfo al campamento guerrillero.

De ojos color de miel, pelo negro, labios gordezuelos y mejillas como de melocotón maduro, Luzdivina era picarueta y huidiza. Astolfo bebía los vientos por ella, que jugaba con cuatro o cinco mozos más.

El comandante Serafín se divertía lo suyo con las travesuras de ésta y de las otras nueve, una de las cuales, Marcela, no cumpliría ya cuarenta años. Todas ellas, dentro del campamento, llevaban lo que el comandante Serafín llamaba uniforme de cama: una falda roja muy cortita y una blusa negra remangada por encima del ombligo; aire de servicios especiales dábales un corraje al que llevaban prendidos unos prismáticos, “herramienta de trabajo de un lindo miembro del servicio de información”, que decía el Manual.

Merced a una de las más activas, la citada Luzdivina, y a su conquista del incauto Astolfo, el comandante Serafín pudo rellenar la ficha 247 con la siguiente inscripción: “Próxima venida de un súbdito español a la hacienda de la tercera encrucijada”; en la ficha anterior, la 246, estaba escrito: “guardia nacional en plaza de la Lealtad a cargo de pardillo extranjero”.

Astolfo nunca supo de las segundas intenciones de Luzdivina. Había tomado muy en serio su primer beso y sus sonrisas de agradecimiento, tanto que vio en ella a la mujer de su vida, entróle la preocupación por ofrecerle de inmediato un seguro porvenir y vino a pedir trabajo a la hacienda de los Huacacoya, la de la tercera encrucijada.

—Verá usted —le había dicho a Mamatara— quiero trabajar mucho y su finca es muy grande ¿no habría un rinconcito para mi china y para mí, algo como lo que tienen mis primos, Alfonso y Benita?

Mamatara dio su acuerdo sin preguntarle qué iba a cultivar y corrió Astolfo hasta el campamento de los guerrilleros, a por las semillas que le prometiera Luzdivina en nombre del comandante Serafín.

Encontró a Luzdivina haciendo cucamonas a uno de los que él tomaba por soldados, el autotitulado sargento Chacón, que ahora jugaba a medir a Luzdivina el talle con sus manazas.

Pensó Astolfo que su novia estaba siendo agredida y propinó al sargento Chacón un soberbio puñetazo.

Luzdivina dio un grito y aparecieron dos guerrilleros que inmovilizaron al enamorado Astolfo y le llevaron a presencia del comandante Serafín.

—Es mi novia, señor Comandante —se defendió Astolfo— y venía a decirle que ya tengo un trozo de finca, que haré nuestra casa y que nos podremos casar muy pronto.

—¿Qué responde ella? —preguntó el comandante Serafín.

—Yo no me caso con este pelao.

—Ya lo has oído, muchacho. Ella es una mujer libre y, además, hija mía adoptiva: si dice que no es que no. Quiere esto decir que has cometido dos delitos muy graves: primero, has asaltado la vida privada de una ciudadana libre; segundo, has golpeado traicioneramente a uno de mis soldados. Ya no me fío de ti y, en justicia, estoy obligado a dictar sentencia en tu contra. Lamentablemente, aquí no tenemos otro castigo que la muerte.

—Antes, mi comandante —pidió el sargento Chacón— me permitirá usted la revancha con este chupagaitas.

—Te lo concedo, soldado, y en premio al valor que demuestras, te comisiono para el próximo servicio revolucionario.

Astolfo, todavía inmovilizado por los dos guerrilleros, parecía ignorar su sentencia de muerte y siguió gritando: es mi novia, señor comandante, es mi novia y el barbudo un pelele.

Chacón, el tal barbudo, descargó toda su furia en el estómago de Astolfo, atenazado por los dos sicarios hasta que éstos se apercibieron de que apenas era capaz de tenerse en pie. Envalentonado por la falta de resistencia, Chacón quiso llegar al remate de su obra con un bate de béisbol que le proporcionó otro de los guerrilleros. Astolfo esquivó el primer golpe, pero no así el segundo que recibió en plena clavícula. Se rehizo a duras penas y pudo alcanzar la seca rama de un árbol semi-hundido en el pantano. Acosado por Chacón, dio Astolfo unos cuantos pasos hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó en el traicionero fango; hundido hasta la cintura, extendió sus brazos para encontrar un asidero que le permitiera librarse del lodo viscoso, maloliente y negro que le subía, le subía por todo el cuerpo hasta la gar-

ganta. Desde el borde mismo de la ciénaga, Luzdivina le tendía una mano que le resultaba corta, angustiosamente corta. Chacón se sintió generoso y le alargó el bate de béisbol que habría salvado a Astolfo si el comandante Serafín, de un manotazo, no hubiera quebrado su buen gesto a la par que gruñía:

—Déjalo, así la muerte es más natural.

—Juro ante Dios que te quiero, fueron las últimas palabras de Astolfo,

Para Luzdivina la postrer frase de su enamorado fue como el sello de un matrimonio.

El comandante Serafín se alejó lentamente con su corte de guerrilleros y guerrilleras. Luzdivina se quedó atrás, al borde de la ciénaga. Necesitaba llorar y lloró al novio que no fue. Lloró a un enamorado campesino que no sabía mentir y del que ya no quedaba el mínimo rastro en la lisa superficie del pantano.

Atardecía cuando Luzdivina se acercó a ver al comandante Serafín.

—Papá comandante, le dijo, vengo a pedirte licencia para abandonar el campamento.

—Ándala ya, pequeña, no es para tomarlo así. Pégate al Chacón, tómate unas copas con él y verás lo pronto que se te pasa la congoja. Lo decía al tiempo que le propinaba un ruidoso y grosero azote.

—Era un buen chico y lo dejaste morir. Quería casarse conmigo; ya no encontraré a nadie tan bueno como él. Quiero irme de aquí.

—Serénate, muchacha; lo que quieres hacer es impropio de una hija de la Revolución.

—Ni hija de la revolución ni narices; soy una zorra engañada, eso es lo que soy... ¿Me has oído bien, José Machaquito Triguero, me has oído bien?.

—¿Cómo te atreves? Sabes que, para todos y también para ti, soy el comandante Seraffín, lugarteniente principal de Tovarich Sergio al Sur del Ecuador,

—A la porra el cura Perico que tú llamas Tovarich Sergio y a la porra tus fantasías de comandante, padriño de mil putas...

—Chiquita, no te pases que sabes que te tengo ley... Cálmate y luego hablamos.

—Hablemos ahora, papá comandante. Tengo ganas de vivir como las otras chicas de mi edad.

—Las otras chicas de tu edad no se han puesto miles de veces boca arriba en casa de Carmen la Roja.

—Esa es otra historia y tú, mal hombre, lo sabes muy bien.

—Ten cuidado con tus palabras; he dicho que todo ha de seguir igual y todo seguirá igual. Vete a dormir y mañana verás las cosas de distinto color.

3

Luzdivina no fue directamente a su barracón. Sentía ser la viuda de un héroe; para ser digna él reharía su vida.

Miró con temor y odio al pantano, monstruo absurdo y goloso que no entiende de ilusiones juveniles, bestia inmunda que se nutre de carne sana y valiente, viscoso abismo de vidas y conciencias.

Huirá, claro que huirá. Y no puede esperar al amanecer. Sin prisa, como paseando, busca un sendero por el que escapar. Haciéndose la distraída, tropieza con un guerrillero de guardia que no se da por molestado.

—Perdona, no te había visto.

—Ha sido bueno tu tropezón; me gusta verte por aquí.

—Estoy dando vueltas por que no me acuerdo muy bien donde se hundió ese tonto campesino. Se me cayó un brazalete y quería ver si lo encuentro.

—Se hundió por allí, dos metros más allá del tronco. Lástima que no te pueda acompañar.

—Pero sí que me podrás prestar tu linterna.

—Claro que sí.

Ya con la linterna, Luzdivina se acercó hasta el límite del calvero y buscó un poyete que, entre juncos, señalaba la salida del pantano. La hierba pisoteada hasta unos zarzales ofrecía cierta seguridad y por allí se arriesgó; le daba miedo el agua que cubría sus botas de plástico, pero el piso seguía firme. Unos tablones ocultos entre los juncos le sirvieron para salvar unos diez metros de lodo viscoso hasta llegar a un trecho salpicado de gruesas piedras que le permitieron avanzar a saltos hasta la tierra firme en que domina la selva en que los chillidos de monos y pájaros parecieron aplaudir la hazaña de Luzdivina.

XXI. EL SECUESTRO

A pesar de los alegres gritos de saludo de María, Mamatara no salió a recibirles. La encontraron aparatosamente atada a una silla, desde los hombros hasta los tobillos.

—Nano, mira como me tienen.

Nano, el abuelo, no podía ver a su vieja amiga. Pero sí que intentó acercarse a ella hasta tropezar con las culatas de los fusiles.

—Qué pasa aquí —gritó Manolo.

—Noquead a ése —ordenó el que hacía de jefe.

Eran cinco los hombres armados, todos ellos de uniforme verde oliva con manchas grises y pardas. El más joven dio a Manuel García Velasco un fuerte golpe en el parietal sin llegar a aturdirle; acudieron dos más, le maniataron y le pusieron cara a la pared. —Quieto, le dijo uno de ellos apretando el cañón de su fusil contra la parte blanda del costado derecho.

—Tan solo reclutamos gente útil para las armas, explicó el jefe con pedante tranquilidad. No se resista usted y todo irá como la seda.

—¿Quiénes sois?

—Una pregunta tonta, machito; del ELI, por supuesto.

—No tenéis ningún derecho sobre mí: soy súbdito español.

—Nuestro derecho está escrito aquí —y señalaba farrucamente su pistola—. Pero no nos tome por bárbaros, que no me gusta. Tan solo espero de usted una cosita de nada, un mandadito la mar de fácil: coge usted esta pistola, va a la ciudad, mata al primer guardia que encuentre, vuelve en un periquete y encontrará a las señoras y al viejo sin novedad. ¿De acuerdo? De lo contrario, ya se lo puede imaginar.

—No juego a eso, muchachos.

—¿Que no? La palomita sufrirá las consecuencias. —Y, como en adelanto de lo que era capaz de hacer, pasó su brazo por el cuello de María, quien, revolviéndose con furia, le propinó un soberbio mordisco. El jefe iba a responder con un bofetón, pero la aviesa mirada de Manolo le impuso respeto.

—No creo que os atreváis a hacerla nada.

Ninguno de los cinco uniformados parecía ducho en cuestiones de guerrilla o terrorismo. Eran muy jóvenes, entre diecisiete y veinte años, todos barbilampiños a excepción del jefe, que lucía una barba a lo Fidel.

—Español de mierda, haré con ella lo que tú me obligues a hacer,

—Tendrás que matarme.

—Lo haré si te empeñas... —gritaba y sudaba; luego, en un chillido, casi suplicó.

—Hágalo usted, que no hay otra salida.

—Claro que la hay. Hablemos con calma; pero, antes, si tenéis un mínimo de vergüenza, soltad a la señora.

—Soltadla —ordenó el jefe, sentándose, farruco, sobre la mesa.

Libre de los cordeles, Mamatara besó al abuelo, luego a María.

—¿Es tu marido, Marita? Qué guapo es.

María, Marita, estaba muy asustada; de sus ojos, desorbitados, caían gruesos lagrimones.

—¿Porqué hacéis esto, muchachos? —preguntó el abuelo.

—Porque es nuestra obligación de patriotas y de socialistas —contestó el más joven que parecía, también, el más lanzado. Somos del Ejército Liberal Independiente.

—Exacto —corroboró el jefe—. Y, como patriotas y soldados, tenemos todos los derechos sobre los enemigos del pueblo. Usted, súbdito español o no, tiene la obligación de colaborar como parte activa de la justicia. Mire usted, la cosa va a ser así: mientras va en busca de su policía nosotros nos quedamos aquí, esperando oír por radio la noticia de la ejecución que le encomendamos y nada le habrá pasado a su guapa señora.

—No lo haré y Dios te libre de tocarle un pelo a mi mujer. No te atreverás.

—¿Que no? Anda, Churrete, demuéstrole a éste que la cosa va pero que muy en serio.

—¿Por qué no se lo demuestras tú? —protestó el Charrete.

—Por que soy el jefe; saltó de la mesa y, más bajito que el otro —brincó para darle un bofetón que el Charrete esquivó. Nuevo brinco del jefe y certero puñetazo en la barbilla de Charrete. Luego, con los brazos en jarras, arengó a sus satélites—: Soldados, estamos en un acto de guerra y, como sabéis, en la guerra como en el amor está permitido todo. La operación de hoy consiste

en obligar a este hombre a matar un policía; lo tendrá que hacer para evitar que su gente lo pase mal; la primera en sufrir las consecuencias de la indisciplina de este cobarde hombre será la palomita. Empezaremos por demostrarle que la cosa va en serio; vamos a ver: voluntarios para darle un pescozón a la señorita.

Manuel García Velasco, alto y fuerte, dirigió una terrible mirada a cada uno de ellos, que no hicieron movimiento alguno para llevar a efecto el ordenado pescozón.

—Soldados, ¿no os dais cuenta de que está maniatado?

—Maniatado o no, me sobran reaños para llevarme por delante a cualquiera de vosotros antes de morir.

El jefe y Manolo se miraron desafiantes. Un tanto contemporizador, apuntó el jefe: —Reposémonos un poquito, bebamos nuestro mate y seguro que llegaremos a entendernos. Vieja, que le acompañe el Charrete, que eso sí que lo sabrá hacer. Usted, déjeme que le quite las cuerdas; pero ojo con salirse de madre un tantico así que mi dedo es de lo más nervioso.

—Cuando os vi — era mucha la calma de Manolo y terrible la angustia de María— os tomé por vulgares criminales. Me dices que sois soldados y yo os creo; lo que ya me cuesta trabajo es creer en vuestra valentía. No es de valientes obligar a otro a hacer lo que uno no se atreve y, mucho menos, coaccionarle con amenazas tan sucias como ésa. No creo que ésa sea la habitual forma de actuar de un ejército.

—Cuidado, señor, cuidado; que en esta guerra nuestra lo que importa es salir adelante.

—¿Qué es eso de salir adelante?

—Derribar la dictadura, naturalmente; es lo que hizo Fidel.

—¿Fidel en Cuba? ¿Qué quieres que te diga? Terminó con una dictadura para empezar otra; allí, el que era peladito sigue siendo peladito.

—Lo dice usted por que está envenenado por la sucia propaganda capitalista. No trate de liarme o le pesará.

Vino Mamatara en nueve pequeñas calabazas provistas de lo que llaman un bombillo o pajita para succionar el líquido. Una pausa larga y ceremoniosa, casi de ritual, para beber el mate, que a Manolo, extraño en tales circunstancias, le resultó como muy hogareño.

—¿Habéis estudiado mucho? —preguntó Manolo con total naturalidad.

—Yo sí —respondió el jefe barbudo— esos cuatro son analfabetos. Antes la cosa era muy distinta.

—¿Qué pasa ahora?

—El General y la Brunildona tienen secuestrada la libertad —respondió Chacón, el jefe barbudo, con frase aprendida en el Manual del Guerrillero.

—¿Cómo pensáis terminar con eso?

—El taratatata es el mejor remedio —respondió con un expresivo movimiento de la metralleta—. Pero aplíquese a lo suyo, señor.

—¿Cuál es lo mío?

—Matar a un policía o ¿es que lo ha olvidado?

—Os he dicho que no lo haré. —A Chacón le castañearon los dientes a la par que enfilaba el arma hacia María. Manuel García Velasco, sin perder la calma, prosiguió: Tendrás mujer, creo yo.

—Todas las que quiero.

El Abuelo murmuró entre dientes: —Imbécil.

Mamatara apretó el brazo de su viejo amigo, María gimió como un pajarillo acorralado, los cuatro satélites rieron el farol estrepitosamente.

—¿Tienes hermanas?

—Sí que tengo dos que viven con mi viejecita en Campoancho. Que nadie le toque un pelo a ninguna de ellas.

—Eso es lo que haré yo por mi mujer.

—Calma, señor, calma, que lo suyo es un acto de servicio al pueblo. Apréstese pues.

—No podréis obligarme.

—¿Por qué no? —Y, de repente, le dio a Manolo un culatazo que le dejó fuera de juego.

—Canalla —gritó María.

—¿Qué le has hecho, tonto asesino?

Esto de tonto impresionó mucho a Chacón.

—Viejo ciego, debiera usted medir bien sus palabras ¿porqué me llama usted tonto? Cumplo con mi obligación y no soy ningún analfabeto; soy hombre de confianza del comandante Serafín. El sabía que cumpliré bien su encomienda: Chacón, me ha dicho, llévate cuatro valientes a la hacienda de la encrucijada y busca a alguien que nos pueda hacer el servicio de matar a un guardia; pues yo vengo y cumplo.

En ese momento apareció, jadeante, un sexto guerrillero.

—Ya han dado la noticia, dijo. La radio dice que ha muerto un guardia en la plaza de la Lealtad. El que ha muerto es un tal Virgilio Cerezo, guardia de sesenta y cuatro años; le pillaron haciendo algo excusado, justo en el callejón que da a la plaza de la Lealtad y, muy fácil, le dispararon por detrás

—Era esa la encomienda que le iba yo a dar al tipo este.

—Pues te libran de ello, sargento.

—No sé lo que será mejor por que ¿quién va a cobrar el encarguito?

—No te preocupes, lo sacaremos como sea ¿qué hacemos ahora?

—Volver al campamento como si tal cosa; eso es lo que yo haría.

—¿Nos llevamos a éstos o los matamos?

—No seas bestia, muchacho; ya hemos sorbido un mate juntos.

—Eso cambia todo; dejémosle así y tan amigos.

Los seis guerrilleros estrecharon la mano de cada uno de los cuatro, incluido Manolo, que había vuelto en sí. Hasta hubo comprensivas sonrisas por una y otra parte.

A la mañana siguiente, acurrucada en un rincón de la caballeriza, Mamatara descubrió a Luzdivina, que, entre sollozos, recordó a su novio, explicó parte de su historia y pidió ayuda.

—No pases miedo, chiquilla; aquí estás a salvo.

XXII. LA VENGANZA

1

José Machaquito Triguero juró perder el nombre de comandante Serafín si no recuperaba a Luzdivina. Era, aseguró a sus hombres, cuestión de disciplina. Y a ello dedicó todos sus efectivos.

Les dividió en grupos de a tres a cada uno de los cuales asignó una zona que habrían de peinar concienzudamente exigiendo información a cuantos pudieran darla. El formó su propio grupo con Macario y Genaro, dos jóvenes quechuas colombianos y se reservó la zona de la tercera encrucijada.

Los primeros pasos del peinado o rastreo tuvieron el efecto de una operación de guerra: entre interrogatorios, saqueos, refriegas e incendios provocaron, al menos, tres muertos, dos violaciones y no menos de veinte heridos, incluidos cuatro guerrilleros mutilados por los soliviantados campesinos ¡pobre comandante Serafín, que había tomado por corderitos a sus vecinos!

Cuando Manuel García Velasco vio aparecer al comando, hizo que María, Mamatara y el abuelo se retiraran al piso de arriba, Alfonso, Benita y Luzdivina se ocultaran en los maizales mientras que él los esperaría armado tras un sofá, justo enfrente de la puerta por donde, necesariamente, habían de aparecer los guerrilleros.

El orondo comandante Serafín disparó por dos veces al aire y gritó desde el porche.

—Salgan y no habrá problemas. —Hizo ademán de muy poca paciencia con aire farruco y los brazos en jarras; nuevos dos disparos para luego ordenar a sus satélites—: Montad guardia aquí mientras yo voy a ver qué pasa.

Pistola en ristre, entró violentamente en el salón y, cuando más descuidado estaba, se sintió inmovilizado por la fría sensación del metal contra su nuca.

—Tire su arma y quietecito del todo. Ahora, ordene a los de afuera que entren tranquilos y me entreguen toda su artillería.

—Me tiene cogido; venid acá y entregadle los chismes.

Los dos compinches, de apenas dieciocho años, parecían más temerosos de la rabia de su jefe que de la previsible reacción del español, quien, sin dejar de encañonar al comandante Serafín, les conminó: —Eh, tú, el del mechón en la frente: toma esa cuerda y ata muy bien al payaso de tu jefe; no, así no, empieza de nuevo y aprieta bien; eso es, dos vueltas más, un fuerte nudo y, ahora enrolla con él a tu compañero, espalda contra espalda; ahora, pégate a ellos también de espaldas, tira hacia

atrás el cabo de la cuerda, estira los brazos hacia abajo... muy bien. Gracias por tu colaboración, muchacho.

—María, Mama, abuelo... ya podéis bajar ¿veis lo fácil que ha sido todo? ¿Qué hacemos ahora con ellos?

—Avisemos a la Guardia Nacional y que se ocupen de ellos —apuntó el Abuelo.

—No creo que sirva de gran cosa, Nano. Desde los viejos tiempos en los que se les fusilaba sobre la marcha han cambiado mucho las cosas; puede que, ni siquiera, los metan en la cárcel.

—Entonces —intervino Manolo— nos tendremos que tomar la justicia por nuestra mano.

—Podríamos rociarles con gasolina, prenderles fuego y enterrarles en el jardín. Nadie iba a reclamar nada. Era una broma de Mamatara que los terroristas no tomaron como tal.

—No sería mala idea. Claro que también podríamos encerrarles en la bodega y dejarles morir de hambre, era el abuelo que, divertido, seguía la broma que seguía sin parecerles tal a los fracasados guerrilleros.

—En la guerra, los hombres de honor suelen respetar al enemigo desarmado —quiso recordar el comandante Serafín.

—Lo tuyo no es una guerra, tontorrón. Es una sucia manera de hacer la pascua a todo el mundo, empezando por estos pobres chicos. Has caído en mis manos y las vas a pagar todas juntas, sucio terrorista.

—No soy un terrorista; soy un comandante Guerrero y merezco ser tratado como un soldado.

—No nos convences, bobo criminal. Mantén la compostura y escucha nuestra sentencia.

Lamentarán ustedes cualquier violencia.

—Ves, Nano, ¿cómo le gusta provocarnos? A imbéciles como éstos nuestros antepasados sí que sabían ponerlos en ridículo.

—No tienen motivo para ridiculizarnos; somos del pueblo y luchamos por el bien del pueblo.

—Ya salió la hipócrita coartada de todos los terroristas —era el Abuelo realmente indignado—. Ni pueblo, ni ciudadanos, ni narices: sois unos cobardes mercenarios que estáis respondiendo a los atropellos de la dictadura con cerdesco servilismo y acoso a los más débiles e inocentes. Vosotros mismos sois la disculpa que se busca la propia dictadura; tenéis todos sus defectos e incurris en un crimen todavía más despreciable que todos los de ellos: estáis obsesionados por pintar en rojo las esperanzas de la gente. Vosotros, los terroristas, convertís en guiñapos las cortinas con que la Ley cubre las vergüenzas de los criminales de cualquier estilo y dejáis pequeñito al más cerdo de los cerdos. La vida de cualquiera de vosotros es una mentira absoluta. De hecho, lo único que buscáis es el vivir opíparamente a costa de lo que sea sirviéndoos de alcahuetes, demagogos y pobres diablos.

—El más viejo de estos tres, sucio y gordo, es peor que todo eso; si pudieras verle, comprobarías lo que es una cobarde basura. Para gente como ésta, recordarás, nuestros antepasados tenían magníficas soluciones; si a vosotros os parecen fuertes, yo misma las aplicaré.

Al decir eso, a Mamatara brillábanle sus pequeños ojos, aún limpios y vivos; de repente, tomó el pistolón del terrorista jefe y le apuntó a la cabeza como dispuesta a resolver expeditivamente el problema.

—No irá usted a hacerlo, buena mujer —era mucho el miedo del comandante Serafín.

—Yo no he matado a nadie —suplicó uno de los chicos.

—Pienso —sentenció Manuel García Velasco— que el verdaderamente culpable es el imbécil mayor; vedle con su nariz de borracho, su cara de mil vicios y sus manos de damisela ¿no serás marica, por casualidad?

El comandante Serafín se había ensuciado los pantalones de puro miedo. Ya no replicaba a las provocaciones ni a los insultos. Los dos chicos (—¡Qué jóvenes! —había murmurado compasivamente María) habían ya captado la maniobra de ridiculización de su jefe y ya no tenían miedo.

—Marica y retorcido criminal es lo que es este sucio y cobarde payaso. Vamos a dejar libres a los dos chicos que, probablemente, se creen alguna de las patochadas del imbécil éste y obran de buena fe ¿os parece bien?

—Si, por favor, déjales libres —intercedió María.

—Pues, ea, en libertad. —Desató Manolo a los jóvenes que, ya libres, besaron sus manos y corrieron hasta perderse en los maizales.

—Ya sé lo que ahora vamos a hacer contigo, cobarde y marica terrorista, comandante de pacotilla. —Manolo susurró a las mujeres y al abuelo unas palabras que fueron acogidas con extraordinario júbilo por Mamatara. Junto con María desapareció por escalera arriba para volver con pintura negra, una brocha y unas tijeras.

Manolo tiró a un lado el ancho sombrero del terrorista, le desgarró la camisa y la guerrera, recortó sus pantalones hasta dejar asomar lo que debiera estar oculto y, con las mismas tijeras le recortó el bigote que, antes bravo, frondoso y con las puntas retorcidas hacia arriba, se convirtió en una pobre caricatura del ridículo y famoso bigote de Hitler. Para redondear la afrenta, le pintó en la frente y en el pecho la palabra tonto.

El farruco terrorista bramaba; pero maniatado o, más bien, ensalchichado como estaba, poco pudo hacer por evitar tan inhabitual castigo.

—La pintura es sintética y tendrá que despellejarse para quitarla. Un espejo vendría bien ahora.

A por un espejo fue Mamatara y lo puso ante las narices del terrorista, absolutamente fuera de sí por lo rojo y sudoroso.

—Chicas, apuntadle a la cabeza mientras yo le desato.

Ambas empuñaron sendos pistolones y, con firmeza, apuntaron a la cabeza de José Machaquito Triguero, por mal nombre conocido por comandante Serafín. Mamatara, menos vieja y menos arrugada que un rato antes, se permitió una nueva travesura: apretó el gatillo con ligera desviación del punto de mira tal que a punto estuvo de llevarse por delante una oreja del terrorista; cuando sonó el atronador disparo, quería comprobar si está cargada, dijo con absoluta naturalidad.

Desliada la cuerda que le inmovilizaba, el terrorista permaneció unos segundos en la forzada posición de antes como si tuviera insensibilizados los músculos o le hubiera agarrotado el aislamiento.

—Eres libre, le dijo Manolo.

—Maldita sea ésta mi libertad —masculló el humillado terrorista que con toda prisa, corrió hasta desaparecer tras unas rocas

XXIII. EL JUICIO

1

Dos horas han transcurrido desde el incidente terrorista; la calma ha vuelto a la hacienda. María y Manolo, cogidos de la mano, pasean siguiendo la sombra de cedros y palmeras. Como parte del paisaje, aparecieron dos jinetes, dos policías que, sin primas, se acercaron a la pareja.

—Buscamos a un español recién llegado.

—¿Qué se les ofrece?

En respuesta y, como ejecutando una lección mil veces repetida, se apearon de sus caballos: uno de ellos desenfundó su pistola y la apoyó en el pecho de Manolo; el otro le colocó las esposas.

—Queda usted detenido por complicidad con los terroristas.

Hora y media más tarde, Manuel García Velasco se encontraba ante un juez de excepción: sin papeles, ceño fruncido, rígido en su trono, hierático, revestido de túnica negra y birrete rojo... diríase que se esforzaba en representar a la implacable intransigencia. A ambos lados de un sitial de alto respaldo con filigranas doradas, ocupaban sus mesas el secretario y el acusador; detrás del juez dos guardias en posición de firmes. No había lugar para el defensor.

A Manuel García Velasco le habían situado en el centro de la sala; seguía esposado con las manos a la espalda.

—El encausado —leía el secretario con voz muy suave— ha sido visto en estrecho contacto con miembros de la guerrilla; así lo acredita el honorable ciudadano don José Machaquito Triguero.

Por una puerta lateral, con traje azul y corbata, sin bigote y con la frente aún roja por el esfuerzo de eliminar la pintura con aquello de tonto, apareció la oronda figura de José Machaquito Triguero, alias comandante Serafín. A requerimiento del acusador, dijo haber observado una extraña escena cuando, en su automóvil, se acercó a la hacienda de la Tercera Encrucijada con el único propósito de ofrecerles un seguro de vida: había visto al encausado, dijo, compartiendo mate con dos activistas cuya foto había publicado la prensa.

A punto estuvo Manuel García Velasco de soltar una soberbia carcajada. En lugar de ello, exclamó: —¿Cómo tú por aquí, comandante Serafín?

El terrorista se mostró absolutamente asombrado: —¿Qué dice este señor?

—Sin duda que desvaría —apuntó el acusador.

—Estoy plenamente en mis cabales —aseguró Manuel García Velasco— y puedo asegurarle a usted que ese individuo es el único terrorista que conozco.

—Le disculpo, dada su situación... Menos mal que soy bien conocido por su señoría y por todos los otros señores aquí presentes, inclusive por usted, que pudo hacerse un seguro de vida con mi compañía, algo muy positivo para su familia en las actuales circunstancias. Hablaba el terrorista con calmosa amabilidad y evidente cinismo para regocijo del propio juez que no disimuló una complaciente sonrisa.

—¿Qué esperan ustedes de mí? —preguntó Manuel García Velasco en un grito.

—En primer lugar —apuntó la voz atiplada del juez— que sea usted más comedido; en segundo lugar, que escuche usted mi sentencia provisional a la espera del juicio sumarísimo que se instruirá contra usted por connivencia con los enemigos de la nación. ¿Algo que alegar?

—Sí, apelo a su excelencia, el General Protector, que me conoce bien.

—De nuevo tengo que pedirle a usted que trate a este tribunal con el debido respeto: El General Protector y su augusta esposa tienen asuntos de mayor interés que el de abogar por un extranjero asociado a sus enemigos; para eso estamos sus fieles servidores que conocemos muy bien nuestro oficio. Cállese, pues, y, muy probablemente, le llegará algo de mi clemencia. De momento, decreto su prisión incondicional hasta que se celebre el juicio.

Los concurrentes, incluido un público de diez personas, aplaudieron ruidosamente.

XXIV. LA CÁRCEL

La cárcel de Villachica es una vieja fortaleza cuadrangular enmarcada por una muralla de unos cinco metros de altura en cuyas cuatro esquinas se alzan sendos torreones de vigilancia. Entre el edificio y muralla un patio totalmente desprovisto de árboles.

Tres son las plantas del edificio central: la inferior, con fachada de amplios y enrejados ventanales, incluye las dependencias del personal de vigilancia interior, cocinas, comedores, sala de actos y enfermería. Las dos plantas superiores están destinadas al alojamiento de los presos: doscientas celdas en total con sendas puertas metálicas y con sendos ventanucos, todos enrejados.

El compañero de celda de Manuel García Velasco no representa, ni mucho menos, los cuarenta y siete años que dice tener.

—Menos mal —ha dicho a guisa de saludo—. Tres meses son los que llevo solo en la celda: demasiado tiempo para un tipo al que gusta hablar.

—Me llamo Manuel García Velasco; hace muy pocos días que estoy en Iberindia. No soy ladrón, asesino ni terrorista; por la pinta que tienes tú tampoco ¿verdad?

—Soy profesor de Humanidades y me llamo Porfirio Cienfuegos. Estoy aquí por los gravísimos delitos de asociación ilegal, propaganda subversiva y desacato a la legítima autoridad.

—¿Eres casado?

—Y con cuatro hijos. Los cinco vienen a verme todos los jueves; dos horas que podemos pasear por el patio ¿y tú?

—Llevo menos de una semana casado con María Huacacoya, la que fue embajadora vuestra en España.

—La conozco y conocí mucho a su abuelo el gran periodista, Fernando Huacacoya. Excelentes personas: no has podido encontrar familia mejor.

—Eso creo yo; pero, ya ves, aquí me tienes como terrorista. —Y contó Manolo la reciente peripecia con el comandante Seraffín.

—Obviamente, has sido víctima de la retorcida estrategia del momento; pero pronto verás que se vuelven atrás. Insisto que es mucho más grave lo que a mí me achacan: desde que la Brunildona calzó los pantalones del General no hay delito comparable al de discrepar desde posicionamientos democráticos mientras que al terrorismo, cuando les conviene, suelen considerarlo simple expresión de gamberrismo.

—No creo que sea ése el criterio del juez que me ha traído hasta aquí.

—Los dos hemos tropezado con el mismo; pero ya verás como yo salgo peor parado. Claro que, desde los medios de comunicación oficiales, que son todos, se lanzan duras diatribas contra el llamado activismo radical;

pero todo queda en agua de borrajas y cualquier detención al estilo de la tuya mientras que los verdaderos terroristas, como ese tú comandante Serafín, hacen lo que les viene en gana. Puedes creer que el régimen se sirve del terrorismo para justificar su perenne estado de excepción, gracias a lo cual los altos mandos militares se duplican el sueldo cada año. Y sucede que los grupos terroristas, más o menos coordinados entre sí, ejecutan la mayor parte de sus acciones yo diría que con pleno conocimiento de algún político de altura, tal vez, de la propia Brunildona; por demás los campamentos guerrilleros suelen ser la avanzadilla de los campos de cultivo de la coca; saca tus propias conclusiones.

—En esos casos ¿qué puede hacer un ciudadano para defenderse.

—Aguantarse, poco más que aguantarse incluso cuando te patean, te secuestran o violan tus mujeres. Nuestras leyes actuales no contemplan la legítima defensa: “la defensa de los ciudadanos, dice un reciente decreto, es responsabilidad exclusiva de las fuerzas del orden. Para un civil, cualesquiera que sean las circunstancias, es grave delito asumir funciones que no le corresponden”. En razón de esa ley, que a nadie se le ocurra, afrontar en solitario los envites de tal o cual grupo guerrillero...

—Feo me lo pones.

—No tanto como lo mío, que es considerado delito de subversión anticonstitucional. Sucede que otros amigos y yo hemos fundado lo que llamamos Compromiso para la Restauración Democrática. Un discurso mío fue la puntilla. Se me ocurrió recordar viejos tiempos en que los gobernantes, año tras año, habían de someterse a juicio público: por encima de todo se le exigía un impe-

cable ejemplo tanto en su vida privada como en su estilo de gobierno frente a los valores de la Libertad y de la Solidaridad. Era entonces primer deber del Gobierno velar por la igualdad de oportunidades para todo el mundo desde la infancia hasta el retiro voluntario por motivos de edad o enfermedad. Nada de esquemas rígidos o retiros forzosos en casos de suficiente capacidad para desarrollar una responsabilidad...

—Sí que María me ha hablado de aquellos tiempos.

—Excepcional era también la política de formación de la juventud: su punto de partida era una escala de valores que, a modo de decálogo, veíase esculpida en la fachada de todos los centros docentes. Era impartida y glosada a los escolares desde la más temprana edad: Primer valor, la libertad de conciencia; segundo, el privilegio de ser útil; tercero, la moral pública; cuarto, servicio a las necesidades del entorno social; quinto, plena integración en la sociedad a través de la propia familia; sexto, el estudio del porqué de las cosas; séptimo, la preocupación del para qué de las cosas; octavo, la constancia; noveno, la paciencia y décimo, el valor. Colofón del Decálogo era la sagrada divisa de Solidaridad con toda la Familia Humana más allá de cualquier diferencia.

—Y ahora ¿qué?

—Ahora —respondió Porfirio Cienfuegos— a pesar del empeño del régimen en borrar todo aquello, sigue en nosotros vivo el recuerdo que alimentaron y nos han transmitido nuestros mayores. Creemos inmensa suerte el probado hecho de que al régimen actual le es imposible calar en el meollo de la conciencia de nuestros compatriotas. Ha sido un recorrido de siglos en ansiada forja de nuestra identidad y, afortunadamente, somos muchos los que tenemos conciencia del carácter provisional

de todo lo que ahora nos oprime. Es éste un bache de cien años cuyo origen hay que buscar en la codicia exterior sobre nuestros recursos naturales y en la deslealtad a la escala de valores que era perentorio salvaguardar. Paralelamente a la colonización, nos invadió una borrachera de “normalidad capitalista” por culpa de la cual se redujo a su mínima expresión la simbiosis gobernantes-gobernados. Traumáticamente, se impuso un nuevo orden social que produjo un ejército de pobres, promocionó nuevas creencias, a su vez, base teórica de manidas ideologías, indefectible trampolín de sucesivos gobiernos corruptos, de olas de anarquía y de esa guerra, tal vez la más cruenta de todo el Continente hasta los últimos años coronados por la tiranía de Brunilda, incorregible prostituta que maneja todos los hilos del poder por la desidia de un abúlico viejo verde y por la fuerza de los traficantes y seudoguerrilleros.

—¿No será posible hacer revivir esos viejos tiempos de bienestar, libertad y solidaridad de que me has hablado?

—Aunque no muy fácil, yo seguiré haciendo lo que esté en mi mano para lograrlo, respondió Porfirio Cienfuegos apretando los dientes.

—Cuenta con todo lo que pueda yo hacer para ayudarte. Desde ahora vuestra causa es mi causa.

XXV. LAS ESPOSAS Y SU SEÑORÍA, EL JUEZ

1

El jueves es día de visita en la cárcel de Villachica: de tres a cinco de la tarde. Con doble presencia de guardias en las cuatro garitas y en lo alto de todo el perímetro amurallado, grueso de dos metros, se abre la puerta principal para dar entrada a los visitantes a los que retienen cualquier paquete que luego examinarán concienzudamente. Entre los visitantes se encuentran María e Isabel, esposas de Manuel García Velasco y de Porfirio Cienfuegos; la de éste último trae de la mano a Ramiro, el más pequeño de los cuatro hijos.

Cerrada la gran puerta exterior, un toque de corneta señala el comienzo oficial de la visita; abrazos y sollozos durante cinco minutos hasta que, siguiendo el reglamento, un nuevo toque de corneta obliga a presos y familiares a pasear en formación.

María se ha encarado con Manolo: —Es de lo más estúpido que juegues a sentirte héroe ¿cuándo vas a salir de aquí?

—Verás que muy pronto ¡Cómo te echo de menos!

—No se nota —dice ella y tras unos segundos de intensa comunicación sin palabras, vuelve a la carga—: Mamatara y el Abuelo también te llaman imbécil ¿Sabes, cabezota, que es duro estar casada con un millonario, que se olvida de que, sobre todo en un país como el nuestro, el dinero abre todas las puertas?

—Ese millonario lo es por chiripa y sabes tú que no quiere meter mucho ruido y sí abrir los ojos a esta nueva experiencia; cariño, no me lo pongas más difícil. Esto de la cárcel es toda una escuela. Será por unos días, creo yo.

—Más vale así, por que a, la vista de cómo está la situación política...

—Déjate de tremendismos, pequeña. Este es un turismo que no había practicado todavía; lástima que no me puedas acompañar.

—Y un cuerno: Tu sitio está en casa, que ahora parece un velatorio.

—De acuerdo, nena. Dos días más y avisas al cónsul ¿te parece bien?

—¿No quieres mejor que demos un toquecito a esas nuestras amistades de las altas esferas?

—No, guapa: se iría al traste esa tranquilidad con la que tanto hemos soñado. De momento, no quiero que me identifique con el empresario de los tractores. Soy súbdito español y el cónsul sabrá qué hacer en el caso de una detención arbitraria. Mientras tanto, aprovecharé la ocasión para conocer buena gente. Verás que interesante es mi compañero de celda, aún más inocente que yo. Es de las personas que busca para España nuestro profesor Julián de Miguel: generoso, serio, realista y

antiburgués, justo lo que debería haber sido el bueno de Barrios. Te lo voy a presentar.

2

Un par de filas más atrás, seguían la procesión el matrimonio Cienfuegos con su pequeño Ramiro, ahora en brazos de Porfirio. Isabel, bellísima india de dulce expresión y garboso andar, hablaba atropelladamente: —A Josito, desde que tú faltas, no hay quien lo haga comer; Alberto, que estudia ahora mucho, te ha escrito una carta; guárdala y la lees cuando nos hayamos ido. Clarita no hace más que llorar.

—Y tú, ¿mi amor?

—Yo no comprendo nada.

—Amigo —interrumpió Manuel García Velasco, que había retrocedido unos pasos— ésta es María, mi mujer.

Porfirio Cienfuegos dejó al pequeño en el suelo y estrechó la mano de María.

—Esta es Isabel, la mamá de mis cuatro hijos. —Porfirio mostraba su orgullo con un fuerte apretón a los hombros de su mujer.

María e Isabel se saludaron como amigas de toda la vida: —Ya verás cómo esto dura muy poco, dice una.

—Sí, pero, mientras tanto... —responde la otra. Y vuelven a sus respectivos maridos.

3

Las dos horas de visita transcurrieron en un soplo. Nuevo toque de corneta y, otra vez, gritos, besos y el

abrazo final, bañado en lágrimas. Es una despedida que quisieran eterna; pero ya los reclusos, en formación, retornan a sus celdas.

Diez largos minutos hasta que se reabre la puerta exterior. Los familiares han permanecido quietos, como esperando el milagro de que todo sea radicalmente diferente.

El pequeño Ramiro llora desde que viera desaparecer a su padre. María e Isabel, ya definitivamente amigas, lo toman de la mano y han de sacarle a rastras de la cárcel. Son las últimas en salir.

—Yo he traído coche ¿y tú? —pregunta María.

—Hemos venido en autobús.

—Te acercaré hasta tu casa.

—Me parece bien.

Hablaron poco en el trayecto por la carretera de circunvalación primero y, a través de las calles de Villachica, después.

Villachica es una ciudad de doscientos veinticinco mil habitantes. Substancialmente, mantiene el trazado de otras épocas, cuando privaba la filosofía social de ligar estrechamente el campo con la Ciudad: Los edificios siguen una banda circular en torno a la zona aunque, en principio, destinada a cultivos, granjas y jardines de interés general hoy especie de coto para los privilegiados por la fortuna y el poder; es una amplísima zona de cincuenta kilómetros cuadrados que, en otro tiempo, era mantenido como un vergel por el trabajo voluntario que llenaba muchas horas del ocio de los ciudadanos. Un río, el Aguamansa, cruza la ciudad y sus campos de Este a Oeste; malecones de cuatro metros de altura previenen las consecuencias de cualquier posible crecida; una bien urdida red de esclusas, canales y plan-

tas depuradoras facilita la irrigación de los campos y los servicios de saneamiento de la población.

Circunda toda la ciudad un parque público en franja de, aproximadamente, un kilómetro de ancho; más al exterior, de nuevo el campo cultivado hasta la región de los pantanos por el Este, el Ombligo Azul por el Oeste y las ciudades de Villagrande y Villadesoto por el Norte y por el Sur, respectivamente. Ambas ciudades siguen trazado similar al de Villachica: Villagrande es la Capital y Villadesoto el centro cultural mas importante de Iberindia: alberga a la más prestigiosa de las cuatro universidades del país y no menos de diez museos.

—Según cuentan nuestros ancianos, antes la ciudad era mucho más acogedora y alegre.

—Porfirio dice que había muchísima más libertad, que hasta se palpaba la solidaridad y que todo estaba organizado de distinta forma, ha respondido Isabel con el pequeño Ramiro ya dormido en su regazo. De lo que sí estoy convencida es de que, entonces, no eran los inocentes los que poblaban las cárceles.

—Cuando menos te lo esperas surgen los atropellos, las teorías de redención de tal o cual aprovechado, bati-burrillo de ideas... y todo se va al garete. Con lo fácil que sería trabajo, respeto y ley como garantes de la solidaridad.

—Eso es, más amor, más vida y menos calentamiento de cerebros...

4

Ya en casa de Isabel, María besó muy cariñosamente a Josito, cinco años, Clarita, ocho, y Alberto, diez.

Todo limpio y bien puesto. Un estrecho pasillo y un saloncito con aparador repleto de libros y figuras de porcelana, mesa ovalada y seis sillas. Colgadas de las paredes, varias litografías y dos cuadros pintados por Clarita y enmarcados por su padre: una princesa india persiguiendo al sol y un burrito blanco y grande en un campo verde; los ojos del burrito son redondos y negros.

Chocolate humeante, naranjada y bollos de harina de maíz y miel.

Ramiro duerme ahora en una de las camitas gemelas; los otros tres niños se han sentado a la mesa esperando noticias de su padre. Isabel les cuenta las pequeñas anécdotas y las grandes cosas del día. Clarita llora y, contagiado, Josito también; Alberto grita: —No tienen derecho —su madre le calma atusándole el negrísimo pelo. Pronto se habían calmado.

5

—Algo se podrá hacer —apunta María.

—¿Qué más que rezar y esperar? —pregunta Isabel.

—Sobornar a alguien —responde María en un susurro.

—¿Con qué dinero?

—No te preocupes por eso: dinero haylo.

—No creo que les guste a nuestros maridos.

—Ellos ahora no cuentan, Isabel. Son como pobres corderitos enjaulados. Vamos a lo práctico ¿Conoces el nombre y dirección del juez que metió en la cárcel a tu marido?

—Gundaro, Teófilo Gundaro se llama.

—¡Qué casualidad! es el mismo que encerró a Manolo. Pues vamos a verle; no, no te arregles: así tendremos el aspecto más propio.

6

Una alta verja cercaba la casa-chalet del juez Gundaro. Un enorme mastín respondió con fieros ladridos a la proximidad de las dos mujeres. Uno que tenía aspecto de medio hombre hizo callar al perro y se acercó a la verja. El tal medio hombre vestía y calzaba de blanco; llevaba colorete, había recortado sus cejas y remataba con una coleta el pelo largo, teñido de rojo y rizado artificialmente. Su voz y ademanes eran los de un marica sin disimulo alguno.

—¿Qué se les ofrece?

—¿Vive aquí el juez Teófilo Gundaro? —preguntó María.

—Sí, pero ahora no recibe a nadie.

—¿Por qué? —insistió María.

—Está muy ocupado, adiós. —El sarasa dio la espalda a las dos mujeres, pero hubo de volverse ante el grito de María y el asombro de Isabel.

—Oiga, dígale al juez que quieren verle la embajadora María Huacacoya, nieta del periodista Fernando Huacacoya y otra señora con algo muy gordo que tratar con él. Asegúrele a usted que, si no nos recibe, mi abuelo y yo misma, divulgaremos a los cuatro vientos que el severo juez Gundaro tiene tratos con maricones.

Habló María tan alto que el propio juez la oyó desde donde estuviera.

—Carolito, ábreles la puerta.

—Sí, pero encadene antes a la fiera —pidió Isabel refiriéndose al mastín.

7

Recibiólas el juez en chinelas de esparto y bata de seda azul celeste, sin tenderlas la mano, inmóvil y de pie en el centro de un espacioso salón amueblado con ostentoso y chabacano lujo: tapizados en rojo y malva suelos y paredes, profusión de estanterías en negro y caoba y no menos de veinte siales forrados en raso verde chillón enmarcando mesitas enanas al estilo oriental. Había también un encristalado mueble bar y seis cuadros con motivos de acusada frivolidad.

Carolito seguía allí, sin ánimo de abandonar la escena: no era, pues, un criado.

—Ustedes dirán. El juez no tenía intención alguna de ofrecer asiento a las señoras.

Era Isabel, ya más tranquila y envalentonada por el ejemplo de María, la que primero habló: —Condenados por usted, están en la cárcel mi marido, el catedrático Porfirio Cienfuegos y un súbdito español, el marido de esta señora. Con ambos ha cometido usted un gravísimo error.

—En Iberindia —contestó el juez— es prácticamente imposible que los jueces como yo cometan errores.

En respuesta a tal petulancia, María, la dulce María de ojos verdes y figura rabiosamente femenina, miró con inmensa rabia al vicioso petimetre que jugaba a ser juez, quien, sin que ella pronunciara una palabra, captó el mensaje y palideció un tanto: enseguida se repuso y extendió el brazo para conminar.

—Salgan ustedes inmediatamente de mi casa o serán ustedes acusadas de allanamiento de morada.

—Y un cuerno —gritó María—. No nos iremos antes de que usted responda a nuestra legítima demanda. Y habrá de hacerlo en justicia y sin tonta pedantería: díganos en virtud de qué razones ha encarcelado usted a un súbdito español y a un honorable catedrático, ambos sin falta alguna, acallados por la fuerza de sus corchetes y sin posibilidad de defenderse.

—Si se calman ustedes, el juez era ahora contemporizador, les enseñaré copia de los expedientes.

—Más que traer tales expedientes, seguro que le interesará a usted escuchar la propuesta que quiere hacerle esta señora, ahora había sido Isabel en tono muy suave.

—¿Es necesario que eso esté presente? —preguntó María refiriéndose a Carolito embebido, al parecer, en la contemplación de uno de los cuadros, el Despertar de Venus, en el que la figura principal era la descarada reproducción de él mismo surgiendo de la espuma.

—No tengo secretos para él —confesó precipitadamente el juez.

Entonces María, sin rodeo alguno, planteó: —Sabemos, juez, que acepta usted sobornos. Díganos cuánto dinero quiere.

—¡Uy, dinero! —coreó Carolito con voz y además de lo más ambiguo.

—Usted cálese, maricón de mierda —le espetó al sarasa la gentil esposa de Manuel García Velasco.

Sin duda que era el corte que requerían las circunstancias. Isabel, crecida, coreó con un bien, muy bien, la oportuna y mordaz grosería de su amiga. Teófilo Gundaro, el implacable y corrompido juez, dudaba en cómo responder a dos mujeres decididas a triturar lo legal y no legal en defensa de sus maridos. Lívido como estaba, habría disparado sobre ellas de tener a mano un arma o les habría azuzado a Blanquito, el mastín, de tenerlo suelto y a mano. También, con la problemática ayuda de Carolito, podría haberse liado a golpes con ellas; pero “a saber como acabaría la cosa”, se dijo luego de observar cómo Carolito, en perfecto papel de hembra frustrada, parecía estar a punto de desmayarse.

El juez Gundaro no hizo, pues, nada de cuanto, en principio, le pasó por la imaginación y sí que invitó a sentar a las dos mujeres. Diez mil dólares fue el precio de la libertad de los dos maridos. La orden de libertad fue reseñada en un impreso oficial, que rellenó Carolito y firmó el juez.

Fuera llovía. Era el agua suave y limpia.

XXVI. TÚ PRIMERO

1

Dormitaba el abuelo, viejo periodista ciego, bajo el porche a la sombra de los jazmines. Muy quedamente, se había acercado Mamatara, chiquita, arrugada y llena de ternura. Se sienta Mamatara y el otro viejo no da señal alguna de percibir su presencia.

—Grandísimo bribón, me has oído y no dices nada.

—Ah ¿estás ahí?

—No, estoy persiguiendo mariposas entre los zarzales.

—Y seguro que llevas puesto tu chal de lunares y tu faldita corta. Lo malo es que se te ha pegado la voz de una vieja gruñona. Y lo haces para que te crea mayor ¿verdad que sí?

—Seguro que te has inventado el truco de tu ceguera para volver atrás. No, poetilla de tres al cuarto: soy vieja y fea, tan vieja y fea como era el ama Joaquina.

—Tú eres como a mí me da la gana que seas.

Las palabras tomaban color en la mente del viejo periodista ciego. Mamatará estrechó y besó la huesuda mano.

—¿Qué pasa, chica, me estás haciendo la corte? ¿No te da vergüenza reírte de un pobre viejo?

—Tonto, más que tonto.

2

Se casaron con cincuenta y tantos años de retraso. Boda sonada y alegre a la que acudieron sus nuevos amigos, Porfirio e Isabel. Porfirio aún no ha recuperado la cátedra y ha de vivir sin ruido alguno para no despertar la atención del régimen.

—Algo habrá que hacer —le ha dicho María a su marido, que ahora parece haber olvidado sus títulos y sus responsabilidades empresariales.

—Algo he hecho ya —respondió Manolo.

3

Ese algo hecho ya vínole a Porfirio Cienfuegos en forma de una carta que, desde España, le envió el profesor Julián de Miguel: “Conocedores de su currículum y aptitudes, la Fundación que presido se honra en invitarle a usted a un ciclo de conferencias en torno al tema Nuevas posibilidades para la Democracia. Presumiendo su aceptación, nos hemos permitido transferir a su cuenta cincuenta mil dólares. Le rogamos encarecidamente que, en su viaje a España, se haga acompañar por su

familia, para la que ya tenemos reservado alojamiento en las cercanías de Madrid.

—No habrás tenido nada que ver en la cuestión — quiso saber Porfirio.

—¿Por qué había de ser yo el culpable? Lo único que he hecho es hablarle de ti al profesor Julián de Miguel.

—No puedo decir que no. Por fin, voy a conocer a la Madre Patria.

—Y la madre Patria conocerá a uno de sus más ilustres albaceas. Sabes que allí se vive ahora la euforia de una recién estrenada Democracia.

—Ojalá que pronto nos veamos aquí en parecida situación.

—Mejor, pediría yo: el cambio vuestro habrá de ser más radical y, posiblemente, más fácil. Franco no era como vuestro General ni allí contábamos con un estorbo al estilo de vuestra Brunildona.

”Por demás, he observado que aquí, a pesar de la actual tiranía, se mantiene vivo el matrimonio entre dos culturas complementarias; si a eso le añades vuestro sentido de la solidaridad, podemos creer que Iberindia es todo un campo abonado para la Libertad.

—Muy optimista tu razonamiento.

—Haz este viaje y luego hablamos. No creas que todo lo que está ocurriendo en España es lo mejor para la Libertad.

4

María y Manolo siguieron en Iberindia durante dos meses más. Eran felices y, a dúo, se reafirmaron en el propósito de pagar su suerte con dedicación a los demás.

Tuvieron ocasión de demostrarlo en su viaje por todo el país.

De regreso a casa, su más grata impresión fue el observar cómo en el Abuelo se había operado una clara transfiguración: radiante y eufórico, se había impuesto el perfeccionar su Braille y reanudar sus actividades periodísticas además de practicar un regular ejercicio físico diario en una especie de gimnasio habilitado en una de las habitaciones de la hacienda.

Mamatara se dejaba contagiar por la euforia de su flamante marido: sentíase su secretaria y, como tal, le filtraba llamadas, reuniones y visitas. Por demás, no le permitía pasar sin ella. Eran lo dos un estricto ejemplo de amor por que sí.

XXVII. LA LÁMPARA DE DIÓGENES

En su última carta, el profesor Julián de Miguel pedía a Manuel García Velasco que acelerase el regreso: urgía concretar un nuevo plan de acción cara a los nuevos cauces de participación política.

Había en España un nuevo gobierno presidido por Adolfo Suárez. En él no se había encontrado sitio para personajes como Garrigues, Areilza o Fraga. Eran muchos los que creían que, de esa forma y en base a la capacidad de maniobra del señor de Cebreros, podrían limarse viejas aristas, dar paso a lo nuevo, no bucear en “lo de siempre”, facilitar una transición nada traumática y “homologarse” con Europa.

Se dice que una de las grandes virtudes de Adolfo Suárez es su enorme capacidad de aguante en las reuniones, que pretendían ser síntesis de posiciones encontradas: en las conclusiones finales escaseaban los noes y abundaban los síes, pero... Ello exasperaba al profesor Julián de Miguel, amigo de inequívoco y del valiente compromiso por seguir hasta el final en el servicio a la mejor idea que, para él es siempre la que mantiene sus

raíces en esa Realidad que descubre la sencillez de la vida ordinaria. ¡Ya está bien de sistemas y contrasistemas para gloria de mercenarios e ideólogos azanganados! La buena política no consiste en descubrimientos de mundos nuevos: es acertar con lo hombres y aprender a administrar las cosas fuera del campo de las ideologías enfrentadas unas a otras en ya eternizada y estéril batalla.

En España ya se han resuelto, no muy satisfactoriamente a juicio del profesor Julián de Miguel, cuestiones como la libertad sindical, la amnistía indiscriminada, la Ley de la Reforma Política... Para ello no se usó tamiz alguno, ni siquiera el que podría haber puesto en su sitio a los panegiristas del terror, cuando no a sus mercenarios. Era una tabla rasa que se llenó con cuanto había debajo de la mesa, algo que, a juicio del profesor Julián de Miguel, era como volver atrás en la historia, como desaprovechar una ocasión irrepetible para hacer triunfar la lógica en que se apoya un progresivo avance en el bienestar de las buenas gentes, cosa que, a juicio del Profesor, requiere lo que el llama energía natural (seguramente, lo que para Ortega fue la Razón Vital), que no es, ni más ni menos, que la fuerza constituyente de la generosidad.

¿Sabes, Manolo? No creo en la dialéctica de las clases, de las razas, de las culturas, ni siquiera de las ideas... Creo en el substancial equilibrio entre especuladores y generosos; creo también en que estos últimos, protegidos por las leyes fiscales, han de ser, al menos, tan tenaces y arriesgados como los otros, pero mucho más prudentes y, sobre todo, más realistas. España es un pañuelo blanco: no quiero en él borrón alguno; por eso he llegado a intrigar en defensa de nuestros proyec-

tos que, como sabes, se reducen a un humilde trabajo hacia la crítica constructiva y la Libertad, siempre desde esa genuina versión del hombre como ser invitado a proseguir la Obra de la Creación en marcha.

Hasta ahora nada he podido a través de segundas y terceras personas con nuestras razones y todo tu dinero por el medio: La Ley de la Libertad Sindical ha entorpecido el camino del progreso hacia unas más fecundas y armoniosas relaciones laborales: el bla-bla está sustituyendo a precisos acuerdos sobre la integración de unos y otros en la maquinaria productiva: de la mano de cuantos esperaban el momento de la revancha se hace imposible cualquier institucionalización del diálogo abierto hacia objetivos de interés común. Merced a la proyectada Ley de la Reforma Política se abren las puertas a lo que Ortega habría llamado acelerada desvertebración de España al tiempo que se derrumban no pocos diques para la avalancha terrorista. Pero sí que toma fuerza constitucional un tópico archirrepetido por los prohombres de la actualidad política: que sea legal lo que ya existe a nivel de calle. ¿Qué pintamos, entonces, cuantos, sin debernos a nadie, buceamos en la infraestructura de lo Real y de lo Social con el afán de llegar al principio mismo de esa compleja entidad que se llama Hombre y sobre el cual lo que hasta ahora sabemos es su principal función cual es esa de proseguir la inacabada obra de la Creación en marcha? Ojalá me equivoque y no caigamos en la dictadura de las apariencias.

Necesitamos que vengas pronto. Quijotesco y millonario amigo. Hemos de hacer algo a la desesperada.

Por cierto que, hasta ahora, muy poco hemos podido hacer con tu dinero. Ciertamente que no nos han faltado los pretendientes: han sido legión los que, al olor de los mi-

lones, han pasado por el Foro Avanzada a mostrarnos su pretendido temple de hombres de Estado; a ninguno de ellos, ni siquiera derrochando generosidad, hemos podido darles una calificación superior a cuatro. Sigue, pues, vacante la plaza de ese hombre para España

XXVIII. CAMINOS DE LIBERTAD

Son muy positivas las noticias que le llegan a Manuel García Blanco sobre la marcha de sus negocios: se han duplicado los beneficios en Algodonales del Sur y Trigales de Extremadura; se ha multiplicado por tres la cartera de Tractores Surco, es la productividad la principal obsesión de todos los integrantes de la Fábrica; formidable, pues, la moral de trabajo y mejor que nunca la cuenta de resultados.

Según Montes, la política del “hacer-hacer” está dando sus frutos. Todos se saben responsables de su trabajo y un poco dueños de cuanto la empresa produce o transforma. En paralelo, la cuestión sindical ha sido resuelta por el voto de confianza que la mayoría ha depositado en el dinámico Barranco Machuca. Ello ha sido no sin dificultades; por poco, Barranco Machuca no se lió a golpes con quienes pretendían darle lecciones de sindicalismo: lo nuestro, les ha dicho, es una asociación de trabajadores libres y no un rebaño de proletarios satelitizados a los llamados sindicatos de clase. ¿Sabe usted, dice Montes, que con éste nuestro sindicalismo ya

hemos logrado despertar el interés de unas cuantas empresas? Antonio Barrios Sainero, el estudioso de Carlos Marx, es otro gran colaborador de quien le quiero hablar. Le he hecho coordinador de los complejos agropecuarios con directas atribuciones sobre los directores de área: ha sido capaz de convencer al más terco del grupo, al propio director de Algodonales del Sur: ya se puede decir que la mayoría de todo el personal responde a la nueva estrategia de responsabilización. Tenía usted razón: rentabilizar todas nuestras empresas a través de una progresiva humanización. Lo más bonito de todo esto es que la rentabilidad global viene acompañada de mayores ingresos para todo el mundo mientras que el ratio costos salariales/facturación está por debajo de las antiguas proporciones.

—Creo que hemos dado en el camino preciso —comentó Manolo a María.

—Claro que sí, quijotesco marido.

—Lo bueno —siguió Manolo con la mirada iluminada por lo que creyó un amoroso halago de su mujer— es que todo el Grupo parece marchar solo y que la rentabilidad está creciendo sin que las empresas nos roben un minuto de atención.

—Algo tendrás que hacer con tanto dinero, grandísimo avaro.

—¿Qué crees tú que se puede hacer? ¿Edificarte un palacio en la luna?

—Eso más tarde. De momento, podrías comprarle ruedas a la Libertad, si es que sabes —apuntó María con entusiasmo.

—Ya que así lo quieres, vamos a ver si es posible ponerle ruedas a la libertad y alas a la generosidad, recalcó Manuel García Velasco robándole a su mujer un beso.

XXIX. POLÍTICA MENUDA

1

Cuando María y Manolo volvieron a España, ya había partidos políticos de casi todos los colores.

Felipe González era el líder que más cancha lograba en periódicos y revistas; Tierno Galván, muy bien recibido en Moscú tiempo atrás, había fundado lo que se llamaba Partido Socialista Popular, de carácter abiertamente marxista; de Carrillo se decía que iba, venía y se paseaba por España sin otra precaución que una peluca, la famosa peluca que le daba el aire de una verdulera vieja y fea; seguía habiendo políticos, los del “búnker” cuyo principal alimento ideológico era el recuerdo del General Franco: al parecer, pretendían mantener un franquismo sin Franco. A Fraga, seguro que injustamente, una buena parte de los comentaristas le colocaban dentro de ese “búnker” sin detenerse a valorar las acciones concretas que propugnaba en su reciente Libro Blanco de la Reforma Democrática.

Lo más notorio de la anécdota política diaria era el baile de siglas que pretendían reflejar objetivos y componendas de los autodenominados cristiano-demócratas, liberales, social-demócratas, social-liberales, nacionalistas, marxistas de carácter más o menos radical... En su mayoría, resucitan o improvisan un precedente histórico sin detenerse a analizar si ello representó cauces de racionalidad o un mínimo bien social, todos afanosos por el reconocimiento exterior como si ello fuera garantía de la buena aceptación interior: alguno de estos grupos, se decía, no requerían más de un cuatro plazas para transportar al conjunto de sus bases.

Atento espectador de tal baile de siglas y pasiones era un hombre, sin duda que honrado y trabajador, pero con poca imaginación, cierta originalidad, mucho encanto personal y la oportuna verborrea de un buen vendedor: el Presidente Suárez.

Sabía Suárez que tenía que dismantelar todo el viejo edificio de la llamada Democracia Orgánica; que las vagas y etéreas promesas comprometen muy poco ante los imprevistos o lo que se podría llamar dificultades de la Coyuntura; que los tiempos que corren son propicios para la ambigüedad; que es muy cómodo instalarse en la inercia de las viejas democracias. Tampoco ignora Suárez el impacto electorero de manejar diestramente el concepto Soberanía Popular, algo que, demostrado está, debe mucho de su fuerza a la convencional retórica sin que, por ello, tenga relación alguna con la experimentada realidad cotidiana, inclusive en los pueblos políticamente más avanzados...

Nada, pues, de viejos modos autoritarios, nada de oponer a la voluntad popular otros diques que la demagogia al uso y sí proclamar, continuamente, la inminen-

cia de un futuro pleno de progreso y de felicidad puesto que la Democracia, defiende el presidente Suárez, aunque no pase de las simples formas, lleva en sí misma la semilla de la libertad y de la prosperidad para todo el mundo.

La gente, mientras tanto, celebra con euforia lo que estima mayoría de edad ciudadana: al traste con la incolora rutina de que te den las cosas hechas sin que te otorguen parcela alguna en la responsabilidad sobre la Cosa Pública; hagamos nosotros mismos el Futuro y que ello sea sin negar posibilidad a cualquier idea. Ha logrado fuerza dogmática el aberrante supuesto de que una idea, sea la que sea y por el simple hecho de ser idea, es absolutamente respetable, infinitamente más respetable que cualquier persona, sea ella la portadora de esa misma idea. Los tópicos son entronizados como reyes de la discusión política.

En la recargada atmósfera de la Transición Española hay, pues, palabras, muchas palabras en torno a la fiebre por correr a la par de las más ilustres democracias; también, a pesar de los agoreros y retrógrados, hay mucha generosidad e ilusionante inquietud.

Seguro que el Genio de la Realidad no duerme; sigue ajustándose a la incontrovertible lógica de que no siempre los fervientes deseos o circunstanciales proyectos corresponden a las necesarias o posibles soluciones.

Abundan los pasos en falso, las demoras y los titubeos en la resolución de los acontecimientos diarios al tiempo que cuestiones tan serias como la lucha antiterrorista, la ordenación del territorio, la política social o el desarrollo económico... son objeto de discusión y más discusión desde posiciones que, con demasiada frecuencia, se proclaman irreconciliables.

Se abusa, claro que sí, del tópico que habría de ser exclusivo de los desorientados: hacer legal lo que es actual.

Son feroces las críticas al competidor, cuyos defectos se presentan como garantía de las propias virtudes.

En el trasfondo de todo ello, evidentemente, hay una insaciable sed de poder que, con suerte, habrá de materializarse con mucho dinero y con un inigualable buen vivir. El quítate tú, que ya me toca a mí es, para muchos, la principal y, tal vez, única razón para la prevista alternancia política.

2

Sin duda que al Genio de la Realidad le gustaría que deseos, propósitos, obsesiones y diatribas respondieran a la genuina razón de ser y de estar del Hombre y de su vocación comunitaria. Pero los recién llegados al oficio de la política se muestran más preocupados por cuestiones como las de explotar eso del quedar bien, el glamour de la imagen o las retorcidas leyes del marketing electorero: en virtud de las exigencias del mercadeo del voto, se improvisan pedigrís democráticos o se da cancha a gente guapa, a los arribistas, a tal o cual notorio representante de los poderes fácticos... al tiempo que se aparta hacia el archivo de la historia a personajes que, por su probada buena voluntad y por su experiencia, algo bueno podrían hacer en beneficio de la nueva España.

El Foro Avanzada, que patrocina Manuel García Velasco y dirige el profesor Julián de Miguel, sí que se toma en serio el topar con personas de formación y disposición para el servicio de los intereses generales, personas sin otros afanes que el de aplicar sus energías y su inteligencia a la marcha hacia la Libertad. Son muy claras las ideas y abundantes los dineros que podrían arropar la promoción de líderes capaces de ajustarse al prometedor momento de España desde el Parlamento, algún Ministerio o ¿por qué no? desde la Jefatura de Gobierno.

¿Son excesivas las exigencias del Foro Avanzada con el profesor Julián de Miguel a la cabeza?

—No y mil veces no —protesta el ilustre profesor— yo no prostituyo mis ideas ni malgasto tu dinero. No tolero el previsible tropiezo con tanto molino de viento de aspas derrengadas pero contumaces. Necesitamos hombres generosos, sí, pero también más prudentes y más realistas que nuestro pobre y obseso Caballero, mal que te pese a ti, Manuel García Velasco, impaciente perseguidor de utopías.

Y, con indescriptible malicia el profesor mira al impaciente mecenas que es Manuel García Velasco para continuar: —Si nuestro amigo, el Caballero Antiburgués, ha vuelto al mundo no es para volver a hacer el ridículo ante destartalados molinos que él creyó despiadados gigantes. No, amigo Manolo, no toleraré que nuestro héroe sea batido ridículamente por lo estúpido.

—¿Adónde quiere usted llegar, profesor?

—Tú, quijotesco capitalista y hombre que cae bien a casi todo el mundo, entre los españoles que yo conozco,

eres el único que veo capaz de hacer volar a todos los anacrónicos molinos de viento. Lánzate a por ellos, Manolo.

A Manuel García Velasco, acompañado ahora por María, se le iluminó el rostro.

—Haré lo que haya que hacer —respondió sin titubear.

—Calma, amigo que yo, tu escudero, voy a sondear antes el camino.

4

En uso de las modernas técnicas de prospección de opiniones, los becados por el Foro Avanzada elaboraron una sofisticada encuesta en el propósito de descubrir cuáles habrían de ser las características del ganador o ganadores en las llamadas primeras elecciones democráticas: En el inicio de una etapa democrática, el perfil del ganador, señaló la encuesta, es el de personajes ya conocidos, en torno a los cuarenta, de maduro atractivo sexual, padre de familia, adscrito a cualquiera de las ideologías políticas que privan en Europa, más demagogo que serio razonador... puesto que tendrán más valor las promesas que los compromisos cotejados con las posibilidades reales.

5

—Con un poquito de imaginación y unas cuantas lecciones de farfulería, tú podrías ser nuestro hombre.

—No, querido Profesor. No es ése el perfil que marca nuestro momento histórico y no me dejaré liar. No puedo mentirme ni mentir a los españoles. No me asusta la responsabilidad ni el posible fracaso; pero, por Dios, que no me haré esclavo de la mentira.

—No se trata de practicar la mentira; se trata de barajar diestramente posibilidades en cuyo terreno podríamos entrar sin traicionar demasiado a nuestra conciencia. Lo que parece mostrar la encuesta es que, de momento, la nuda verdad tiene menos aceptación que una realizable, llamémosla, posibilidad. El político de vocación deberá hacer campaña al uso de los tiempos y, si logra convencer frente al despiadado enfrentamiento de los demagogos, a gobernar con absoluta entrega. Será preciso pasar las buenas ideas por el filtro de las conveniencias electoreras y a ello nos podemos aplicar desde ahora mismo. Puesto que dinero no nos va a faltar, al menos el acta de diputado está a tú alcance.

—No, no me liaré usted, Profesor. La encuesta está ahí y yo debo tomarla como un revulsivo de mis aspiraciones. Sabe usted muy bien que soy alérgico a las medias tintas. Si ahora no es posible mostrarse tal cual uno es, ya llegará el momento. Por demás, no creo que a María le guste.

—Claro que no —corroboró ella.

—Déjeme, pues, seguir entre bambalinas, profesor.

—Me has convencido; es probable que un hombre como tú, a pesar de sus buenas ideas y su mucho dinero, no logre arrancar suficiente número de votos en la España de ahora, tentada a confundir la política con el folklore. Otra cosa será dentro de quince o veinte años cuando nuestra joven democracia haya pasado su sarampión.

XXX. ENSÉÑAME A SER TU JEFE

1

Manolo y María han vendido el antiguo palacete del paseo de Rosales y, con los millones logrados, han puesto en marcha nuevos negocios agropecuarios que dan trabajo a no menos de trescientas personas. Viven ahora en el piso de Claudio Coello que, en su época de embajadora, compartía María con el Abuelo. No asisten a fiestas ni recepciones.

Al menos una vez por semana, reciben noticias del Abuelo y de Mamatara, felices en su recién estrenado amor otoñal. Por ellos saben que en Iberindia, de más en más agobiante, se hace sentir la tenaza de la Brunildona, la cual tras declarar a su marido incapacitado por enfermedad, se ha erigido en poder absoluto. Allí han cobrado mayor fuerza los terroristas mal llamados guerrilleros, ahora a las órdenes directas del reconocido capo de la droga en el Cono Sur, el cura renegado Pedro Puig Martínez, más conocido como tovarich Sergio. Se

dice de él que es el amigo secreto de la autoproclamada señora Presidenta.

En Iberindia, los terroristas o guerrilleros actúan abiertamente como fuerza protectora de las plantaciones de coca, recientemente legalizadas como necesaria base de materia prima para una multinacional de refrescos pero que, obviamente, constituyen criminal fuente de suministros para los narcotraficantes. Entre tales terroristas o guerrilleros existe lo que se llama comandos autónomos quienes, en función de un retorcida estrategia (de ella sabe algo el conocido comandante Serafín), de tiempo en tiempo, matan por la espalda u obligan a matar a tal o cual descuidado policía. Mientras tanto, siguen nombrándose extraños jueces de excepción y siguen llenándose las cárceles de cuantos ciudadanos honrados resultan incómodos al régimen. En paralelo, ya se cuenta por millares el número de desaparecidos, “desertores”, según las versiones oficiales.

De todo ello y de muchas más cosas hablan María y Manolo con sus amigos Porfirio e Isabel, ahora acogidos en España bajo el estatuto de refugiados políticos.

—No sabía yo que fueras lo que llamáis grande de España y tan rico, le confiesa Porfirio Cienfuegos a Manuel García Velasco.

—Eso de ser millonario no es una cosa que hay que ir gritando por ahí. Lo soy por simple capricho de una buena señora y ahora, gracias a Dios, para mí el dinero es una simple herramienta de trabajo.

—Si yo fuera tan rica seguro que toda la gente lo sabría, bromeó Isabel.

—No sé para qué... —intervino María semitumbada en su mecedora, con sus manos cruzadas sobre el abultado vientre y la mirada persiguiendo sueños.

—Anda ésta: el dinero es bueno, buenísimo aunque, como tú hiciste, solo sea para darle una patada en salvo sea la parte al desgraciado de turno, se llame juez Gundaro o la propia pécora mal nacida de Brunildona.

—Puede que tengas razón —coreó Manolo—. ¿Me acompañas, Porfirio, a visitar la Fábrica?

—No faltaba más.

Ya en el garaje, pidió Manolo a Porfirio: —Conduce tú; desde el accidente le he cogido respeto al coche.

—¿Sufriste un accidente?

—Ah, claro, no te lo he contado. Sí, fue un tonto traspies que luego ha resultado providencial.

—Cuenta, cuenta.

—Era yo entonces un riquísimo petimetre, por demás, conde viudo sin ocupación alguna. Merodeador de antros y clubes esnob, era yo vicioso, engreído y estúpido; vamos, un pobre diablo que jugaba a ponerse el mundo por montera. Transcurría mi vida de dislate en dislate hasta que un buen día, camino de Sevilla, justamente a la altura del quijotesco pueblo de Puerto Lá-pice, sufrí el más espectacular e imbécil accidente que te puedas imaginar: una torpe maniobra seguida de frenazo a destiempo, el cacharro que da una voltereta y, rozando de costado contra el suelo, vuelve hacia atrás hasta chocar contra el muro de contención. El coche quedó absolutamente destrozado, pero yo salí del mal paso con un simple rasguño en el codo izquierdo. Había sufrido, eso sí, la sensación de caer en el vacío absoluto; algo que duró unos instantes hasta sentir como si alguien llenara de aire nuevo mi conciencia. A raíz de ese aire fresco que invadió mi conciencia, me vi como nacido a una nueva forma de ser. Es desde entonces, como no tengo más remedio que considerar simple herramienta

de trabajo todos los títulos y ese fortunón que heredé de mi primera mujer, la condesa Ramona, una magnífica persona que, ya mayor y enferma, me buscó para confiarme todo lo que ella poseía. Lo más maravilloso que ahora me sucede es que María comparte conmigo el convencimiento de que, si quieres disfrutar del dinero, has de verlo como algo que pertenece a los demás, como un bien en la medida que sirve para resolver los problemas de los más débiles.

—Y, por lo que veo, vivís como debió hacerlo el noble Caballero antiburgués, pero con una inmensa plata en lugar de su fantasía y sus pobrísimos recursos.

—Así debe de ser —respondió Manolo sin frivolidad alguna.

2

En la Fábrica, les esperaba el Comité de Dirección en pleno: José María Sánchez Montes, director general de Tractores Surco y vice-administrador del patrimonio; Antonio Barrios Sainero, recientemente nombrado coordinador de las actividades agropecuarias; Teresa Márquez Pérez, directora de Personal; Alejo Hernández González, ingeniero director de Producción; José Alsina Gutiérrez, director de Ventas; Gerardo Morales Pita, director financiero; Joaquín Barranco Machuca, delegado del personal de Producción; Soledad Buendía Mellizo, delegada del personal de Oficina y Covadonga del Pino Álvarez, secretaria.

—Porfirio Cienfuegos —dijo Manuel García Velasco a guisa de presentación— es un gran amigo mío, que

espera aprender de nosotros algo bueno que trasplantar a Iberindia, su patria..

Por Covadonga fueron leídos los balances y el informe de auditoría, documentos ilustrativos de la buena y seria marcha de los negocios. A continuación, Alsina Gutiérrez leyó una nota descriptiva de la cartera de pedidos y razonable previsión de ventas, que obligaban a establecer nuevas pautas de producción, tal como reconoció Hernández Pérez, que se comprometió a urgir la contratación de nuevo personal y a reestructurar la sección de frenos, cuyas deficiencias, aseguró, entorpecían un tanto la óptima marcha de la cadena. Teresa Márquez dio noticia de doscientas cincuenta y seis altas de personal y de la creación de ochenta becas universitarias para hijos de empleados. Barrios Sainero informó sobre la experiencia cooperativa en los cultivos de algodón, todavía en fase experimental. Barranco Machuca se quejó del estado de la enfermería al tiempo que reconoció una excelente moral de trabajo y la total ausencia de conflictos entre el personal de Fábrica. Soledad Buendía con propuestas concretas sugirió la conveniencia de una más racional normalización de documentos, lo que aseguró, venía exigido por la pretendida informatización integral. Cerró el ciclo de las primeras intervenciones Morales Pita, dando detalle sobre las grandes cifras resaltando la referida a la liquidez global en torno a los cuatro mil quinientos millones de pesetas; disertó luego sobre las ventajas e inconvenientes de tales o cuales depósitos; también habló de los fallidos, entre los cuales el más notorio era el del gobierno de Iberindia con tres plazos desatendidos. Manolo y Porfirio intercambiaron una mueca de complicidad.

Se prolongó por una hora más la reunión, centrada ahora en las posibilidades de mayor información a todos los niveles. Se dijo que una buena parte del personal aún no tenía excesivo interés en conocer nada más allá que las horas a trabajar y el salario a percibir. Para incrementar el interés por los objetivos comunes a cubrir es cosa de perfeccionar los canales de información.

—Todos nuestros compañeros —Montes enfatizaba la palabra compañeros— tienen derecho, yo diría que obligación moral, de conocer nuestros planes como también los análisis de su viabilidad y las previstas formas de llevarlos a cabo en lo mínimos detalles. También deben tener puntual noticia de los resultados precisos hasta el punto de que cada uno, por sí mismo, pueda medir el alcance de su propia participación. Debemos también informar al detalle sobre los gastos, en especial sobre los salarios de cualquier nivel, incluidos los tuyos, presidente. Claro que si tienes algo que objetar...

—¿Qué voy a objetar yo? Lo más natural del mundo es conocer de donde viene y hacia donde va el dinero que se mueve gracias al esfuerzo de todos vosotros... ¿Mi sueldo? No debe ser mucho más elevado que el sueldo medio, lo que no está nada mal si tenéis en cuenta que no dedico tantas horas como vosotros y que, por demás, me llevo mi corretaje financiero. Por cierto, que las rentas del capital deben ser más menos iguales a los tipos de interés; nunca debéis permitir que abusen los capitalistas ociosos como yo.

—Eso, presidente, es bastante más que una socialización porque significa indiscutible aportación al incremento de la productividad y equitativo reparto de beneficios —señaló con entusiasmo Barranco Machuca, antiguo admirador de los más utópicos teorizantes del socia-

lismo, hoy delegado sindical y autoproclamado “promotor de responsabilizaciones”.

—Claro que sí —coreó Barios Sainero el estudioso de Carlos Marx y su “socialismo científico”— en una socialización al viejo estilo, privaría la fría y burocrática fétula del Estado como principio y fin de toda la actividad económica; los no burócratas seríamos simples piezas de una máquina impersonal. Aquí y de la forma que explica el Presidente, todos nosotros somos personas que, cada día y en todos los sentidos, pueden elevarse un poquito más sobre sí mismas.

—Pero yo creo que es también el mejor camino para la prosperidad empresarial... —Era, de nuevo, Manuel García Velasco—. Hablemos, pues, de los beneficios que, sin duda alguna, vamos a obtener. Pienso que, al menos, un cincuenta por ciento, deberá ser repartido en estricta proporción a los años de servicio; con el resto se pondrán atender cumplidamente las renovaciones tecnológicas, las demandas de mujer, los gastos de las fundaciones que de mi dependen, etc, etc... Y si para ello hay que cambiar la titularidad de parte de las acciones, hágase así.

3

A la reunión siguió un cordial almuerzo al que también asistió Celedonio, ahora siempre de viaje de aquí para ya y con responsabilidades muy en sintonía con las del Director General.

En el momento de los brindis, se levantó Manuel García Velasco para decir entre jocoso y solemne: —Pese a todo lo acordado, que nadie piense que yo vaya a renun-

ciar a mis viejas pretensiones que no son, ni más ni menos, que las pretensiones de un avisnado capitalista: le daré jugo al dinero que me ha tocado en suerte; solo que estoy convencido que este nuestro sistema me hará todavía más rico. En pago de vuestra discreta colaboración yo os prometo no insultaros con yates de lujo o cosas así siempre, claro está, que me permitáis huir del aburrimiento trabajando con vosotros... ¿de qué? pues de jefe, naturalmente y, por la cuenta que os tiene, ya me enseñaréis a ser un buen jefe ¿de acuerdo?

Todos aplaudieron con calor.

4

—Habéis logrado emocionarme —le dijo Porfirio a Manolo, ya de vuelta a casa—. No creo que haya muchos capitalistas como tú.

—Será por que mi egoísmo es mucho más refinado que el de la mayoría: quiero que mi egoísmo, más que en cifras, se exprese en cosas hechas al lado de libres compañeros de trabajo. Ni para María ni para mí existe eso que los clásicos llamaron “auri sacra fames”. No creemos que el dinero sea para regodearte contemplando el montón, ni para encerrarlo bajo siete llaves o para pudrirte las entrañas. Creo que, con toda lógica y al igual que una determinada capacidad o facultad personal, el dinero es, simplemente, para dar brío social a tu vida, para ganarle batallas a la insolidaridad, para cabalgar hacia la realización del propio ser: es, ni más ni menos, una herramienta de trabajo, lo que en palabras del profesor Julián de Miguel viene a significar un medio para proseguir, al nivel de tus posibilidades, la inacabada

obra de la Creación. Y podrás vivir tranquilo y feliz a pesar de tener mucho dinero, máxime cuando aciertas a integrar en tus planes a tus íntimos y a los compañeros de empresa lo cuales, tú lo has visto, persiguiendo tu propio bien, te hacen cada día más rico.

—Es una buena fórmula a exportar ¿no crees? incluso aplicada a la Política, ¿no crees?

—Algo haremos en ese terreno, ya verás.

XXXI. VOTOS, VOTOS Y MÁS VOTOS

En España, las primeras elecciones han significado el éxito personal de Adolfo y de Felipe, cuyos respectivos programas hablaban de progreso y de libertad sin precisar hacia donde el progreso y para cuantos y hasta qué limite la Libertad. Ambos resultaron ser buenos maestros en el mercadeo de los votos: el uno convenció por el aire de joven abrumado por su obsesión de hacer bien las cosas y el otro, más joven aún, por sus intenciones de romper con mucho de lo tradicionalmente prohibido.

Protagonistas de segundo plano fueron Fraga y Carrillo. Bandera del primero fue voluntad de abordar las reformas democráticas dentro de un orden y con respeto a todo lo conseguido en generaciones anteriores; Carrillo, por su parte, había aliñado sus viejas fobias con un estratégico respeto a Monarquía y a la Bandera.

El Foro Avanzada no había presentado candidato alguno. Pero sí que ha seguido muy de cerca la campaña y, conocidos los resultados, ha organizado una mesa redonda sobre la cuestión.

—A la vista está —apuntó el profesor Julián de Miguel— que el debate político ha sido simplificado al máximo: se ha elegido entre lo próximo y lo problemático pero, tal vez, un poco más sugestivo. Conclusión: la reina de la confrontación de proyectos e ideas ha sido la demagogia.

—Se dice —apuntó Manuel García Velasco sin demasiada convicción— que, en Democracia, la mayoría tiene siempre razón.

—Querido amigo, la mayoría se puede equivocar como cualquier hijo de vecino. Que la voz del pueblo no es siempre la voz de la razón ni siquiera de la conveniencia está más que demostrado por la Historia.

—Cualquiera diría que no le hace a usted muy feliz la Democracia. —El que había hablado era un tal Eulio Cerezo, miembro destacado del partido triunfador y, como tal, aspirante a un alto cargo.

—Pollo —replicó el Profesor conteniendo el enfado— fin principal de mi vida es trabajar por la Democracia Española, a la que deseo un serio alimento de indiscriminadas libertades y motivaciones. Pero, en el caso actual de España, la mayoría de votos lo único que quiere decir es que los unos han superado a los otros en mejor definición de la estrategia comercial. De ello me lamento mucho. Y soy demócrata hasta los tuétanos por dos únicas razones: me siento solidario con los más nobles pensamientos de los que no aciertan a expresarlos y creo con Aristóteles que el grupo de los gobernantes por muy limpios que hayan llegado al poder necesitan el catalizador de una mayoría crítica menos corruptible que el propio equipo gobernante aunque solo esa por que, obviamente, es considerablemente más numerosa y, al igual que una gran masa de agua, ofrece mayor

resistencia a la natural corrupción. Lo que no me hace nada feliz es la evidente manipulación de la voluntad popular, juego sucio que, mucho me temo, se repetirá en las próximas y próximas elecciones.

—Debería usted dar un voto de confianza a los triunfadores.

—Les doy acatamiento y nada más. La confianza no se la podrán ganar en tanto en cuanto, sobre todo, actúen electoramente.

—Gobernar es una cosa muy seria y ya verá usted como Adolfo Suárez seguirá haciéndolo bien. Así lo esperan nuestros próximos socios europeos.

—Pamplinas, joven, pamplinas. Lo único cierto es que, tal como se ha visto en las últimas elecciones, existen dos o tres cabezas de partido que saben venderse bien. Verá usted lo poco que cuentan otros factores como es el bien común, etc...

—No me diga, profesor, que es usted socialista.

—Soy tan socialista como es usted político de talla.

—Habíanse ya rebelado las malas pulgas del profesor Julián de Miguel.

Poco más dio de si aquella tertulia prácticamente sabotada por el triunfalismo del tal Eulalio Cerezo, forofo incondicional de Adolfo Suárez.

Pero él y sus compañeros habrían de gobernar España.

—Si no es lo más deseable, tal vez sea lo mejor dentro de lo posible —concluyó el profesor Julián de Miguel.

XXXII. LA PEQUEÑA TERESA

María y Manolo viven ahora una muy seria obsesión: es morenita, se llama Teresa y pesó al nacer tres kilos cuatrocientos; sus ojitos, redondos y vivarachos, son color de miel; graciosísima es su nariz muy pequeña y redondita; redondos son también los dedos de sus pies que a Manolo parecen perlitas color de rosa. Ahora Teresa se pega con fruición al pecho de María, madre que no reniega de ninguna de sus posibilidades.

—Desde que nació Teresa —le dice a su marido que sigue embobado la escena— me siento más tuya y más del mundo.

Manolo mira hacia su izquierda: bañado por la luz de un amplio ventanal está el moisés de bambú rematado por un primoroso dosel de tul blanco. Es el diminuto palacio de Teresa, que ahora duerme Dios sabe por cuales bonitos sueños acariciada.

—No sabes lo que es un hijo hasta que no llega y se cuela poco a poco por los poros de tu alma. Entre lo mucho que piensas, decides que ya no habrá dificultades para la entrega total de lo que uno es y puede hacer.

—Las empresas marchan ya sin ti; en política de aquí no es mucho lo que puedes hacer: ves que la Democracia Española ha encontrado su propio camino alimentada por una legión de nuevos profesionales y parece que definitivamente sumergida en el mar de las medias verdades; lo malo o lo bueno saldrá del juego de las libertades políticas: tal vez sea lo mejor que pueda ocurrir en un país como España medianamente rico y liberal.

—Mamá, por lo que dices veo que estás pensando en Iberindia.

—El Abuelo y Mamatara no conocen a Teresa; podíamos dar una vuelta por allí y luego... ¿no crees que Iberindia te necesita más que España?

Teresa seguía en su diminuto palacio, Dios sabe por cuáles bonitos sueños acariciada.

XXXIII. PRINCIPIO Y FIN DE UNA PESADILLA

1

Al ya obscurecido Gran Protector, general Víctor Maltado, los especialistas le han diagnosticado cáncer de pulmón.

A él le han convencido de que se trata de una pertinaz gripe; pero Brunildona sí que lo sabe. Pretextando una insufrible jaqueca, ha puesto coto a los arrebatos de su marido y exigido habitaciones separadas. De paso ha renovado la mitad de su vestuario y se ha buscado un nuevo y corpulento secretario.

Asesorada por tovarich Sergio, que ahora se hace llamar don Dámaso de la Rosa y es ministro de Culturización, Brunilda se ha hecho proclamar por el Parlamento Jefe del Estado con el título de Gran Dama y, ya sin rebozo, se aplica a la consecución de todos sus caprichos.

Que el enfermo Protector General sea aposentado en un lujoso pabellón del Hospital Central con todos los adelantos técnicos, diez guapas enfermeras y una guardia de no menos de diez hombres al mando de un tal

capitán Zabaleta, uno de sus antiguos amantes. Se mantuvo esa situación durante tres meses hasta que, sin ruido, falleció y fue enterrado con todos los honores.

El mismo día del entierro, Brunilda, la Gran Dama, en una larga alocución de tres horas, se presentó al Pueblo como garante de un futuro pleno de felicidad y prosperidad para todos. Los periódicos de más tirada hablaron de ella como de la madre ideal que a todo el mundo le gustaría tener: guapa, culta y siempre atenta al máximo bien de sus hijos.

Pronto se hizo patente su forma de entender el poder: que se persiga a cuantos se permiten tener ideas propias, a la clase media, a los liberales, a los católicos y a los obreros no integrados en el Frente Único del Trabajo; que se atraiga a los altos mandos del Ejército con sueldos millonarios, luego de sustituir a los “problemáticos” por los inequívocamente adictos; que se considere subversión todo lo que no sea adhesión inquebrantable; que la razón de estado, personificada en la voluntad de Brunilda y lo que ella proclama el Nuevo Orden Social, sea reconocida por todos como el valor supremo de la Patria. La teoría del NOS o Nuevo Orden Social es una reedición del Mein Kampf; su práctica significa una estricta militarización del mundo de la producción.

2

Son muchos los que juzgan intolerable tal estado de cosas, entre ellos una buena parte de los alumnos de la Academia Militar de Villachica. Cadete destacado es Braulio Ceferino, veinticuatro años, antiguo seminarista, hoy a punto de lograr su despacho de teniente: es

imaginativo, jovial y admirado por sus compañeros; su padre, el general Ceferino Vargas, es uno de los marginados por el régimen.

Claudio Ceferino ha urdido un plan para derrocar a la Gran Dama sin violencia, por supuesto. Ha pedido consejo a su padre quien, en respuesta, le ha dado un emocionado abrazo. Lo ha comentado luego con los compañeros de más confianza, lo han discutido y perfilado en todos sus detalles y, uno tras otro, se han responsabilizado de atraer a sus respectivos amigos.

—En la Academia Militar —había dicho Braulio a su padre— hemos logrado formar una joven fuerza que reniega de la actual situación y ve con muy buenos ojos el plan que les he propuesto. Necesitamos que los altos mandos comprendan que todo lo queremos hacer dentro de la disciplina militar, salvo en el caso de la acción puntual que tan bien te ha parecido.

—Cuenta con que haré todo lo que esté en mi mano —respondió el General.

3

Resultó preciso y espectacular el acontecimiento ocurrido el gran día de la entrega de los despachos de oficial.

Desde un estrado en forma de pirámide truncada, presidía la ceremonia Brunilda, la Gran Dama. Vestida de negro, con el pelo tenso recogido en un moño y tocada con una diadema de brillantes, estaba sentada en un dorado sitial de alto respaldo, al estilo de un trono. En trajes de ceremonia o uniformes de gran gala, los ministros y altos jefes militares ocupaban las gradas de la

izquierda; las esposas, por su parte, estaban situadas a la derecha, todas ellas con trajes largos y oscuros, todas ellas con ostentosas joyas. Entre los ministros y altos jefes militares, codo con codo, se encuentran don Dámaso de la Rosa, cuyo nombre de guerra y drogas fue Tovarich Sergio, y el general Ceferino Vargas quien, aunque retirado del mando, sigue en uso de su categoría militar y, como tal, viste uniforme. Como si se hubieran puesto de acuerdo, ninguno de los altos mandos militares llevaba armas salvo el general Ceferino Vargas que no ocultaba su pistola.

Queda libre la amplia escalinata central por donde han de ascender los nuevos oficiales para mostrar su acatamiento a la Gran Dama. Eran doscientos nuevos tenientes. Vienen de cuatro en fondo con sus relucientes sables y pistola de reglamento al cinto. Al frente va el número uno de su promoción, el ya teniente Cefirelli que se estrena en el mando, quien da la orden de alto cuando la cabecera de la formación llega al pie de la escalinata; saluden, ordena y todos alzan sus sables, se separan en dos columnas y ascienden por la escalinata hasta la Gran Dama, a quien habrían de rendir el arma y besar su mano. Transmitido por televisión, todo muy marcial y muy espectacular.

En un punto de la ceremonia, el pueblo de Iberindia pudo observar cómo, en impecable formación, los jóvenes tenientes se acercaban a la Gran Dama, rendían su arma, besaban su mano en media genuflexión, envainaban su sable y descendían por cada lado, también en formación de dos en dos. Luego, en sincronía militar y como si fuera parte del ceremonial, rodeaban al amplio estrado hasta formar un abanico que cercaba a todos los notables, a sus esposas a la Gran Dama y a su propia

guardia de corps, que, tardó en percatarse de la manio-
bra envolvente, cuyo punto final se manifestó en los dos
tiempos marcados por una señal de sable por parte del
jefe de la formación, teniente Braulio Ceferino. Primer
tiempo: inmovilización de los notables y de la escolta
merced a la directa amenaza de las pistolas que, de im-
proviso y a la orden del teniente Ceferino, habían desen-
fundado los nuevos oficiales; segundo tiempo, apresa-
miento de la Gran Dama. Este último tiempo ganó en
teatralidad al primero: con una muy calculada preci-
sión, los cuatro últimos oficiales en punto de besama-
nos, dos por cada lado, en una maniobra seguro que
muy bien previamente ensayada, tomaron en volandas
a la Gran Dama y, abriéndose camino por mitad de la
formación, bajaron en sincronizadas zancadas la escali-
nata, y despatarrada, en ridícula figura, la depositaron
en el suelo.

Ya todos los jóvenes oficiales han orientado sus pis-
tolas a la escolta y distintos personajes, incluida la pro-
pia Brunilda ahora en el suelo y absolutamente ridiculi-
zada.

4

Todo fue transmitido en directo por televisión. tam-
bién fue seguida por todos la actitud del general Ceferi-
no Vargas, el cual, tras despegarse del grupo de amena-
zados notables, se llegó hasta el sitio que, a guisa de
trono, había ocupado Brunilda, lo derribó en gesto signi-
ficativo y, tomando un micrófono, dijo.

—Queridos compatriotas, esto no lo he organizado
yo, pero lo secundo y asumo todas sus consecuencias. Es

el momento de reconocer que, de la actual situación no hay más que una persona responsable, la señora que ahí veis (las cámaras enfocaron de nuevo a la Brunildona, que seguía en el suelo, ridículamente despatarrada). Por la decisión que me da la confianza y lealtad de esos bravos oficiales a cuya actitud me consta están unidos los más honrados y valientes corazones de la patria, asumo provisionalmente la jefatura del Estado y solicito vuestra adhesión. Es la hora del borrón y cuenta nueva para Iberindia. Al servicio de su paz y mayor libertad, proclamo el irrenunciable propósito de no ejercer represalia alguna en el breve tiempo de mi responsabilización. No es el momento de resucitar fantasmas y sí el de despertar al trabajo y a la ilusión por los horizontes de libertad que, entre todos, vamos a abrir desde ahora mismo.

El general Ceferino Vargas hizo una larga pausa en medio de un silencio que se adivinaba extendido hasta las casas, calles y plazas de todas las poblaciones, hasta las más apartadas haciendas y caseríos.

—Cara al caos que hemos heredado, —continuó el general Ceferino Vargas— urge la cordial participación de todos; también entiendo necesario tomar varias precauciones: primera y elemental será conducir a esta señora al aeropuerto e introducirla en un avión, que la llevará hasta el país que ella elija, excepto Suiza y las Islas Caimán, en donde tiene sus cuentas que, con su visto bueno salvo penas mayores, pasarán inmediatamente al Tesoro Público; en tal viaje habrán de acompañarla sus directos cómplices excepto un indigno personaje de larguísimo historial delictivo que nuestra justicia no puede pasar por alto; muchos habéis adivinado que me refiero al que se hace llamar don Dámaso de la

Roca, es muy conocido en todo nuestro entorno como tovarich Sergio y tiene sobre sí múltiples condenas y varias peticiones de extradición procedentes de Estados Unidos, Venezuela, España, etc...

”Segunda precaución: todos los campos de cosa serán arrasados en el plazo máximo de una semana, tiempo que se concede a sus explotadores y mentores para desaparecer del país.

”Tercera precaución: El ejército se responsabiliza de las funciones de policía durante el período máximo de un mes. Todos sus mandos son eximidos de responsabilidad en cuanto se les supone sujetos a la obediencia debida.

”Cuarta precaución: con el único objetivo de facilitar la normalización democrática, se constituye un gobierno provisional en el que deseamos participen los más capaces y generosos. Este gobierno provisional desarrollará sus funciones en dos etapas: la primera no podrá durar más de seis meses y habrá de posibilitar la reorganización de lo más perentorio cual es poner orden en nuestras finanzas, desterrar el hambre, reordenar lo que fue puesto patas arriba, recobrar en el Exterior un mínimo del respeto perdido, prestar eficacia a la sanidad y seguridad, rehabilitar a los injustamente perseguidos... etc., etc. La segunda etapa se iniciará con la elección de un presidente civil según modos rigurosamente democráticos. Y, sin elevar la voz, concluyó con un ruego: — Despertad todos y sentís libres al lado de hermanos y amigos libres.

Ese fue el discurso institucional del general Ceferino Vargas, colocado por las circunstancias en la máxima responsabilidad de Iberindia.

XXXIV. LOS NUEVOS TIEMPOS

1

María, Teresa y Manolo han regresado a Iberindia, país abierto ahora a la esperanza.

Han transcurrido dos meses desde el teatral derrocamiento de Brunildona.

Por iniciativa del general Ceferino Vargas, Presidente Provisional, como gusta ser llamado, han abandonado el país la caterva de traficantes de droga, terroristas, proxenetas y funcionarios corruptos. Es mayoría la gente que se ha puesto a trabajar con entusiasmo, como si del final de una guerra se tratara. Es la deuda exterior una de las más graves dificultades a superar. Duro de pelar el Banco Mundial, que se resiste a dar luz verde tanto al aplazamiento de los pagos pendientes como a nuevos créditos; son igualmente reacios a cualquier moratoria los grandes acreedores, Países ricos o multinacionales, que, obviamente, se amparan en la fría mecánica del propio Banco Mundial. Son problemas a los que, decididamente, el general Ceferino está haciendo

frente: directamente y con los propios interesados, renegocia partida por partida. Manuel García Velasco es uno de los acreedores citados: se le debe aún el ochenta por ciento de la operación de los tractores.

2

El general Ceferino expuso a Manuel García Velasco la pobre situación de las reservas nacionales: no más allá de quinientos millones de dólares cuando la deuda supera la friolera de diez mil millones.

—Alguna confianza dará al capital privado la nueva situación —apuntó animoso Manuel García Velasco.

—No veo la forma de animarlo suficientemente, apuradas ya las clásicas medidas de desgravaciones fiscales, incentivos a las inversiones en bienes raíces, trabas a las importaciones secundadas con evidentes facilidades a las exportaciones, nuevos canales de distribución...

—Sepa usted, señor Presidente, que para el capitalista tradicional la zanahoria clásica ha de ser más directa, más concreta y más substanciosa.

—Bien quisiera contar con el milagro de esa zanahoria que vendría arropada por la evidencia de que somos un país muy rico en reservas naturales. Una chispita de nada y la máquina funcionaría a todo trapo.

—Algo tendremos que hacer los afortunados que no dependemos de los caprichos de la macroeconomía ni de las directrices del Banco Mundial.

—Poco le puedo pedir a usted al que ya debemos tantísimo dinero.

—Pero Iberindia necesita maquinaria agrícola y nosotros la vendemos; necesita que, aquí mismo, montemos fábricas que den trabajo a miles de personas; necesita carreteras... pero, sobre todo, ejemplos de confianza. Si le vale a usted el mío...

—¿A qué aspira usted con todo lo que me ofrece? Yo esperaba encontrar un duro acreedor con la cara muy larga y... ¿qué es lo que veo?

—Pues supongo a que a un hombre de negocios para quien la actividad industrial es su principal preocupación y el dinero la oportuna herramienta. Luego los financieros ya nos hablarán de amortizaciones, intereses, plazos, etc. Es su papel y para eso les pagamos.

Sonrió el general Ceferino Vargas: —¿Seguro que no espera usted nada más?

—Pues sí que espero algo más: espero una oportunidad para un compatriota de usted y gran amigo mío, Porfirio Cienfuegos.

—Uno de los perseguidos por Brunildona, ¿verdad? Eso no será un favor: será un estricto acto de justicia... cuente con todo lo que yo pueda hacer por ese ilustre compatriota.

—¿Qué hará usted por él en el terreno de lo concreto?

—Le pediré que, desde la responsabilidad de un ministerio, colabore en la reconstrucción nacional y, por supuesto, tendrá todo mi apoyo si decide participar en las nuevas elecciones que a este viejo general le permitirán hacer un discreto mutis por el foro.

Es una situación que se repite en parecidas circunstancias: cobran forma multitud de partidos, movimientos y asociaciones que agrupan ambiciones y entusiasmos. Son muchos los líderes que aspiran al poder, pero muchos más lo que sueñan con hacer de la política una profesión de por vida; en función de los resultados del empeño, la valía personal o la eficacia de la gestión se harán evidentes o embrollarán por su ausencia.

Constituyen excepción los que ven este tipo de oportunidades como una ocasión de servicio: a este reducido grupo pertenece Porfirio Cienfuegos.

—Tú podrás encarnar la buena solución, le ha dicho Manuel García Velasco. Seguro que ahora y aquí, va a resultar decisiva la ayuda del profesor Julián de Miguel.

Y este vino a Iberindia con la serenidad y el entusiasmo de sus juveniles sesenta años: se multiplicó en conferencias, mítines y ruedas de prensa hablando de Nueva Democracia, el partido encabezado por Porfirio Cienfuegos. Todas sus intervenciones y, por supuesto, las del candidato, siguieron la línea de un Manifiesto. Punto de partida de la acción política, se decía en el folleto de treinta páginas o Manifiesto, es aceptar una demostrada versión del hombre y de su circunstancia ¿no es el hombre más que un simple animal un tanto más evolucionado que el resto de las especies? ¿Por ventura, su facultad de pensar es algo así como un apéndice un tanto peculiar al estilo de esa extraordinaria pinza de ciertos crustáceos? ¿Es el hombre un simple producto de su entorno o de su forma de producir lo que come? ¿Nos atreveremos a reconocer que es el hombre un colaborador de Dios en la tarea de humanizar o amorizar

la tierra en base a, por que el propio Dios lo ha querido, aportar su grano de arena al perfeccionamiento de todo lo perfeccionable? ¿No encaja ahí esa excepcional facultad cual es usar su libertad para incrementar una capacidad de acción que, por lógica, contribuirá al bien de los demás y a la superación de sus propias limitaciones?

Si aceptamos como respetable y positiva hipótesis eso de comprometerse en la tarea de perfeccionar todo lo perfeccionable, al momento, nos tropezamos con una peculiar línea de actuación para la forja de la propia personalidad a través de las cosas y de los acontecimientos de cada día. Tratemos de definir ahora lo que es el Bien y lo que es la Libertad: el bien reducido a la parcelita de la individualidad de cada uno es un bien raquítrico, diríase que ridículo; la libertad de un hombre aislado, insolidario, es la negación de la libertad de los otros hombres: o la libertad es aceptada como un bien de todos o es un pobre y triste ladrido a la luna: la libertad personal es inconcebible fuera de la voluntaria preocupación por el bien común.

El pan de todos es la esencial prioridad política, se leía también en el programa de Nueva Democracia.

—Con eso —explicaba el profesor Julián de Miguel— se alude a la necesidad de que cada uno desarrolle su vocación en el marco del objetivo común de descubrir y aplicar nuevos y más eficaces medios y modos de producción. Claro que, para eso, ha de estar continuamente motivado o, lo que es igual, ha de encontrar la zanahoria precisa.

Poco habrían logrado esas ideas, sin la clara y decidida voluntad de aplicarlas. Eso tenía Porfirio Cienfuegos, a su servicio se comprometió con Manuel García Velasco, el profesor Julián de Miguel y el grupo de incondicionales que le secundó en todo momento y, llegado el momento, eso supo transmitir por activa y por pasiva a sus electores, que le honraron con una mayoría absoluta. Antes había demostrado eficacia como ministro del general Ceferino Vargas.

Como paso previo a las elecciones se había promulgado en Iberindia un Decreto Ley de Garantías Democráticas, en cuyo preámbulo se aseguraba que el Gobierno, consciente de las serias dificultades para el desarrollo de una democracia, madre del progreso en todos los órdenes y, atento a la irregular y, a veces, catastrófica trayectoria de otros pueblos que han vivido parecidas situaciones, pretende extender el compromiso de participación política a todas las esferas de la sociedad a través de cinco canales o poderes “bien definidos, contrapuestos y jerarquizados”.

Son cinco poderes que habrán de compartir la responsabilidad de velar por una progresiva vivencia de las libertades democráticas: a los tres clásicos poderes de lo judicial, lo legislativo y lo ejecutivo se añade el poder arbitral y el poder del “perenne sufragio popular”. Fuerza aglutinante del equilibrio de tales poderes será el comprometido desarrollo de los valores que la experiencia histórica avala como más respetables y como más idóneos para facilitar la plenitud de motivaciones hacia el ejercicio de la fecunda responsabilización de cada ciudadano, siempre en el ejercicio de una libertad sin otros

límites que los que marque la libertad del otro, lo que velará una ley que tienda a neutralizar los abusos de unos sobre otros.

En ese Decreto Ley de las Garantías Democráticas se concede a los partidos políticos el papel de organizadas corrientes de opinión con facultades para presentar a sus candidatos en competencia con cualquier ciudadano o grupo de ciudadanos. Los candidatos presentados por los partidos son los únicos sujetos de elección mientras que los particulares lo serán por sorteo. Quiere ello decir que cualquier ciudadano con vocación política tiene la oportunidad de ejercer de diputado: para ser nombrado no se le requiere más que la voluntad de serlo, una rigurosa declaración de bienes, el previo acatamiento jurado de las leyes vigentes y un golpe de suerte en un sorteo público que determinará la mitad de los componentes del Parlamento. Los presentados por los partidos no podrán exceder a los que van por libre. Unos y otros, una vez constituidos en Asamblea Legislativa de la Nación, nombrarán al Presidente del Ejecutivo, que resultará elegido por mayoría simple y que, por lógica, saldrá del partido más votado salvo que, entre los particulares, surja un ciudadano que, por sus cualidades, sea merecedor de la confianza de la mayoría de los diputados.

Más exigente parece el Decreto Ley en lo que concierne al Poder Judicial. Para ejercer de juez, además de la licenciatura en derecho, se requiere un mínimo de cuarenta años de edad, de los cuales, al menos los diez últimos han debido transcurrir sin ninguna implicación en delito probado, entendiéndose por tal la activa participación en los desafueros del régimen anterior o cualquier quebranto del Código Penal. La cúpula del Poder Judicial estará representada por lo que se llama Cáma-

ra de la Justicia, que incluye sesenta Grandes Jueces y ejercerá de Tribunal Supremo, Tribunal Constitucional, Junta Electoral Central y Alto Tribunal de Cuentas. Sus miembros, renovables en su mitad cada seis meses, están exonerados de cualquier labor burocrática para ceñirse al libre y directo juicio sobre las alegaciones de cada una de las partes según muy directas y concretas responsabilidades: la última e inapelable aplicación de las leyes, la defensa de valores básicos como la vida (en el tema del aborto la madre es considerada víctima mientras que incitadores y ejecutantes son considerados delincuentes en mayor o menor grado), el derecho al trabajo, la igualdad de oportunidades, el equitativo ejercicio de la vocación política, la exigencia de limpia trayectoria pública a gobernantes y legisladores... Son sesenta grandes jueces, de los cuales veinte proceden del mundo de los jueces ordinarios, diez del Magisterio (en el cual se incluye al Clero), diez del Funcionariado (entre los cuales se incluye al Ejército), diez del mundo de los empresarios y diez del mundo de los asalariados. Todos ellos deberán ser elegidos por sus respectivos estamentos siempre en voto obligatorio y secreto.

El Cuarto Poder o el de la Vigilancia Democrática es una novedad que recuerda una vieja práctica ateniense: cada tres meses, todos los ciudadanos, en mayoría de edad, están obligados a emitir, mediante una tarjeta magnética y en voto secreto con un sí o un no, su juicio sobre la labor de gobierno. Si el resultado fuere negativo, bastará que lo respalde un cuarenta por ciento de la Cámara Legislativa, para provocar la caída del Primer Ministro con todo su Gobierno.

Quinto Poder es el llamado Poder Arbitral, personificado por el Celador del Estado. Exento de responsabi-

lidades de Gobierno, es depositario del legado de la Historia y de los valores en que se apoya la continuidad de la Democracia; es también el garante del equilibrio de poderes y ostenta el mando supremo del Ejército. Habrá de ser elegido por sufragio universal según un sistema que habrá de definir el próximo Parlamento. Hasta tanto y con carácter rigurosamente provisional la responsabilidad de Celador del Estado será ejercida por el propio general Ceferino Vargas.

5

Porfirio Cienfuegos fue elegido Primer Ministro de Iberindia. En ello mucho tuvo que ver el empeño de Manuel García Velasco y el profesor Julián de Miguel, secundados por un plantel de asesores y especialistas de probado éxito en marketing electoral, que, para la ocasión, contrató el mismo Manuel García Velasco.

Porfirio triunfó y ejerció de Primer Ministro durante ocho años, en que se reveló como un tribuno de inteligencia despierta con mucho valor, mucho aplomo y mucha generosidad; su principal propósito fue el de facilitar el desarrollo de las mejores energías de todos los ciudadanos hacia una meta de proyección universal y, ciertamente, lo consiguió: se respira la mayor libertad que nace de una austera y transparente Administración mientras que, al amparo de una oportuna y segura financiación iniciada por Manuel García Velasco y continuada por poderosos consorcios internacionales hay ya dos fábricas de coches, una de camiones y autobuses, y progresiva cantidad de otras industrias manufactureras y alimentarias... todo ello en el marco de una novedosa

línea crediticia en la cual las garantías recíprocas dependen, a partes iguales, del Tesoro Público, entidades aseguradoras y capital privado.

Para facilitar la distribución mundial de cuanto se produce y fabrica, se ha hecho de todas las embajadas y delegaciones oficinas comerciales con la prioritaria responsabilidad de prospectar las oportunidades para tal o cual posible operación de exportación, importación o intercambio.

Ha causado fuerte impacto una nueva filosofía para las obligaciones fiscales y sociales de las empresas: vienen dictadas no por las cifras de negocio o por los declarados beneficios, conceptos siempre susceptibles de manipulación y sí por las respectivas potencialidades traducidas en coeficientes que servirán de base para la contribución de cada empresa o particular; sobre los respectivos coeficientes se hace el reparto proporcional del sesenta por ciento de las cargas del Estado; el cuarenta por ciento restante proviene de los impuestos indirectos con especial incidencia en los artículos de ocio y lujo. De esa forma, se ha logrado desarrollar la efectiva capacidad de las empresas, los particulares contribuyen según su capacidad de consumo, se reduce la burocracia y se dificulta el fraude.

Para Porfirio Cienfuegos y su gobierno nada de obras faraónicas, planes de rearme militar o cosas por el estilo y sí toda clase de facilidades para potenciar la agricultura, la industria y el funcionamiento de las comunicaciones y otros servicios.

Todo ello ha dado sus frutos e Iberindia es ahora el país más libre y más próspero de la zona.

Por demás, se sigue manteniendo la tradicional simbiosis campo ciudad merced al peculiar trazado de las

las ciudades de Iberindia: puesto que nunca, en el pasado, habían sufrido invasiones, los núcleos urbanos no requirieron concentrarse tras las murallas y, en líneas generales, dispusieron de espacio y forma para construirse en medio o mantener en su torno a los campos de cultivo; como complemento se han construido redes ferroviarias entre las ciudades, hacia los asentamientos industriales y hacia los grandes complejos agropecuarios con proyección al exterior. Las facilidades que ahora prestan los modernos medios de transporte, una vieja y generosa red de riego y el desarrollo industrial, han facilitado una práctica identificación entre el Campo y la Ciudad hasta el punto de que son muchos los ciudadanos que simultanean su trabajo en la industria o los servicios con la participación en una cooperativa de cultivo o con el cuidado de una pequeña granja o huerta.

—Mucho de ello gracias a ti, mi quijotesco amigo —le ha dicho a Manuel García Velasco el Primer Ministro de Iberindia, Porfirio Cienfuegos

—No me pongas colorado —responde Manolo—. Es la razón de vivir la que se está imponiendo por encima de sistemas y contrasistemas de ideas. Por mi parte tenía que hacer algo, lo sabes muy bien. Y te juro que, gracias a todos vosotros, he salido ganando.

A.F. Benayas - Madrid, enero 2001